

626



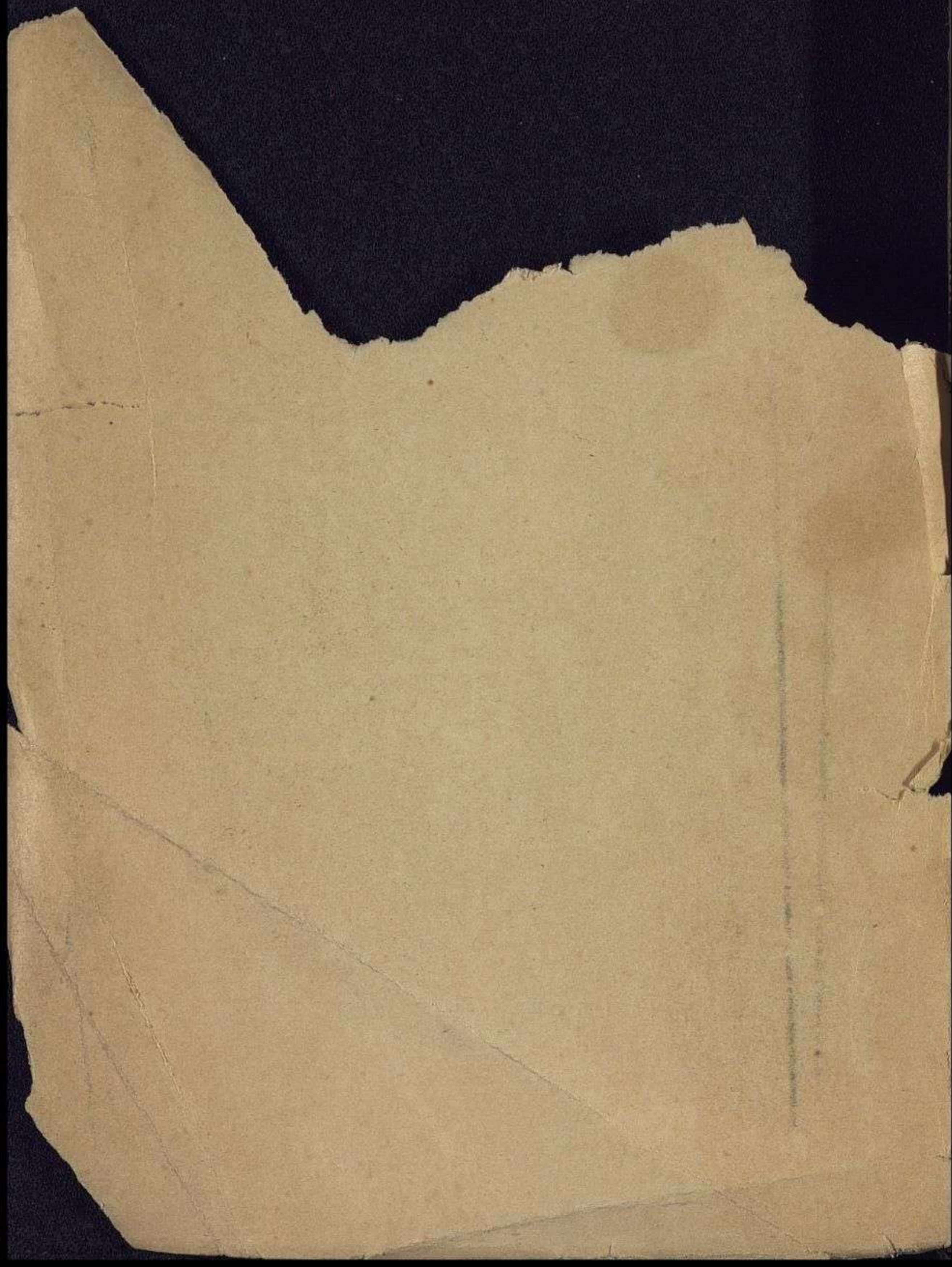
M. MORENO Red.



LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, NÚM. 2, MADRID

• 1891

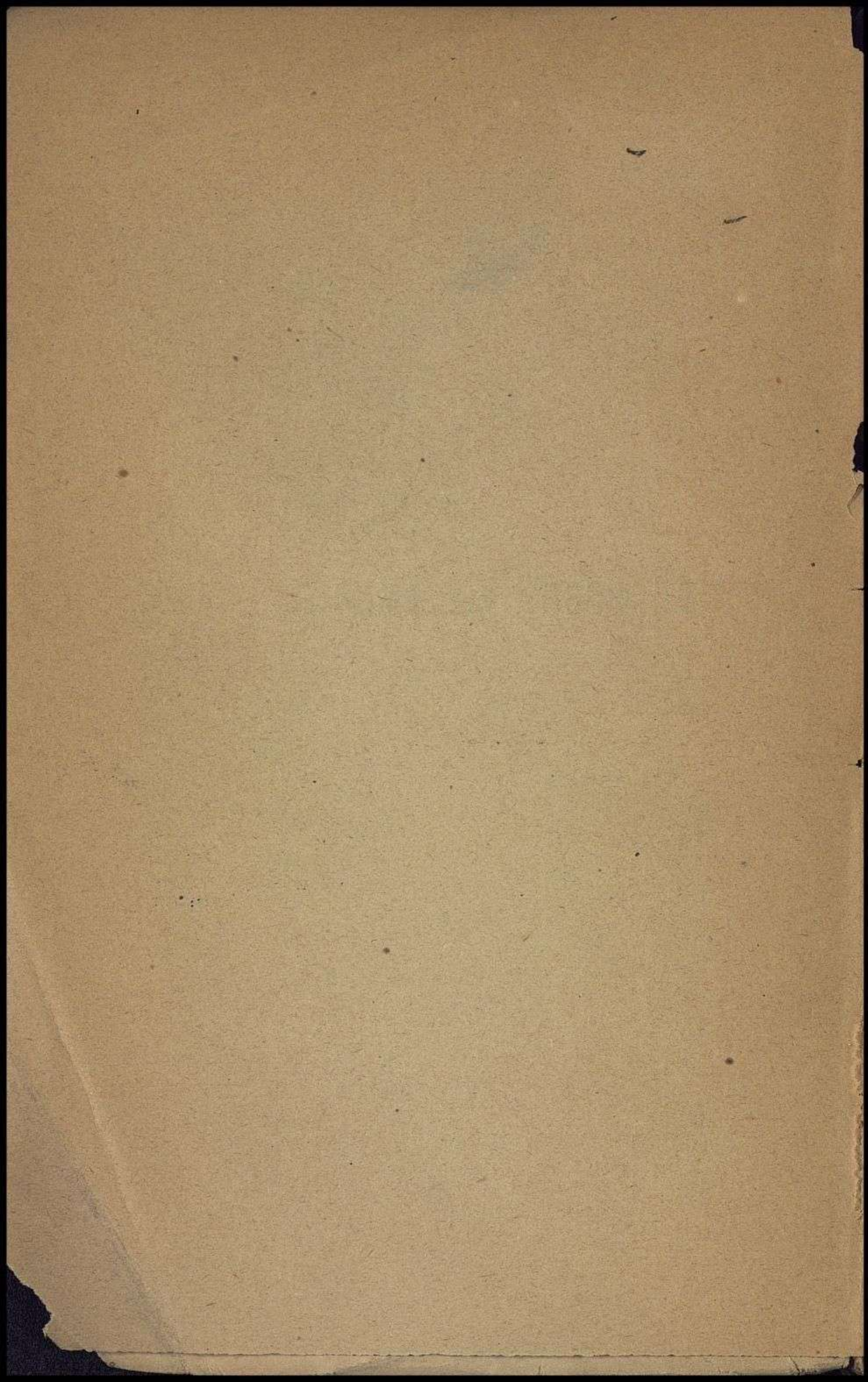
LIT. A. TORUNY S. A. ENGRACIA, 12 MADRID



D

636

EL POBRE VILLAMURIEL...



EL POBRE

D
636

VILLAMURIEL...

POR

JUAN LAPOULIDE



Ateneo de Madrid
LEGADO M. DE LA FUENTE

MADRID.—1891

IMPRENTA Á CARGO DE CELESTINO NOVOA
Costanilla de Santa Teresa, 3.

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CAPÍTULO PRIMERO.

I

Iba, como de costumbre, atestado el tranvía, y en las plataformas doble número de viajeros del permitido por las Ordenanzas municipales. Así es, que cuando pudo verse el hombre libre de aquel prensamiento, respiró con fuerza, acompañando la violenta inspiración con una mirada entre rencorosa y dolorida al popular vehículo.

El mayoral había parado las mulas uno ó dos minutos después de oír el timbre, y cien metros más allá, por lo tanto, del sitio en que Villamuriel quería bajarse; por lo cual tuvo éste que volver atrás esa distancia, y aun encima subir sus cincuenta y tantos escalones para llegar á un piso segundo de los que ahora se estilan á saber: con entresuelos, primeros y principal.

Parecía la casa nueva y con ese aspecto de

bienestar propio de las construcciones recientes; entrada lujosa y con artísticos maderajes y estucos imitando mármol; cancela de cristales y escalera cómoda y bien iluminada.

Apenas tuvo tiempo de llamar, pues en el acto oyéronse unos pasos vivos y ligeros, abrióse la puerta y apareció un rayo de sol, es decir, una joven muy bonita, no pasando diez segundos sin que el desconocido, sentado en una butaca, reposase la fatiga de la escalera y el camino, mientras su hija, que eso era tan preciosa criatura, después de tomarle el bastón y el sombrero, permanecía de pie ante él como esperando una caricia.

Por fin, después de enjugarse el sudor que á pesar del frío corría por su rostro, giró distraidamente el recién llegado la mirada en torno suyo, y al detenerla preguntó:

—¿Y Pedro? ¿Dónde está?

—No sé; por allá dentro...

—Está bien—exclamó con aire contrariado, prosiguiendo tras breve pausa:—Bueno, Mercedes, dile que... ó si no, no le digas... sí, dile... que venga.

Mercedes, que seguía con cariñoso interés estas vacilaciones, repuso con acento un si es no es triste y de reconvención:

—Bueno, papá... le diré... que venga, ya que al entrar en casa prefieres encontrar primero á tu criado que á tu hija.

—¡Qué tonta eres!—fué la respuesta del padre, quien después de atraerla hacia sí cariñosamente y darle un beso, prosiguió:

—No, hija, no; no es que me disguste encontrarte la primera al entrar en casa; al contrario. Pero me afecta verte donde no es tu puesto; pues todo parece que se conjura para hacerme recordar mi desgracia. ¡Todo, Mercedes, todo!

—Pero papá...

—Sí, hija mía. Oye; cuando salgo á la calle, lo primero que casi siempre tropieza mi vista es con alguno de esos que tanto me deben y que tanto se envanecían al saludarme y aún más al ser saludados por mí, que pasan haciéndose los distraídos, y solo, si el encuentro es en tal forma que no pueden excusarse, me saludan con aire de superioridad los unos, y con fingida conmiseración, que me ofende, los demás. En todas partes encuentro siempre algo que me dice: «Eras mucho; eras rico; eras grande; ahora no eres nada.»

—Papá, ¡por Dios! ¡á qué recordar siempre esas cosas?...

—¡Y todo, por qué?—continuó con voz conmovida y creciéndose por instantes;—¡porque tenía dinero! mucho dinero con que dar lustre al título que heredé, y hoy, en parte por mis ligerezas, y más por la mala fe de los que me han rodeado, me veo en la ruina, sin otro consuelo que tú y sufriendo por mí y por tí.

Por eso, mis antiguos amigos, los que me ayudaron á arruinarme, prescinden de mí ó me ofrecen una protección que me humilla; y los otros, mis inferiores, los que yo desprecié por pobres ó por humildes, se vengan al presente, mofándose y diciéndome:—¿Lo ves, conde? ¿Lo ves ahora? te creías más que nosotros, porque ante tus riquezas y título nos viste postrados; y hoy es la nuestra; hoy nada representas y nada vales, menos aún que nosotros, que trabajando vivimos, y tú ni para eso sirves. ¡Trabaja si puedes! ¡Trabaja si sabes!

Su voz se había ido haciendo tumultuosa y vibrante, hasta que al pronunciar las últimas palabras, perdiendo el vigor que le sostenía, cayó aplomado en la butaca, escondiendo el rostro entre las manos y conteniendo apenas un sollozo de rabia y desesperación.

Llenos los ojos de lágrimas, sin respirar casi, continuaba Mercedes de pie á su lado. Varios minutos transcurrieron así. Por último levantó el conde la cabeza; algunas caricias mútuas refrescaron aquellos dos ánimos abatidos; confundiéronse las lágrimas de padre é hija, y el primero, ya más tranquilizado, continuó:

—¡Vamos, Mercedes, perdóname! no me hagas caso; sabes lo que á veces me irritan ciertas cosas. Pero ya ha pasado todo. Com-

prendo que es inútil lamentarme y que me debo revestir de valor, sobre todo por tí. Y mirándolo bien, me creo más desgraciado de lo que soy... ¿No te tengo á mi lado?

—Sí, pero te complaces en afligirme. Me tienes prometido no volver la vista atrás, y sin embargo...

—¿Qué quieres, hija!... Hay momentos en que... Pero ya te he dicho que me perdones.

—Tú sí que me has de perdonar.

—¿El qué?

—No ser tan buena como debía.

—¡Sí lo eres, mi alma! ¡Bien buena eres! dulce, resignada y cariñosa... Ese es mi consuelo... Con que vaya; dáme un beso y dile á Pedro que venga.

Dado el beso y cumplida por Mercedes la orden, vino el criado, que entró con su señor en el cuarto de éste para ayudarle á cambiar de ropa.

II

Y he aquí quién y cómo era el conde de Villamuriel.

Un título y una fortuna heredados cuando aún las pasiones no han sido sujetas por la edad; una juventud pasada en el derroche, en la imprevisión, tirando el dinero por la ventana; un matrimonio desigual, de esos que indisponen con los linajudos parientes;

una viudez prematura y una huérfana á quien se quiere mucho y á la que es forzoso educar en buen colegio; y después, la ambición de recuperar lo perdido, para ella, para la niña, lanzando á especulaciones, en que juntas la excesiva buena fe y la ignorancia propias, con las arterias de los demás, dan por resultado la ruina completa, yéndose allá las viñas y los olivares y las casas á la ejecución, y viniendo, por último, la venta de los coches y de los muebles y el irse á ocultar la catástrofe en cierto caserón salvado de ella en apartada provincia. Después la vuelta á Madrid, alentado por esperanzas y promesas de amigos; los nuevos desengaños; un alto destino en Ultramar, que se acepta con esfuerzo, y cuya cesantía viene con la primera crisis. Y por último, tal série de amarguras, sinsabores y disgustos, que á no vivir aquel sér cuya existencia constituye una ráfaga de luz para su espíritu, ya estas horas no se viera en el mundo un conde de Villamuriel viviendo en un piso segundo, casi en el mismo Chamberí, apartado del trato de gentes y amigo de pasear por la Moncloa en soledad con sus tristezas.

No era el noble señor lo que se llama un carácter. La ruina de su casa, una de las más ilustres del Andalucía, venía iniciándose de mucho tiempo atrás. El anterior conde, su padre, hizose célebre por sus prodigalidades y

caprichos. Gran caballista, no poco mujeriego y bastante jugador, pasó la vida entre sus cortijos y las ferias vecinas, rodeado de gente maleante y buenas mozas, sin recordar que en el caserón aquél, entre palacio y cortijada, que fué de sus mayores, vejetaba una excelente señora, llorando el abandono marital y dedicándose á educar sus hijos de la mejor manera posible en aquellos tiempos y circunstancias.

El mayor de estos niños, Rafael, que había de heredar título y haciendas, pudo haberse criado á lo señorito rico y mayorazgo; esto es, sin estudiar nada y trabajando menos; pero la Providencia, haciendo al chico travieso como pocos, obligó á su madre á que, aconsejada por un pariente, hombre de más cultura y aspiraciones, lo enviase, para ver si lo metían en caja, á cierto célebre colegio que por aquel entonces existía en Cádiz. Allí pasó algunos años, no sin fruto, pues era su natural despejado y vivo. A la muerte del conde, ocurrida poco después á consecuencia de una caída de caballo, hubo la viuda de consagrarse más á sus hijos. Comprendiendo por propia experiencia los funestos resultados de la educación puramente negativa que venía dándose á los jóvenes de casas ricas del país, y ansiosa de que los suyos llevasen bien y con lucimiento el ilustre nombre heredado, decidió mandar, cosa á la sazón difícil y al alcance

de pocos, los dos muchachos á un colegio de París y la niña á un convento de monjas próximo. Entre tanto, puesta al frente de la casa y merced á prodigios de economía y orden, logró ver libres de hipotecas y gravámenes los aún muy extensos bienes que constituían la fortuna patrimonial.

Ya casi había realizado su propósito, cuando una rápida enfermedad se la llevó. A pesar de la dificultad de comunicaciones, tuvo aún tiempo de que sus hijos llegasen á recibir su último suspiro. Tenían entonces, el mayor, Rafael, dieciocho años y dieciseis el otro. La niña no pasaba de los catorce.

Todos quedaron á cargo de tutores y albaceas, buenas personas en general, pero que creían cumplir su misión administrando fielmente los bienes y dejando á los menores en la más completa y deliciosa libertad. Así es que en uso de ésta, el mayor, á pretexto de terminar sus estudios, se volvió á París, y aun alegando que los viajes instruyen, dióse á recorrer media Europa, concluyendo por detenerse en Madrid, donde con su título, su buena figura y la fama de sus olivares y dehesas, hizose pronto uno de nuestros primeros y más aristocráticos derrochadores. No carecía de talento, es decir, de imaginación; ni era un vicioso procaz, ni mucho menos; la vida se le presentaba fácil y se dejaba llevar por ella. Tenía el carácter caprichoso y disi-

pador de su padre, pero sin sumirse en el ceno. Conservaba cierto fondo de delicadeza, en parte heredado de su madre y en mucho efecto de natural atavismo, proveniente á no dudar de su noble ascendencia.

Pero su mayor desgracia consistía en no conocer el valor del dinero. Este se le iba de las manos en tonto, sin lucimiento, sin que casi él mismo se diera cuenta de cómo lo gastaba. No poco contribuía á ello su excelente corazón y su buena fé, que llegaba á parecer en ocasiones tontería manifiesta. Y no es que le engañasen siempre, no; es que muchas veces prefería hacerse el engañado á verse en la precisión de avergonzar á los que le rodeaban; á discutir por cuestión de intereses; á pasar por desconfiado. Repugnábale todo esto, con una repugnancia imposible de vencer; que era, digámoslo así, el rasgo más saliente de su caracter.

Cuando llegó á la mayor edad y entró en posesión de sus bienes, ya algo resentidos, entonces sí que pudo triunfar y tirar billetes de Banco por el balcón. Por eso, tras un período de esplendor, su fortuna, que parecía inagotable, ante los embites, que tanto él como sus administradores le dieran, había desaparecido en sus tres cuartas partes. Y al llegar aquí fué cuando se enamoró de una muchacha preciosa, pero que era una *cursi*, hija de cierto empleadillo de poco sueldo, de

un *tío*, según decían los encopetados parientes y amigos de Villamuriel.

Y aunque nuestra buena sociedad no es tan exigente como otras en estas materias, sin embargo, no hubo quien no calificase tal casamiento de solemne locura, la mayor que había hecho el conde en toda su vida.

En Madrid se limitaron á criticarle, en particular las que tal vez tenían sobre él ciertas aspiraciones; pero la joven condesa fué perfectamente recibida, en apariencia al menos, si bien luego vino el buscarle las faltas y aquel dejó de *cursilería* que indudablemente debía de conservar. No obstante, Mercedes, que éste era su nombre, tenía más distinción natural que muchas de sus murmuradoras, y aunque de aficiones modestas, procuraba siempre en sus actos corresponder á la representación social de su marido.

Los amigos invadieron entonces la casa de este; las disipaciones del soltero fueron sustituidas por el fausto del hombre establecido. Quiso meterse en política y obtuvo varios cargos, ó puramente honoríficos, ó de esos otros en que el sueldo y gastos de representación constituyen una mínima parte de lo que obliga á desembolsar el ejercicio del empleo. Y como si esto no fuese bastante, su mujer murió poco después, al darle una niña, en quien pudo conservar aquel adorado nombre de Mercedes. Ya queda dicho lo que

siguió á esta desgracia. El resultado fué que el día en que el conflicto se presentó abrumador, invencible, todos fueron cargos para Villamuriel. Las ligerezas de la juventud se llamaron vicios; la liberalidad, disipación; la desgracia en los negocios, torpeza estúpida, y aun la desigualdad del matrimonio apareció en toda su terrible desnudez ante aquellas almas escrupulosas.

Sobre todo los parientes.—¡Si tenía que suceder! ¡Si se lo habíamos dicho! ¡Si tal, si cual...! ¡Y ese casamiento!... ¡Si no fuese por ese casamiento!... ¡La sangre de la familia!... ¡Nuestros mayores! ¡El lustre de la casa!...— todos estos lugares comunes y empalagosos de una vanidad y pequeñez de espíritu más empalagosas aún, fueron apareciendo. En resumen, que Rafael se vió solo, abandonado, con su caracter lleno aun de escrúpulos de honra y de liberalidades y delicadezas de gran señor, sin más fortuna que su hija y unos cuantos miles de duros repartidos por ahí de mala manera.

Apartóse del trato de gentes, y tras lo del destino aquel de Ultramar, pensando que así estaría más solo que en el pueblo, donde á los ojos de todos era siempre el señor, pero el señor arruinado, prefirió aislarse en Madrid, que en la masa general de su población es más fácil confundirse.

Otro que él hubiera quizás acudido á sus

hermanos, procurando de mejor ó peor modo que le ayudaran á salir adelante. De ellos, el segundo, desde que entró en posesión de la parte de fortuna que le correspondiera, venía viviendo la vida de hacendado rico. Había hecho un buen matrimonio, y entre sus muchas hanegadas, ricas en olivos y viñedos y entre su ganadería y sus yeguas muy famosas, su mujer y sus hermosos hijos, pasábalo cuanto mejor podía. A los gustos plebeyos de su padre unió siempre el espíritu de su madre, más calculador y práctico.

La instrucción adquirida en el extranjero, elevábale sobre el nivel de sus colegas, y había llegado así á ser una verdadera potencia en toda la provincia; diputado en unas Cortes y senador más tarde, votando siempre con las mayorías y miembro forzoso en todas las comisiones encargadas de asuntos relacionados con la industria, con la agricultura y con la ganadería y con toda suerte de intereses materiales.

Aunque era bueno su corazón, como consideraba la vida de muy distinto modo que Rafael, no pudo jamás explicarse que éste se hubiera arruinado, y lo atribuía sobre todo á su mala cabeza ó poco seso, en lo que, mirándolo bien, no le faltaba alguna parte de razón. Sentía por consiguiente hacia él algo de ese menosprecio que el hombre práctico y de orden sentirá siempre por la disipación y lige-

reza. Además, Dolores, su mujer, imbuida en multitud de preocupaciones provincianas, no quería perdonar á su cuñado el casamiento con Mercedes. Por cierto que, según decían algunos parece ser que aquélla más de una vez hubo de pelar con Rafael la pava años atrás por la reja, antes de que la solicitase su actual marido, lo que basta y sobra para dar razón del pique.

En cuanto á Cármen, la hermana menor, tampoco permanecía soltera, pues casó muy joven con un muchacho del país, de buena familia, más pobre que rico, no feo, pero sin nada de lo de Salomón é insignificante en absoluto. Uno de esos que viven y se mueren de sietemesinos. Verdad que ella se le parecía mucho; así es que formaban el matrimonio más *gillí* del Universo. No tenían hijos, y habíanse vuelto egoistas y comodones á más no poder.

Con estos sostuvo siempre el conde relaciones cordiales, pues no era posible sostenerlas de otra índole. Ellos sentían mucho lo que le sucediera al pobre Rafael; cuando le hablaban poníanle una cara muy compungida, que á él le atacaba los nervios, como para demostrarle su interés y su pena; pero nunca se les pasó por las mientes hacer en su favor cosa alguna de provecho.

III

Como en la vida agitada del conde no le era posible retener consigo á su hija, desde que esta tuvo edad de salir de entre niñeras y ayas, enviola al Sagrado Corazón, donde recibió de las monjas francesas la educación tan aristocrática como superficial que suelen dar las buenas madres. Y menos mal que la tierra era de calidad superior, y en vez de las florecillas de trapo que con tales cultivos se producen, hubo de brotar una vegetación lozana y de firmes troncos y raíces, gracias, sobre todo, á cierto instinto natural de selección que poseía Mercedes. No resultó una sabia, ni mucho menos; pero tampoco una niña insustancial como otras muchas. Tenia buen juicio é imaginación despierta, que es lo principal, y sobre todo excelente corazón, acompañado de no escasa rectitud de ideas y de un sentimiento religioso tan íntimo y de buena ley, que no fué bastante á pervertirlo la devoción empalagosa y cursi de las monjas extranjeras. Veíase allí la sangre sana y el espíritu equilibrado de nuestras niñas de pura cepa nacional, todo ello libre de herencias neuróticas y de alifafes de familia.

Mientras estuvo en el colegio, ignoró por completo la verdadera posición de su padre.

Este, viajando casi siempre y viviendo en fondas ó en habitaciones de soltero cuando regresaba á Madrid, no solía tenerla junto á sí más que contadas veces, y eso más bien en casa de parientas ó de amigas, donde la hacia pasar la tarde é ir con ellas al teatro alguna que otra noche.

En los veranos llevábala á su caserón del pueblo, que á la niña le gustó siempre muchísimo, con sus salones inmensos y destartados, sus muebles antiguos y polvorientos, el gran blasón de piedra sobre el portal y el jardín, medio corralizo, con gallinas y polluelos. Esto era para la niña el campo, el juego, el retozo y la salud, con las chicas de doña Rosario, la viuda del antiguo administrador, que hoy guardaba la finca; buenas muchachas, muy inocentonas, con pretensiones de señoritas de pueblo y que rendían todo el tributo de su admiración á la que siempre apellidaron *la condesita*.

Cuando volvía al colegio y unas de sus compañeras hablaban de Biarritz y de Spá y Suiza, no pasando otras de San Sebastián ó el Sardinero, y aún algunas, cuyos padres tenían hoteles ó castillos por tal ó cual provincia, no hacían más que contar de ellos, Mercedes también metía su cuarto á espadas, y oyéndola, nada era comparable á aquel viejo palacio semifeudal, que en su imaginación adolescente tomaba las proporciones de castillo roquero,

así como de frondosos parques y vastísimas labores, el agreste jardín y las dos fanegas de cultivo, y de escursiones arriesgadas en comitivas alegres, los paseos con las niñas de doña Rosario y otras del pueblo á ferias y romerías de lugares vecinos, encerrados todos en aquel valle tan pintoresco como el que más, bajo aquel cielo tan azul, y entre aquellas gentes andaluzas, rebosantes de gracia y de viveza; notas y tonos y colores espléndidos, que habían de dejar siempre en su alma impresión gratísima.

Así es que para ella seguía siendo su padre rico. Teníala en buen colegio, la vestía bien, la llevaba á sus posesiones (que aquel caserón debía de constituir una de ellas) y satisfacía sus caprichos, que no podían ser menos; á decir verdad, casi ninguno. Y buen cuidado puso él además siempre en ocultarle todos los pormenores que la pudieran enterar de su posición exacta.

Pero llegó el instante en que había de salir del colegio y fuerza fué entonces confesárselo todo, antes de impresionarla con tan desagradable sorpresa, que ese partido tomó el conde, por ser también el más digno y decoroso.

—«Yo bien quisiera—le decía en una carta antes de sacarla del colegio,—yo bien quisiera que al venir á mi lado encontrases todo lo que te mereces y te corresponde. Pero desgracias que no necesito explicarte han hecho

que mi posición no sea la que pertenece al nombre que llevo. Así es que en vez de los sueños dorados que pueda haber concebido tu imaginación inocente, te espera una vida, sino triste y miserable, por lo menos modesta y retirada.

»Tal vez tenga yo la culpa de que el contraste sea para tí más doloroso, por exceso de cariño. En lugar de darte la brillante educación que te he dado, te debí conservar junto á mi persona, y al par que me servías de grato consuelo, procurar, sin que se descuidase tu enseñanza, hacerte adquirir hábitos de sencillez y economía, tales como corresponden á nuestra situación actual. Pero ya no tiene remedio.

»No te creas por eso que estoy en la miseria, no; pero para mí casi como si lo estuviese. Con lo que aún me queda podrían algunos pasarlo bien; á mí me cuesta mucho; no sé. En fin, hija mía, que con lo que conservamos habremos de vivir solitos, en barrio no muy céntrico y casa reducida, con poco servicio, huyendo de mostrarnos en lugares á donde no puedas ir tal como es debido y teniendo tú que sufrir muchas molestias á que no estarás de seguro acostumbrada. Seremos una familia oscura; yo un coronel retirado ó cosa así y tú una señorita de esas que van á pie y se visten ellas mismas, y pasean por Recoletos con sus papás; una de esas de

que tanto te habrás burlado con tus aristocráticas amiguitas del colegio.

»Pero ¿qué hacerle? esta es la vida, y como eres muy buena y quieres mucho á tu padre, que te adora, y veneras el recuerdo de tu bendita madre, te resignarás, me perdonarás la parte de culpa que yo pueda tener en tus penas y procurarás que nuestra vida sea lo menos dolorosa posible, que Dios es bueno y aprieta mucho, pero no ahoga, y querrá que tarde ó temprano todo se arregle y antes de morir yo te vea dichosa. Adios, hija mía; quiere mucho á tu pobre padre, que no sabes cuanto lo necesita.»

Con los ojos llenos de lágrimas, hechas brotar por esta primer aspereza de la vida, tomó la pluma Mercedes para contestar á su padre ¿el qué? Dos líneas en que le decía: «Que sí, que le quería mucho, y que estaba deseando ir á su lado para consolarle si tenía penas.» Todo eso de estrecheces y privaciones, aunque no sabía á punto fijo lo que significaba en sí, no le produjo gran impresión. Hasta parecíale encontrar algo de poesía; así como cosa de novela, en todo ello. Lo que comprendió bien al punto es que su padre sufría y ella que le viera siempre sonriente, empaquetado, con la cabeza erguida y sus aires de gran señor, admirándolo y respetándolo mucho, sintió despertarse hacia él entonces el más profundo sentimiento de cariño.

¿El pedía que se le quisiera mucho? Pues sí, mucho, mucho, muchísimo iba á quererle y á cuidarle y á consolar sus dolores, haciéndole agradable la vida. Todo ese caudal de ternura que se conserva latente en el corazón de la niña y de la virgen, para hacer explosión en la madre, desbordáronse á la vez en ella, tomando la forma del amor filial. Que, como se verá en este relato, valía muchísimo, por todos conceptos, Mercedes Villamuriel.



CAPÍTULO II

I

Cuando Lorenzo Paredes llegase á Cádiz, lo primero que pensaba hacer, después de la reglamentaria presentación á las autoridades de Marina, era tomar el tren correo, y en cierta estación que hay entre Jerez y Sevilla, apearse de él, y embanastándose en la molestísima diligencia, dar con su cuerpo y sus baules en aquella noble y rica y atrasada ciudad, donde nació, cosa de unos treinta y tantos años más atrás. Una vez allí, lo de siempre; un apretadísimo abrazo al buen viejo, y algo así como lágrimas resbalando sobre unas mejillas curtidas por el trabajo, y otras atezadas por el aire del mar y el sol de los trópicos, amén de un par de besos cálidos contenidos de mucho tiempo, reminiscencia de los que pasaran un día desde la boca de un buen mozo fresco y alegre á los carrillotes sonro-

sados de un chicuelo, criado de sol á sol entre las eras y olivares; besos llenos de sublime pudor y de más sublime grandeza. En ellos irían envueltos los mil y mil con que su madre se lo habría comido, á lograrle ver la pobre señora, hoy difunta, tan arrogante, tan guapo, tan lleno de vida y de salud y de energías, mientras que de un mundo de alcanfor y de arcas y cofres de formas extrañas y maderas olorosas, va haciendo salir cien regalos exóticos; telas de colores; brillantes sederías de Bombay y de Calcutta; maques, abanicos y porcelanas de China y el Japón, tajantes krisés, talibones y campilangs joloanos; plumas, fetiches y mil cosas raras del Congo y de Guinea; infinidad de *maritatas* y *chucherías*, en fin, algunas de extraordinario valor, todas las cuales, entre el padre y las hermanas y una legión entera de primos y primas y demás parientes y deudos y hasta criados, distribúyense al momento como pan bendito. Lo mismo sucede con los tabacos, y eso que más de una vez tuvo que adquirirlos en Cádiz por no haberle sido posible comprarlos de la Habana, ó ser de pésima calidad los que en Liverpool ó Hamburgo almacenan los fabricantes holandeses. Pero ya se sabe; aunque venga del Polo Norte, es de rúbrica traerlos de la Vuelta de Abajo.

Sin embargo, esta vez algunas peripecias le impidieron realizar del todo su programa.

Fué lo primero, que al fondear el buque y después de visitado por la Sanidad, que le dió entrada, atracó á la escala de él una falúa de vapor á cuyo bordo venían varios oficiales de Marina, y á continuación de esa falúa multitud de botes grandes y chicos, todos con gente de botón de ancla. Entre ellos vió Paredes á varios compañeros que le saludaban con cariño, contestándoles él con alegría muy natural; pero lo que más pudo extrañarle fué que no tan solo amigos, sino hasta oficiales que no conocía, y no pocos del Ejército, y paisanos y señoras y marineros mercantes, y muchas gentes del pueblo y aun chiquillos, todos fijaban las miradas en él, saludándole con los sombreros, las gorras y los pañuelos.

Y al subir á bordo los que venían en la falúa, destacóse de entre ellos el capitán de navío Pérez de la Carranza, antiguo profesor de Paredes, quien acercándosele y tras un fuerte apretón de manos, dióle la bienvenida con un abrazo estrechísimo. Cosa igual hicieron todos, aún aquellos para él desconocidos hasta entonces, y sin darle tiempo para interrogarse á sí propio acerca de tan extraordinaria recepción, pues había llegado á comprender que él era el objeto de todas aquellas muestras de entusiasmo, bajó con sus, al parecer, admiradores, á la popa de la falúa.

A los pocos momentos pasaba entre la multitud de lanchas y botes, cuyos tripulantes

victoreábanle puestos de pie, sucediendo lo mismo al cruzar junto á los buques de alto bordo, fondeados en bahía. Y aun á su llegada al muelle, el numeroso gentío que allí parecía esperarle, también le acogió con vítores y saludos. Y apenas pisó tierra, vióse, sin saber cómo, sentado en un *landeau* junto con tres de sus amigos, y detrás, cual escolta, la apretada muchedumbre. Así, casi sin alcanzar de qué manera, acabó por encontrarse en el cuarto de un hotel, sin que por eso parasen aquí las muestras del regocijo que parecía inspirar su arribada; solo que éstas variaron de carácter, convirtiéndose en tremendo chaparrón de arengas y discursos disparados á quema ropa por las innumerables comisiones que, sin darse tiempo unas á otras, fueron asaltando el hotel. Los oradores agotaban en elogio de Paredes todo su caudal de ditirám-bos. Y por boca de ellos hablaban Andalucía, Cádiz, España entera, en su entusiasmo por la intrepidez y energía que el joven oficial acababa de demostrar allá en el golfo de Guinea.

Y aquí fué donde cayó el interesado en la cuenta de á qué venían todas aquellas manifestaciones. Más que halagado sintióse sorprendido, pues nunca creyó que lo hecho por él tuviera tal resonancia, no porque su modestia le hiciese no conocer cuánto había de heroico en su acción, sino porque estaba

acostumbradísimo á ver cómo un día y otro muchos de sus compañeros ejecutaban actos aún más notables que el suyo, sin que la patria indiferente pareciera darse por entendida. Un oficio de la Superioridad dando las gracias, cuando no un rúpice, era todo el galardón que había visto otorgar á cuantos demostraban algo de iniciativa, ya en los mares de Joló ó en las costas de Africa, donde quiera que algún alférez ó teniente de navío ha de obrar independientemente con un cañonero casi inútil. Las recompensas positivas obteníanse por regla general de otro modo y con más comodidad para los agraciados.

Y aun ahora mismo, al verse llamado por el Gobierno á la Península, después de haber tenido una discusión bastante agria con el jefe de la Estación naval, del cual, antes que elogios, casi mereció por su comportamiento censuras algo veladas en la forma, pero bien manifiestas en el fondo; ahora, al dejar el mando de su buque, siquiera fuese temporalmente, creía que su modo de proceder iba á traerle tal vez consecuencias desagradables. Tenía conciencia de haber cumplido su deber, pero dando lugar á un conflicto diplomático, y esto no lo perdonan nunca los gobernantes adocenadísimos que se estilan en nuestro país. Pudiera ser que le concediesen mil satisfacciones de palabra, pero no por eso resultaría me-

nor la desaprobación para su conducta. Por lo pronto se le apartaba ya de su destino.

II

Y lo sucedido, si se considera bien, no tenía nada de particular, al menos, en opinión de Paredes. Un buque de guerra francés que hace sustituir por el suyo el pabellón español en cierto territorio que considera dominio de su nación, siéndolo de la nuestra; y un *cañonerillo* español que desde su fondeadero próximo acude en el acto y ante las barbas del otro arria la bandera tricolor enarbolada en la costa, iza la roja y gualda y fondea al pie, haciendo zafarrancho de combate y disponiéndose á dejarse echar á pique con sus treinta hombres, por los seis cañones y doscientos tripulantes del crucero francés, lucha que éste no admite, sin duda por verse tan superior en fuerzas.

Parte á los dos comandantes respectivos; comunicaciones á la Metrópoli; agitación en las Cámaras y en la prensa; Francia ofendida; España haciendo locuras y echándolo todo á rodar; notas, memorandums, y por último, la llamada de Paredes á Madrid para que dé explicaciones y para... ganar tiempo. He aquí cuanto había pasado, porque ya se habrá comprendido que el comandante del *Veloz*

es el teniente de navío que en estos momentos ha desembarcado en Cádiz.

Pero lo que sorprendía al mozo era el entusiasmo popular hacia su persona. Ignoraba que del asunto se había hecho cuestión política; que el Gobierno, débil y vacilante y atento solo á sostenerse en el poder contra los partidos contrarios, al verse con un conflicto internacional asustóse mucho, y que para salir de él trató en un principio de amenguar la gloria de nuestros marinos, por lo cual la opinión pública, excitada por la prensa, se puso al lado de éstos calurosamente, llegándose á producir verdaderas explosiones de entusiasmo. El nombre de Lorenzo Paredes se extendió por toda España; detestables retratos suyos aparecían ya en todas partes y hasta se iban á iniciar suscripciones públicas para hacerle un obsequio. Era, en fin, el héroe del día.

Así es que al saberse en Cádiz su llegada, todo el mundo salió á recibirle y todos se disputaban el honor de festejarle y estrechar su mano, produciendo en el espíritu del joven tal confusión de ideas, que hubo menester más de dos días para ponerlas en orden.

Baste decir que en las horas que permaneció en aquella capital no tuvo apenas instante de reposo entre recepciones, veladas, banquetes, ovaciones y demás fiestas con que todos, grandes y pequeños, marinos, milita-

res y paisanos se esforzaban, con el calor propio de las gentes meridionales, en dar expansión á su patriotismo puesto al rojo blanco, por la intrepidez con que la marina española demostrara en la reciente ocasión cómo sabía sostener la honra nacional en todos los rincones de la tierra. (1)

III

Gracias á que la llamada del ministro tenía el carácter de urgente y pudo Lorenzo librarse de vivas y estrujones al otro día, en que á primera hora tomó el tren para Madrid, despedido en la estación con músicas y vítores por la muchedumbre y dejando atrás, al cabo de algunas horas, aquella otra estación en que solía apearse á su regreso.

Allí quedaban padre y hermanas y parientes, prevenidos por telégrafo de la llegada á Cádiz y del viaje á la corte. Es decir, que el padre tomó la carretera para llegar al cruce del tren, y pudo así dar el abrazo estrechísimo al hijo de su corazón, no partiendo con

(1) Estas líneas se escribieron muchos meses antes de ocurrir la cuestión del «Fernando Póo» en Río Benito.— De ser de guerra este buque, bien pudiera haber sucedido lo que á Paredes se atribuye en el presente relato.

él por la promesa que este le hizo de volver pronto á pasar unos días al lado suyo.

Con lo que tornó el anciano á su casa, orgulloso como nunca y pareciéndole que el mundo era más pequeño desde que había podido abrazar en su hijo nada menos que al héroe del golfo de Guinea.

Al otro día llegaba Paredes á Madrid, presentábase al ministro de Marina, á quien relató los hechos minuciosamente y de quien fué felicitado con algunas reservas, recibiendo además la orden de no embarcarse, pues se le iba á nombrar para cierta comisión técnica de mucha importancia; un pretexto, en fin, para apartarlo de su destino y para hacer como que se satisfacía la opinión pública, á la vez que se procuraba ante el Gobierno francés dar á la cosa el carácter de corrección gubernativa.

Tras esto siguieron las consabidas felicitaciones de la prensa; banquetes por aquí y por acullá y la presentación de Paredes en cuantos círculos y sociedades hay en Madrid. Todo el mundo deseaba conocerlo y los salones se abrieron para él.

Esto duró unos cuantos días, pasados los cuales, fué, como de costumbre, dejando de sonar en los periódicos el nombre del marino, confundándose su personalidad en la muchedumbre esa de las gentes conocidas, pero olvidadas á medias.

La cuestión diplomática había tomado el giro de los aplazamientos y dilaciones, viniendo otros sucesos de sensación á interesar al público, variable siempre en afectos é impresiones.

Así es que el teniente de navío veíase obligado á pasar en la corte la vida más ociosa del mundo. Menos mal que en aquel destierro de Fernando Póo había hecho algunas economías y con estas procuraba distraerse lo posible. Y en último caso, siempre contaba con la bolsa paterna, bastante bien provista, aunque no muy pródiga en verdad, pero que nunca se cerraría del todo y menos para el hijo aquél único, hoy orgullo legítimo de la familia.

Esta aún esperaba el regreso del muchacho para darle los apretones de costumbre. Y no iban á Madrid á verle por no perturbar la vida de brillo y aplauso que de seguro estaría haciendo en aquel entonces.

Y he aquí referidas las causas de encontrarse en una butaca del teatro Español cierta noche del mes de Diciembre de mil ochocientos y tantos el oficial de la Armada. D. Lorenzo G. de Paredes, conocidísimo por lo que realizó poco antes en el golfo de Guinea, guapo mozo, ni alto ni pequeño, más cetrino que rubio, de barba bien puesta, boca grande, ojos claros y expresivos, un poco recio y cuadrado en toda su persona, alegre y campe-

chanote de carácter, andaluz neto por los cuatro costados, algo decidor, sencillo en su porte, de mucho corazón y capaz de pensar muy alto y de sentir muy hondo si las circunstancias lo exigen, pero dejándose mientras tanto arrastrar con abandono por la espléndida corriente de la vida.



CAPÍTULO III

I

—Nada; lo dicho, Rafael; la secuestramos hoy. Hoy es nuestra, no hay remedio.

—¡Pero Marquesa...!

—No sea usted tirano.

—¿Yo?

—Tiene razón mamá; es usted atroz. ¿Por qué no se ha de quedar Mercedes con nosotras?

—Si no me opongo...

—Pero se resiste usted... Es usted muy egoísta... ¡Por no dejar un rato la compañía de este ángel...! Pues hoy no se sale usted con la suya...

—Usted siempre tan amable y tan...

—No, si no me seduce usted con galante-
rias. Usted y Mercedes, padre é hija, comen hoy con nosotros... No admito excusas de ninguna especie, de ninguna.

—No, marquesa, no; Mercedes puede quedarse... pero yo... me es imposible... á mi pesar... hoy no puedo. Tengo una junta...

—¿Una junta? El pretexto de todos los hombres. ¿Y se puede saber con quién es esa junta?

—¡Carolina!...

—¡Ah! es verdad, no me acordaba... Ahora está usted hecho un santo; pero amigo mío, quien tuvo, retuvo, etcétera.

—No, no es pretexto; se trata de negocios...

—Bueno, bueno, lo que usted quiera; váyase usted; no nos hace falta; pero nos quedamos con Mercedes, ¿no es verdad, niña?

—Lo que papá resuelva.

—Bien, quédate; se empeñan la marquesa y Clarita...

—Y yo también—interrumpió una voz casi varonil.

—¡Ah! Y Enrique también, conste. ¡Te miman demasiado!

—Más la mima usted... Y hace perfectamente. ¿A quién va usted á querer, sino adora á este pedazo de su corazón?

—¡Que me la van ustedes á echar á perder!...

—¿Conque quedamos en lo dicho? ¡Ah! Y no venga usted luego á buscarla. Al salir del teatro la dejaremos en su casa. Y á propósito, Clarita, ¿qué nos toca esta noche?

—Nada, mamá; ¿no te acuerdas de que hay estreno en el Español? Enrique nos ha traído el palco.

—¡Ah! es verdad; no me acordaba. Y usted, ¿no va al teatro?

—No sé lo que haré.

—¿Tiene usted ya butaca?

—No; si acaso, la tomaré á última hora.

—No encontrará. Dice Enrique que desde anteayer ni los revendedores tienen una.

—Pues si no encuentra, véngase usted al palco.

—Puede ser... Si á última hora tengo tiempo... tal vez dé una vuelta.

—Bueno, le esperamos.

Y solo algunas palabras más se cruzaron ya entre la marquesa de Castelmadría y el conde de Villamuriel, que eran los dos interlocutores principales. El último se despidió á poco, y quedaron en el elegante *boudoir* de la dama, ésta, sus hijos Clara y Enrique, y Mercedes Villamuriel, convidada hoy de aquella apreciable familia.

Era la marquesa una de las señoras más elegantes de Madrid. Tenía todos los defectos y cualidades de nuestra aristocracia; sencilla, franca, natural, religiosa, frívola y algún tanto coqueta; encantaba con su trato, y en medio de su ligereza no carecía de buen sentido, y sobre todo de corazón excelente.

Antigua amiga del conde, y hay quien dice

que algo más, conservaba hacia este singular afecto y tenía sobre todo el tacto, por innata delicadeza femenina, de hacerle aceptables los obsequios con que procuró siempre suavizar los rigores de la suerte que agoviaran al arruinado título y que hacían tan triste la existencia de Mercedes. Esta, además, era compañera de colegio de Clarita, y entre las dos mediaba entrañable cariño.

Clara, más joven que la hija de Villamuriel, no podía pasar por hermosa, pero sí por muy agradable. Su tipo era el que tanto se ve en Madrid en salones y paseos, de criatura criada entre algodón, débil, nerviosa, pobre de sangre, pronta á agostarse y consumirse en los primeros años de matrimonio. Por lo demás, muy seria y reservadita, tan limpio el corazón como límpida la mirada de sus ojos azules, buena de verdad, y sin gran inteligencia; condenada, en fin, á casarse con algún inútil de la buena sociedad, á quererle mucho, á cuidar más á sus hijos, y á verse despreciada por bailarinas y caballos. Tal destino se leía en sus bondadosas y desdibujadas facciones.

Su hermano Enrique, nos ofrecía la imágen del señorito vulgar; por más vueltas que se le diesen, no se percibía en él mas que vulgaridad absoluta, y por no tener rasgos salientes, carecía hasta de aquellos que constituyen lo ridículo. Ni siquiera se le podía llamar sietemesino ó gomoso. Vestía correcta-

mente, no era elegante ni cursi, iba á todas partes, no se le conocían vicios ni virtudes, y en toda su vida había hecho cosa de particular ni trazas existían de que la hiciese. Nacido sobre los rieles de la vida, era su misión seguir por ellos sin descarrilar nunca, como esas locomotoras de juguete que giran mientras tienen vapor en torno de una mesa circular.

II

Las diez de la noche; ha terminado el primer acto del drama de Echegaray, á cuyo estreno asiste *todo Madrid*, y como parte alícuota de este todo, la marquesa de Castelmadría con Clara y Mercedes en su palco, y Lorenzo Paredes en una butaca. En otra se halla también Enrique Castelmadría.

Y ya está viéndose cómo el lector adivina lo que va á suceder aquí. Que Lorenzo miró al palco, vió á Mercedes y encantándole su hermosura no hizo más que dirigir en aquella dirección los gemelos toda la noche, hasta que fijándose en él la niña y cautivada por la belleza varonil del marino, correspondió casi sin querer á su mirada, entablándose uno de esos tiroteos de avanzadas del amor, que á veces no van más allá y otras dan lugar á relaciones formales, que concluyen con formidable batalla ó con humilde capitulación en la Vicaría.

Y tras esto, el seguirla al salir del teatro, el continuar haciéndole la corte, el declararse, etc., y aun los enojos y rabietas del pobre Enrique, que desde la butaca se entera de todo y vé que le birlan la muchacha de que casi, y con toda su vulgaridad, está perdidamente enamorado.

Pues bien; no hubo nada de eso; ni miradas, ni enamoramientos de unos y celos aparte de los otros. La cosa ocurrió de distinta manera, sino tan corriente, al menos no tan propia de novelas de folletín.

Y fué, que habiendo subido Enrique al palco á saludar á su familia y á Mercedes, acompañado de Martínez Marcel, uno de esos tipos que todo lo saben y en todas partes se encuentran, éste, en medio de la conversación animada que sostenía con la marquesa, pasando revista á todos los palcos y aún á algunas butacas, dijo de pronto:

—Marquesa, mire usted quién esta allí: Lorenzo Paredes.

—¿Quién?

—Paredes, ese muchacho marino de que tanto se ocupan los periodicos estos días.

—¡Ah, sí! el que hizo arriar el pabellón francés. ¿Dónde está?

—Aquel que hay en el pasillo de las butacas, junto al general Vallespir y Pepito Rocas; ¿no le ve usted? vá de uniforme.

—Sí—repuso la dama, después de fijar un

rato los gemelos en aquella dirección. Y dirigiéndose á las jóvenes:

—Mirad, niñas—les dijo;— aquél es el marino ese que se ha portado tan bien en Africa.

Todas entonces fijaron su atención en él y siguió una série de comentarios halagüenos para el joven oficial. Solo Martínez Marcel con su excepticismo tonto y Enrique con su idiosincrasia vulgar, trataban de disminuir el mérito de la acción realizada en las costas de Guinea. Ellas en cambio lo defendían ca-lurosamente, por ser el ánimo de la mujer más asequible á los entusiasmos que no el espíritu enclenque de nuestra sietemesina generación de casi hombres.

—¿Y usted lo conoce?—preguntó por fin Carolina á Martínez.

—Ya lo creo, en cuanto llegó fui á verle; estuvimos en el ministerio, en la Presidencia, y yo le dije á Cánovas... y me interesé con Sagasta... porque él es así... muy corto... Puede decirse que gracias á mí...

Y á este tenor prosiguió el mozo, hasta llegar á atribuirse, ó poco menos, la gloria alcanzada por Paredes, debiéndose advertir que no le había saludado jamás. Pero ese era el flaco de Martínez Marcel: conocer y tratar á todo el mundo, desde el presidente del Consejo al último rata que metían en el *Abanico*.

—Pues mire usted, Marcel; es preciso que me lo presente usted; quisiera oírle contar por sí mismo el suceso.

—Como usted quiera; pero no lo merece... es así... algo... cursi.

—¡Cursi! ¿un hombre tan valiente? No sea usted así, Marcel... y preséntemelo.

A todo esto Mercedes, que no había prestado gran atención á lo que se decía, murmuró á media voz dos ó tres palabras al oído de Clarita, quien levantando la suya exclamó:

—Mira, mamá; ¿sabes lo que dice Mercedes? que su papá lo conoce; no sé que ha sido en su casa.

—El no—interrumpió Mercedes,—sino su padre. Cuando los periódicos trajeron la noticia, papá me dijo:—Este debe ser el chico de Paredes, mi antiguo administrador. ¡Bravo muchacho, ¿no es verdad? Yo entonces me acordé de cuando era pequeña haber visto á Paredes, el padre, y aún de que al ir yo á Andalucía un verano venían á jugar conmigo las hijas de ese señor y un hermanito de ellas. Este debe de ser sin duda el marino.

—Serías muy niña entonces.

—Tendría seis ó siete años, todo lo más.

—Y ahora, ¿no lo ha visto tu papá? ¿No ha ido él á tu casa?

—A casa no ha ido. No sé si papá lo habrá encontrado por ahí.

—Y su padre, ¿no administra ya bienes del conde?

—No sé... creo que no...—Y al decir esto turbóse algo Mercedes, por lo que comprendiendo Carolina cómo sin querer había dejado escapar una inconveniencia, al recordar á la joven su posición actual, dió á la conversación otro giro.

Dejó, pues, de hablarse de Paredes en el palco y de los demás asuntos, pues sonaba en aquel momento el timbre eléctrico avisando á los espectadores, y todo el mundo se disponía á buscar su sitio.

Y despidiéronse á este punto Enrique y su compañero yéndose á buscar sus respectivas butacas, mientras que en la suya, situada casi debajo de la platea de la Castelmadria, acomodábase el bueno de Paredes, sin pensar ni por asomo que aquellas sus vecinas hubiesen estado ocupándose de él durante el entre-acto.

Eran los minutos que preceden al levantamiento del telón. Contra lo que ocurre en las funciones ordinarias, casi todo el mundo ocupaba ya su lugar. Los palcos, llenos de señoras, no consentían el estorbo de muchos hombres, y entre el público, si no faltaba el elemento ese que todo lo infesta con su elegante inutilidad, veíase abundar también la aristocracia de la política y de las letras. En una palabra, á la concurrencia habitual de los días

de moda, tan cargante como correcta y atusada, debía añadirse la propia de los estrenos... y de los estrenos de Echegaray. Con el fósforo que pudiera acumularse en docena y media de cerebros de los allí presentes, había para el consumo de tres generaciones de gente vulgar. Por eso se notaba más orden y silencio en el teatro; más rapidez en el sentarse al dar los actos comienzo, de todo lo cual se cuidaba el público de las alturas, dispuesto á no tolerar sin protesta lo mismo el crujido de un vestido de raso, al llegar á mitad de función su distinguida poseedora, que los berridos de un llorón en el anfiteatro segundo.

En esos minutos, y aun durante la representación, es cuando pudo observar Lorenzo que las señoras de un palco platea inmediato á su butaca, próxima al corredor lateral, le miraban con algún interés, y aun reparó que en él había dos jóvenes vestidas con elegante sencillez y una dama de más edad, hermosa y de aire aristocrático.

Algo acostumbrado desde hacía algún tiempo á verse objeto de la curiosidad pública, no dió otra interpretación á la cosa y puso su interés todo en el drama conmovedor que se desarrollaba en escena. La obra era de las más colosales que han brotado del génio de Echegaray. Por ser grande todo en ella, grandiosos resultaban sus defectos. Y así el

público, electrizado, convulso, nervioso, febril, seguía las peripecias de aquella acción dramática, monstruosa, inverosímil, pero potente, fascinadora, genial, que sacudía sus nervios todos, produciéndole más que el horror trágico el terror patológico y que contra sus convicciones, contra sus sentimientos, contra su voluntad entera, le arrojaba jadeante y vencido á los piés del coloso, cual familia de leones dominada á latigazos por el domador.

De estas sacudidas estallaban atronadoras salvas de aplausos. Las manos se movían frenéticamente mientras quedaba la protesta en el fondo del corazón. Daban deseos al final del acto de abrazar á Echegaray, de hacerle una estatua y de asesinarlo después. ¡Poder terrible del genio, que sin convencer se impone á las multitudes, ignorantes ó cultas, prontas siempre á deslumbrarse ante los rayos del sol!

Todo esto, como es natural, y las discusiones del saloncillo, corredores y palcos, después de las diez ó doce salidas del autor á la escena, distrajeron la atención de Paredes y de sus vecinas, pero no la de Martínez Marcel que tanto indagó y de tal modo puso en movimiento sus amigos, que á los diez minutos había sido presentado el oficial de marina y á los quince parecía que su amistad con él databa de luengos años atrás.

A pesar de todo, en estas cosas se pasó el entreacto y tuvieron que separarse.

Terminó por fin el drama, y hubiéranse marchado como de costumbre casi todos los concurrentes á no dar la coincidencia de estrenarse una pieza cómica de renombrado autor. La empresa había hecho un *tour de force*. Dos estrenos en un día. Tal vez el único ejemplar.

Acabado el delirio de los aplausos y de las llamadas á la escena, faltó tiempo á Marcel para reunirse con Paredes, arrastrándolo, y casi sin darle tiempo de respirar, al palco de la marquesa.

—Nada; que lo voy á presentar á usted á las de Castelmadría. Un héroe como usted no debe meterse en un rincón.—Y no valieron protestas y distingos, sino que á los pocos minutos era presentado el marino andaluz por el pollo madrileño como su mejor amigo de toda la vida, á la hermosa marquesa, á Clarita y á Mercedes.

No habían mediado más que las frases de cumplido y algunos elogios para el heroísmo de Lorenzo, cuando abriéndose la puerta de la platea apareció Villamuriel. Llegó al empezar el acto tercero; mas como le acompañaba cierto antiguo amigote, hizole entrar éste en su palco, por lo que hasta entonces no había podido ir al de sus amigas.

Era una verdadera casualidad ver al conde

en el teatro. Solo el deseo de recoger á su hija y evitar que la hubieran de llevar al apartado lugar en que moraba, lo cual procuró evitar siempre, habíale hecho asistir á última hora. En saliendo se irían *pian pianino* á la Puerta del Sol, y de allí, en el tranvía, á la calle de Fuencarral; eso si no tomaban un carruaje, cosa violenta para él, pues tenía odio á los simones.

Entrar en el palco, saludar y serle presentado Paredes, todo fué uno; y por cierto que extraña emoción revelóse en el rostro de Villamuriel al oír el nombre del marino, si bien dominándose al momento, le tendió la mano, que temblaba á pesar suyo, mientras le dirigia varios elogios corteses, pero un tanto fríos.

El joven en cambio, al oír el título de Villamuriel pareció sorprenderse y no pudo menos de exclamar:

—¡Señor conde, ¿es posible? ¡Y tantos deseos como tenía yo de saludar á usted! Usted no me conocerá de seguro, ni caerá en la cuenta de quien soy...

—¡Ah, sí, papá!—interrumpió ingenuamente Mercedes;—fíjate en el apellido del señor: Paredes?

—¡Es verdad! ¿Usted es el hijo de?...

—De José María Paredes... su...

—¡Hombre! ¡cuánto lo celebro!... ¡Y su padre de usted?

—Tan bueno; allá en el país... Muchas veces le oído hablar de usted... ¿y esta señorita es?...

—Mi hija Mercedes...

—Sí; pues mis hermanas la recuerdan mucho...

Y en este tono frívolo y vulgar hubo de seguir la conversación, en la que un observador malicioso advirtiera de seguro algo singular en el conde. Trataba este de aparecer natural y llano y de no dar más importancia que la corriente al hecho de encontrarse con aquel joven, hijo de un antiguo servidor suyo, pero por más que hizo, le fué imposible ocultar del todo que algo extraño le sucedía. Procuraba apartar la vista de su interlocutor, y sin embargo no separó de él los ojos; en los elogios que le tributara por su digno proceder había sinceridad y emoción, pero no así en los recuerdos de su padre y de tiempos pasados y menos aún quizás en los ofrecimientos de su persona y de su casa.

¿Sería el disgusto de verse en su situación actual ante el hijo de quién administrando intereses suyos lo conociera rico y poderoso? Esto fué lo que sospechó la marquesa, que perspicaz en extremo y conocedora del corazón de su amigo, había desde el primer instante notado la impresión causada en él por la presencia de Paredes.

Este se despedía poco después invitado por

la aristocrática señora para uno de sus miércoles, y ofreciendo al conde que le visitaría para referirle despacio las cosas que pasaban en el Golfo de Guinea y por las que aquél parecía interesarse mucho.



CAPÍTULO IV

I

Y Paredes, según había ofrecido, fué á visitar á la marquesa y también á Villamuriel, aunque menos veces al último, que si le acogiera con su cortesía habitual, no pareció encantado de la visita, ni mucho menos. Dijérase que estaba algo, así como violento, desconcertado. Y por otra parte, en su mirada creyó encontrar Lorenzo más simpatía que indiferencia. Tal vez disgustaba al conde que el hijo de su antiguo administrador viese ahora su modo de vivir modesto, ya que no miserable. Sí, esto debía de ser, y comprendiéndolo el marino, se propuso no frecuentar la casa más que lo absolutamente necesario.

Y esta necesidad equivalía á cero, que en las costumbres de hoy va desterrándose el oficioso visitar de cumplido, invención de nuestros abuelos y tortura de nuestros padres.

Además, que no necesitaba ir á la calle de Fuencarral para ver á Mercedes, pues en casa de la Castelmadría era seguro el encontrarla con gran frecuencia; es decir, los más de los miércoles, entre otra colección de muchachas, bonitas las unas y no tanto las demás; *casaderas* casi todas, pero incasables más de dos.

Porque el principal atractivo que tenían para él aquellos salones era la presencia de la preciosa condesita. Y aquí ya quedarán contentas aquellas lectoras que debieron de disgustarse al ver cómo en el Español no se enamoraban uno del otro los dos jóvenes, así de sopetón y á modo de súbito escopetazo.

Pero lo que no sucediera entonces aconteció más adelante, cuando el teniente de navío fué á visitar á Villamuriel y habló allí con la hija de éste, oyéndole ella relatar, no *coram pópulo*, sino así, como en familia, sus campañas y sus viajes, y la acción heroica de Guinea, sin pedantería y engreimiento ni con modestia artificiosa, sino en lenguaje sencillo, veraz, corriente y libre de discursos y parrafadas, ya satisfaciendo las preguntas del conde, ya completando una idea de Mercedes; en fin, del modo ese natural con que en la conversación de las gentes sinceras se refieren las verdades y no mentidas y extraordinarias aventuras.

Y después se volvieron á ver en casa de la

marquesa, donde, como Lorenzo valía mucho y era guapo, hacíanse todos lenguas de él, no siendo las más tímidas en prodigarle sus elogios alguna que otra casada, á más de no pocas solteras, que entre todas tuvo partido desde el primer día. No faltó, sin embargo, quien le tachara de *cursi*, si no aplicándole la palabra en toda su crudeza, al menos subrayando otras que venían á tener igual sentido. Efectivamente, aunque poseía esmerada educación, elegante figura y distinguidas maneras, faltábale á Paredes el sello ese ridículo y cargante que constituye el verdadero gomo. Y para ciertas niñas antes era esto notoria imperfección que cualidad estimable.

Sin embargo, las que debajo del frac buscan al hombre y no al sietemesino, lo encontraban muy de su gusto. No quiere esto decir que todas lo hubieran aceptado por marido; no, la mayoría de ellas aspiraba á mucho más; al fin y al cabo sólo era un oficial de la Armada, de origen humilde, no mal de fortuna y rodeado hoy del aura popular, pero eso no bastaba para darle derecho á la blanca mano de algunas herederas, de títulos más ó menos ilustres ó de muy plebeyas millonadas. Pero lo que es por amante, las que se permitían el desliz de tenerlos, ó estaban dispuestas á permitírselo ó tal vez admitían la posibilidad de deslizarse alguna vez; ¡oh! en cuanto á esto, pocas había que no le declara-

sen digno de merecer la simpatía y el favor y el cariño de cualquier corazón, ávi lo de dar al traste con la menguada prosa de la vida.

Y si esto sucedía tratándose de mujeres superficiales, llenas de aspiraciones, acostumbradas á la lisonja y á verse obsequiadísimas por cuanto más aparenta y luce en la sociedad, en mayor grado tenía que acontecer con Mercedes, á quien su natural reflexivo y las singulares condiciones de su actual existencia hacían ver las cosas de un modo más exacto. Le gustó mucho Lorenzo desde el primer instante; es decir, desde que se fijara en él, lo que, á decir verdad, no ocurrió hasta que fué el marino á casa del conde. Parecióle guapo, y lo que es más, la lectura por segunda vez por aquellos días, en periódicos atrasados, de la heroicidad del joven, hizola sentir hacia él sincera admiración, que siempre la mujer rendirá su alma ante la audaz energía varonil y los nobles entusiasmos.

Y al verlo después tan sencillo y tan afa-ble, con tan franca fisonomía, discreto sin afectación, alegre y no desprovisto de gracejo andaluz de buena ley; al contemplar un hombre tan completo, diferente en mucho de los que hoy se usan, y adivinando, por esa poderosa intuición de las mujeres, que había allí un corazón leal y muy grande, un carácter enérgico y una conciencia rectísima, fué sintiéndose cada vez más inclinada hacia él y

aun conoció que le iba á querer muchísimo el día en que ciertas miradas *suyas* muy expresivas la hicieron meterse en averiguaciones allá por los más recónditos pliegues de su alma.

Y algo de esto era también lo que á Lorenzo le había sucedido. La encontró preciosa desde que en ella se fijaron sus ojos, pero sin ocurrírsele, ni por presunción, hacer su conquista. Hablando con ella en casa de Villamuriel, parecióle más guapa aún, y se dijo que merecía la pobre mejor suerte; en el salón de la Castelmadría la halló de nuevo, volviendo á hablarla, y fué así acostumbrando á verla cada miércoles, y después con más frecuencia; pues por casualidad, sin duda, no asistía ella á teatro (¡verdad que iba á bien pocos!), ni á paseo, ni á iglesia alguna, sin que por una ú otra parte, apareciese de pronto en el mismo lugar la simpática figura de Paredes.

En una palabra, que cuando recapacitó el mozo algún tanto, dióse cuenta de que estaba enamorado con todo su corazón y de que ella también le correspondía, pues aunque no se lo hubiera dicho, era necesario carecer de ojos para no conocerlo. Así, pues, no faltaba más que la fórmula de declararse *él* para que contestándole *ella que sí*, se establecieran relaciones formales, y después... después... (y aquí es donde hubo de reflexionar el joven

detenidamente), después, en vista de que si bien Villamuriel ostentaba un título, no tenía con qué darle lustre, y considerando que dicho señor era un aristócrata á la moderna, desprovisto de preocupaciones, y que en eso de los casamientos desiguales, había demostrado prácticamente su modo de pensar; tomando en cuenta estas y otras muchas razones de igual peso, vino á deducir Paredes que no era tan difícil ver convertidas en realidad sus honradas aspiraciones. Y no se crea que le tentase en forma alguna lo del condado; al revés, eso de ser título consorte le seducía muy poco, y aún hubiera sido óbice á sus proyectos, á no encontrarse como se encontraba profundísimamente enamorado.

Podrá ser lo que fuere en otros países, aunque ni por la lectura de novelas, ni por la permanencia accidental en ellos, es fácil penetrar hasta el fondo de sus costumbres; pero en esta española tierra antes fué casi siempre el entenderse los jóvenes que el hablar á los padres y adquirir compromisos, cualquiera que sea la posición que se ocupe. Usamos por acá del noviazgo, admitido como de buena ley, aunque con más ó menos ó distintas restricciones, según la diversa condición social de cada uno. Pero sea como quiera, resulta siempre que no se considera mal visto, cual *dicen* que sucede en Francia, eso de que quien se enamora de una doncella en estado

de merecer (con buen fin, se entiende) procure con miradas y *haciendo el oso* de tal ó cual manera, *comme il faut* ó *cursi*, que esto depende del individuo, dar á conocer sus atrevidas pretensiones; viniendo después la declaración por escrito ó de palabra, las cartitas, la escolta en paseos y la guardia de honor en iglesias y teatros, y aún después muchas veces, si las circunstancias y la tolerancia paterna lo permiten, las relaciones públicas semioficiales y, por último, las ya *oficiales* en absoluto, tras la petición de mano en toda regla; y el disponer papeles y contratos, y la vicaría y la boda, mas la luna de miel, y aún la de hiel más adelante y hasta las peloterías y el infierno, que de todo hay en la viña del Señor.

Mas eso de andar por salones y tertulias con el propósito de casarse, buscando novia entre el ramillete de niñas aspirantes al himeneo, y en cuanto se tropieza con una, adquirir informes y dirigirse á los papás sin contar antes con el *sí* de la chica; concertar con ellos el matrimonio y llamarla de *tú* por primera vez en la noche de novios, será muy correcto, se usará en París y donde quieran, pero no se ha infiltrado aún en nuestras costumbres ni penetrará jamás. Si acaso algún hombre serio adinerado que pase de los cuarenta, usará de estos procederes, que la gente joven aun prefiere el honestísimo galanteo español, y cuando es posible con sus peladu-

ras de pava, ya en una reja de Andalucía ó desde la calle á un balcón en la villa y corte de Madrid.

Así, pues, tras la declaración un poco tímida, y de esas que se vienen rodadas al conversar, por parte del marino, y un «lo pensaré» de la joven, pudieron ambos decirse cuánto simpatizaban y cómo se iban queriendo más cada vez, sin que Mercedes se decidiera aún á franquearse con el conde, ni menos á exigir que Paredes expusiera á éste sus propósitos. Lo primero era tal vez obligación de ella; pero un padre no es lo mismo que una madre, y ciertos pudores naturalísimos impiden á una niña bien educada ir á contarle, así descaradamente, ciertas cosas del alma al autor de sus días. Ya más adelante iría preparando el terreno para que pudiera hablarle Lorenzo oportunamente. Y en cuanto á dar este paso, ó indicar la conveniencia de que lo diese, cosa era aún muy prematura y delicada.

Por lo tanto, bastante había con lo presente. Muchas miradas, algunas cartitas, su poco de conversación cuando en casa de la marquesa era posible un aparte; y, sobre todo, mucha pasión, mejor sentida que expresada y que hacía brillar los ojos, más de luz purísima que de sensuales fulgores; cariño de los veinte años, de este que se usa del Pirineo acá, y que lo mismo se alberga en los ricos

que en los pobres, igualándolos á todos en venturas y sufrimientos.

II

Así estaban las cosas cierto día, en que por excepción acudiera Villamuriel al *five* de su cariñosa amiga. Rara vez se veía al arruinado señor en estas reuniones, siendo lo más regular que llevase á Mercedes, marchándose él después bajo un pretexto ú otro. Apartábase cuanto podía de la sociedad, en la que sólo encontraban aumento sus pesares y en la que se creía siempre en ridículo. El papel de noble venido á menos le exasperaba, y sólo en un pequeño círculo de amigos podía encontrar distracción, si no consuelo.

Reuníanse estos amigos, el general Vallesper, Pepe Cortés, el duque de la Línea, Avellano y el señor de Hernán Ciperez, ya en el entresuelo que el solterón general habitaba en la calle de Alcalá, ya en cierto gabinete del Casino, hecho propiedad exclusiva de dichos señores por acuerdo de todos los socios, no tomado ciertamente en junta general, pero mejor cumplido á buen seguro. Y allí los cinco, ó murmuraban del Gobierno y de todas las generaciones presentes y futuras, ó jugaban su tresillo, bastante caro, eso sí; pero no superior á los recursos del conde; único lujo que éste se permitía, y que, por otra parte,

no le era gravoso, pues acompañábanle la suerte y el saber en la ciencia de los codillos. Como eran cinco los contertulios, siempre sobraba uno, que había de conformarse con mirar desde fuera el juego.

Y así pasaban las más de las tardes y casi todas las noches, que eran ellos ó solterones ó viudos; el duque en la ruína más aún que el conde; atendido sólo á su sueldo en la escala de reserva el general; Avellano con su jubilación de Consejero; avaro como él solo, aunque riquísimo, el señor de Hernán Cipez; y sin haber tenido en su vida tres pesetas, pero sí muchísimo talento, el que á los sesenta y cinco pasados conocía todo el mundo aún por Pepe Cortés, literato de fuste y Académico de la Española y de otras muchas Academias más.

Cómo se habían llegado á reunir estos cinco caracteres tan distintos, sería por todo extremo imposible de explicar. El caso es que unidos estaban, y aunque disputando entre sí por cualquier cosa, sólo la muerte había de venir á romper su amistad senil.

Sin embargo, algunas veces dejaba Villamuriel el *Consejo de los cinco*, que así se apellidaban ellos, y una de estas fué, como queda contado, para acudir á casa de la Castelmadría.

No había aquella tarde allí gran concurrencia: estábase como en familia casi, y con

solo un grupo de conversación, en el que tras de mil asuntos fútiles, vino á darse con el que absorbía por aquel entonces la atención de todos los aficionados á meterse en vidas ajenas, que no son pocos en Madrid.

No se hablaba de otra cosa en los círculos aristocráticos; las opiniones variaban mucho y aún la versión de los hechos también. Lo que ocurría era lo siguiente:

El potentísimo duque de Z..., uno de los primeros magnates de la nobleza española, veía acibarado el fin de su vida por los amores de su primogénita Matilde con un joven honrado y de valer sin duda, pero cuyas circunstancias hacían completamente imposible toda unión. Lo peor era que las cosas habían tomado tal giro que se imponía ya el matrimonio, habiendo de optar el duque entre dos deshonoras por la que considerase menor.

Y aquí era donde entraban á combatirse las diversas opiniones. Nadie mejor enterado podía estar de todo que el indispensable Martínez Marcel, el cual, después de imponerse en la conversación hasta conseguir ser oído, se explicaba así:

—No, marquesa, dispense usted. El padre del muchacho no es más que ayuda de cámara del duque. Y todo eso de que aquél, á costa de grandes esfuerzos, ha logrado dar á su hijo una carrera, tampoco es verdad. No hay más que lo siguiente:

El tal ayuda de cámara, que se llama Antonio, lleva más de veinticinco años sirviendo al duque, del que merece toda la confianza. El hombre, al poco tiempo de estar en la casa, se casó con una doncella de la señora, enviudando en breve y quedándole un hijo, quien puede decirse que fué criado entre la familia de los duques, pues todos sabemos el bondadoso corazón y la llaneza de éstos. Como Antonio ganaba buen salario y es hombre económico, fácil le era dar al muchacho buena educación, metiéndole en un colegio, y supliendo, allí donde sus fuerzas no alcanzaban, la generosidad del duque. Esto y la atmósfera de buen tono que respiró en su infancia dentro de aquella aristocrática mansión, unido al talento que de suyo poseía, ha hecho que á los veinticuatro años sea el joven uno de los más distinguidos oficiales de Ingenieros, debiéndose notar que primeramente ingresó en la Academia de Infantería, y ya alférez de esta arma, llevado por su afición al estudio, se presentó en la Academia de aquel Cuerpo, alcanzando brillantísimas conceptuaciones. Hoy es capitán, y por un notable trabajo que ha hecho en Marruecos, le acaban de conceder no sé qué recompensa. Es, y yo lo puedo decir, pues le trato, lo que se llama un chico elegante, guapo, y al que en nada se le conoce su humilde origen, tanto que...

—¿Qué?—interrumpió en esto la marquesa. ¡Ah! ¡sí!...

—Pues no, señora. Muchas gentes, al ver el pie de igualdad en que lo consideraban en casa del duque; al reparar en el aire fino del muchacho, se han dejado correr á maliciosos pensamientos, pero está comprobado que se equivocan.

—¿Y cómo? ¿á ver? dígalo usted, que parece tan al detalle de todo lo de esa familia.—Esto lo decía la Castelmadría con cierto retintín; ella sabría por qué.

—Pues muy sencillo. En primer lugar, dicen quienes la conocieron, que la difunta mujer de Antonio no valía nada; no era una belleza, ni mucho menos; una buena criada muy trabajadora y muy dispuesta, con algunos ahorros y nada más. Y ya que se calumnie al duque, no hay que negarle el buen gusto.

Y otro dato hay de más fuerza, que he obtenido... por el cochero que había entonces en la casa, hoy contratista de los carruajes que sirven al Círculo gubernamentalista...—y al decir esto, miraba á la marquesa como contestando al retintín anterior.

—A poco de casarse Antonio con Rufina, que éste era el nombre de ella, marchó el duque con una misión diplomática al extranjero, donde permaneció dos años, no llevándose al tal Antonio, porque éste entonces no era

ayuda de cámara, sino un simple criado, más bien que al servicio del señor, al de la señora, la cual se quedó en Madrid. Hacia mediados del segundo de estos dos años, nació el hijo de ambos domésticos, de manera que...

—Es verdad, no tiene vuelta de hoja. Pero, en fin, ahora ¿qué sucede?

Pues, nada, lo natural; que Matilde, la mayor de las hijas del duque, se ha enamorado locamente del capitán, amores que datan ya de algunos años, pero ocultos hasta el día; y que habiéndose enterado el bueno de Antonio, ordenó á su hijo que no pusiera más los pies en la casa, y aun logró que fuese enviado con una comisión científica á Tánger. No sé quién, ni cómo, dió cuenta al duque de lo que ocurría, y emprendieron él y la duquesa una campaña vigorosa para borrar del corazón de su hija el recuerdo de Agustín, que así se llama el novio. Todo inútil; la niña cada vez más apasionada; él, comprendiendo su deber, huye de ella, pero adorándola con frenesí; hasta que, por último, á la vuelta de Africa, ha sucedido lo que no podía menos de suceder: la catástrofe.

Él, al llegar, no hace nada para verla; pero la niña, por los periódicos, tiene noticias de que está aquí; sabe donde escribirle, al Ministerio de la Guerra, y en su carta, llena de reproches, quejas y frases de ardiente pasión, trata, sobre todo, de excitar el amor propio

del joven, llamándole hasta cobarde, además de ingrato y olvidadizo. Frenético él de pasión y de dolor á un tiempo, acude como ella le indica á las once de la noche, frente á la casa del duque, de la cual ve salir una mujer, una criada por el traje; acércasele, y es ella, ella, Matilde, liada en un mantón y con un pañuelo á la cabeza; cójesele del brazo y le hace dirigirse á cualquier parte, á Recoletos, á la Castellana, al Hipódromo, donde puedan hablar, pues tiene muchísimo que decirle.

Y empieza por contarle cómo ha salido; todos fueron al teatro; ella se quedó con la institutriz, y diciendo que estaba enferma, á las once se fué á acostar; Rita, su doncella, á quien ha dado treinta duros y unos pendientes de brillantes, le facilita aquellos avíos chulescos y aún una falda de percal; vístese con ellos; sale por la escalera de servicio con el pañuelo sobre los ojos y el mantón tapándole la cara, sin que la conozca el portero, y allí está diciéndole á Agustín que le quiere con toda su alma y que él no la adora cual dice, pues de ser así, no huiría de ella y no tendría presentes las consideraciones sociales, que ella es la primera en despreciar. Que sus padres son buenos, que se convencerán, y, en último caso, que está dispuesta á todo, al escándalo si es preciso. Él, según dicen todos, lucha entre su cariño y la razón, y lo que es

natural, vence el primero. En fin, que á las tres de la mañana regresaban los dos, ella quizás tan pura como salió; perdida ya para quien la hubiese conocido.

Ustedes saben la disposición de la casa del Duque de Z... De ese edificio inmenso ocupa él sólo los bajos y el principal; los segundos y terceros los tiene alquilados. Hay dos entradas, la de la calle de San Julián, de uso particular para el duque, y la de la plaza de la Victoria, que da acceso á los pisos superiores. Pero para mayor comodidad, existen también en los ocupados por él puertas que dan á la escalera de servicio de la parte alquilada; mejor dicho, esta escalera es común á las dos divisiones del local. Por allí bajó Matilde y por allí mismo había de subir, pues Rita quedaba esperándola y pronta á abrir la puerta, que por cierto está junto al cuarto de la joven. Por eso no había temido que la viesesen bajar, pues podía el portero (el de aquella parte) tomarla por sirvienta de algún inquilino, y á su vuelta, si volvía, contaba con que el sereno abriese la puerta á petición de Agustín. Y no era todo esto invención suya. No hacía mucho tiempo que otra muchacha, conocidísima en Madrid, ha efectuado iguales escapatorias con su novio. Ya saben ustedes á quien me refiero.

—Sí, á Pilarcita Castro. Pero esa es una loca.

—Pues nada de cuerda tiene la niña de Z..., ó al menos el amor la ha trastornado.

—Bueno. ¿Y qué más sucedió?

—Nada, que el sereno abrió la puerta mediante decirle Agustín: «Es la criada del tercero», dándole además una propina, y la criatura volvió á su casa, sin que notase nadie, al parecer, la escapatoria.

Esto la animó á repetirlas, hasta que en cierta ocasión, sorprendida la criada en espera de su señorita, algo recelosa ya la duquesa por medias palabras oídas aquí y allí y circulada la historia por todo Madrid, gracias á esos misteriosos conductos que dan publicidad á lo más escondido, al abrir de regreso Matilde la puerta de su cuarto encontróse en él á su madre, en cuyos brazos se arrojó agonizante de vergüenza, hallando la severidad merecida algo atenuada por el cariño maternal.

De nada se había enterado aun el duque, pero podía enterarse y así ha ocurrido. Sin que se sepa cómo, á estas horas tiene ya noticia fiel de las escapadas de su hija, y de que ya la cosa es del dominio público, y que sólo quedan dos caminos: ó el del rigor ó el del matrimonio. Pero el primero sólo puede recaer sobre ella, pues ni ha habido rapto, ni nada prueba que el joven haya abusado de una inocencia, en la que no querrán creer nunca cuantos sepan que han pasado algunas

noches juntitos y solos por esos mundos de Dios. ¿Qué hacer? ¿Entablar un proceso? Escándalo y pocas esperanzas de castigo. ¿Encerrarla en un convento á ella y pegarle un tiro á él? Esto quiere el duque, pero no cuenta con que si lo primero es fácil, lo segundo á sus años es harto más difícil. Si las circunstancias fueran distintas, el proceder estaba bien indicado: la boda...; mas hay que tener presente que él es el hijo de un criado, y por pocos escrúpulos que sean los de la familia, resulta también imposible esta solución. Así es que la pobre niña va á ser muy desgraciada.

—Es verdad. ¡Pobre criatura! Y él ¡qué infame!

—Infame, no, marquesa. Si le conociese usted, no diría eso.

—Sí; lo es: comprendo que no pudiese evitar la primera salida, ¡pero las demás!... Y, por otra parte, debía tener presente su condición social; es decir, la de su padre, antes de poner los ojos en la hija de su protector.

—El amor es ciego, dicen.

—Cuando le conviene cegar. Yo no le perdonaría. ¡Abusar así de una niña!...

—Si no se sabe; si quienes los conocen creen que se habrán limitado á pasear por sitios excéntricos inocentemente.

—¡Vaya una inocencia!... Pero el duque ¿qué decide?

—No se sabe. Por lo pronto la ha encerra-

do en un convento. El más desconsolado es Antonio que habla de matar á su hijo. Éste se halla dispuesto á reparar su ligereza...

—Ya lo creo; como que no deseará otra cosa.

—Pues yo no veo solución al asunto—in-
terrompió entonces Blanquita Castuera—una
de las más elegantes viudas de Madrid y de
las más habladoras entre las concurrentes,
que había estado como con hormiguillo todo
el tiempo que duró el relato de Marcel, en el
cual no pudo meter baza.—Porque ya ves
tú—prosiguió—si se tratase de cualquier
otro, ¿qué te diré? de un hortera, del hijo del
último gañán, en fin, de otro que no fuese el
hijo de un criado propio, mal casamiento era,
pero aun podía aceptarse, mejor que...

—Sí, pero esa chica no puede quedar así...

—¿Por qué no? que siga en el convento, y
á él que lo manden á Cuba ó á Fernando Póo.
Bien puede conseguirlo el duque.

—En cuanto á él, bueno; pero Matilde, ¡oh!
¡es demasiado eso!

—Y si siquiera Antonio no estuviese al
servicio de la casa... ¿Por qué su hijo en
cuanto pudo no lo apartó de allí?

—No ha querido el tal Antonio separarse
de su señor nunca.

Ahora con lo que pasa, si, que á pesar de
la oposición de éste, se ha ido á ocultar su
dolor, no sé á donde. Está anonadado.

—Pues no es para tanto la cosa. Él, ¿qué culpa tiene?

Y así siguieron los comentarios, consideraciones y demás, que, ya sin apartarse del asunto, ya alejándose de él en extremo, llegaron á dar muestra exacta de que no había solución posible al conflicto dentro del angosto y convencional criterio de aquellas gentes, entre las que no pocas eran de más que humilde origen, aunque tal vez por eso mismo fuesen las que alardeaban de mayor intranquencia.

III

El conde había seguido, al parecer, con vivo interés la conversación, en la que no es necesario decirlo, no intervenía ninguna de las solteras, pues todas, con algunos muchachos, formaban grupos aparte. Mercedes y Clarita sostenían entre sí un diálogo animadísimo y misterioso, sin que la primera apartase los ojos de Paredes que estaba cerca y algo detrás de Villamuriel.

Éste, cual queda dicho, después de seguir atentamente el relato de Martínez, é interpellado por la marquesa, hubo de dar su opinión, que se reducía á lo siguiente:

—Era una desgracia lo que estaba ocurriendo. No tenía disculpa el hijo de Antonio y para Matilde no había otra que los pocos años

y el menor juicio. Pero el daño hecho no podía remediarse más que con el matrimonio de los dos jóvenes; suponiendo que se quisiera remediar.

Ahora bien; si el duque prefería los temperamentos de rigor, á emplearlos le autorizaba la acción de los dos chicos; pero siempre la destinada á sufrir más era Matilde á quien ó habria de expulsar de su casa, condenándola á la miseria y la abyección ó encerrar en un convento, para lo cual las leyes limitaban mucho sus facultades. Y después, al cumplir veintitres años, la joven podía casarse á disgusto de su padre, aunque sacrificando su bienestar si la desheredaban.

Coincidía el conde con la opinión de la viuda: el conflicto nació de ser Agustín quién era; hijo de un criado de la casa. Por lo demás, no había tacha que ponerle, salvo la escasez de fortuna, lo que no significaba gran cosa, poseyéndola la joven para los dos con exceso. Además, probado estaba que el duque no concedía gran importancia á este renglón, cuando autorizaba el próximo enlace de su hija segunda Rosario con su primo Luis de Valdecarranzi, quien no poseía dos pesetas, ni esperanzas de llegar á tener jamás otra cosa que su título inútil de abogado y la carencia más absoluta de talentos y condiciones para ser nada en toda su vida. Pero los chicos se adoraban, y los duques, que si algún pecado

tenían, era el ser indulgentes hasta el abandono, no se oponían á la boda.

En todos conceptos aventajaba Agustín Rodríguez al sobrino del duque, salvo en el nacimiento, estando Villamuriel seguro de que por humilde que fuera éste, á no ser el que era, sin aceptarlo gustoso, ni con mucho, por yerno, no vacilara el padre de Matilde en darle ese título, si así se podían remediar las cosas que á punto tal habían llegado.

Él, en lugar de su amigo el de Z... obraría así; sin buscar, ni menos admitir, satisfecho, como marido de Matilde, al hijo de Antonio en circunstancias normales, no dudaría ante el sacrificio en las presentes, pues primero es la felicidad y la honra de una hija que todas las conveniencias sociales. Y aun por subordinarse á ellas—decía Villamuriel—es por lo que hago la excepción de «en circunstancias normales», porque si fuera á obrar en absoluto con arreglo á mi conciencia, y sin que estos sean pujos democráticos y populacheros, digo, que tratándose de un joven digno, honrado y de valer, como parece que es el oficial ese, no me importaría que fuese hijo de quién fuera, siempre que sus padres tuviesen lo que más falta hoy: honradez. Ustedes dirán lo que quieran, pero hay que vivir con la época, y si enlazamos ya á nuestros hijos con familias cuya fortuna empezó tras un mostrador ó en el cultivo de un terruño; si de los

hombres que recibimos en nuestra sociedad y á los que á veces admiramos por sus méritos, no nos importa el origen, bien puede darse el caso de que á lo mejor tropecemos por ahí con el hijo de quien nos sirvió alguna vez, y al caer en la cuenta lo tengamos ya en nuestro hogar.

Lo malo en el caso del duque, es que el servidor sea su ayuda de cámara y no el último de los peones que labran sus fincas ó de de los escribientes de su embajada. A éstos tal vez los aceptaría por consuegros...; mas algo fuerte es en verdad, lo reconozco, haber de dar semejante título al ayuda de cámara... Pero si el buen señor eleva un poco el pensamiento, verá que es más triste tener una hija, inocente quizás, en lenguas de todo el mundo y con la reputación perdida para siempre. Mayor deshonra que la actual no cabe; algo menor es la de casamiento tan desigual, y hay que aceptarla como se acepta toda desgracia; como forzosamente habrá de soportar el deshonor que hoy le aflige. Y en último caso, el duque y la duquesa si sufren es en gran parte por culpa suya. Al educar y admitir en su casa al hijo del criado, realizaron una acción generosa y digna que no les censuraré; pero debieron prever que, tratándolo como igual en parte, como igual en todo lo habrían de considerar siempre; y además hubieran tenido con su hija más cuidado y

vigilancia, que así no hubiesen ocurrido tales escapatorias. Sobre todo, su madre, que en esto no tiene perdón de Dios.—El mal está hecho; á remediarlo, pues, y cátese con Matilde el chico ese, que al fin y al cabo bien se la merece, si como dicen es de tanta aplicación y talento. Mejor le irá á ella con tal marido que no á su hermanita con el trasto del primito Valdecarranzi.

Estas frases, interpoladas de buen número de interrupciones y distingos de los demás, sobre todo de la marquesa, constituyen lo principal de cuanto dijo Villamuriel, franco y noble siempre y con su criterio amplio, aunque tal vez poco sólido, en el que las escasas preocupaciones de clase que aun conservaba se desvanecían á medias entre los tonos democráticos predominantes en él.

Poco más se habló ya de este asunto, en el que muchos convinieron que lo más juicioso era cuanto el padre de Mercedes había dicho. Nuevos chismes aportaron madera laborable á la conversación, y en breve sólo había una persona que meditase sobre las palabras del conde.

Era esta persona Lorenzo Paredes, que durante toda aquella noche y aún en los siguientes días tuvo ocasión de volver sobre ellas. No pudo perder una sola, y grata impresión le causaron; como que venían á allanarle la mitad del camino. Ya sabía cual

pensaba el conde de Villamuriel en estas cuestiones.

Si tratándose de un caso como el del duque de Z... no vacilaba en declararse por el matrimonio, mucho menos se opondría al suyo con Mercedes, ya que las circunstancias no eran las mismas. No es igual ser hijo de un antiguo administrador y contar con posición independiente y nombre ya conocido, á serlo de un ayuda de cámara; y además, la situación presente del conde no le permitía tantos fieros é intransigencias como los del ex Embajador y grande de España.

Tal vez encontrara algo de mortificante en las pretensiones de Lorenzo, á pesar de sus alardes igualitarios, pues no es lo mismo dar trigo del propio que predicar el regalo del ajeno, pero no podía oponer una negativa formal, sobre todo después de haberse explicado de tal manera en público. Con sus propias palabras tenía el marino lo suficiente para desarmarlo por completo, y bien vivos, que no difuntos, estaban los que podían atestiguarlas.

Aunque todo esto no eran más que suposiciones, pues de seguro quien de tal modo discurría, estaba pronto aceptar con gusto por yerno al teniente de navio D. Lorenzo Paredes, si éste, como es de esperar, se permitía alguna vez pedir la blanca mano de Mercedes Villamuriel.

Y dispuesto se hallaba á pedirla en cuanto las circunstancias lo permitiesen; es decir, después de conocer por conducto de la joven las probabilidades que tenía de ser aceptado, y además cuando terminase el enojoso asunto aquél de la comisión de Guinea.



CAPÍTULO V

I

¡Con cuánta ansiedad esperaba Paredes padre á Paredes hijo allá en el pueblo! y no sólo él, sino las hermanas y los primos y deudos y criados, algunos por verdadero cariño, los más por los tabacos y chucherías de costumbre, y todos con el deseo de abrazar al que era ya honra de la familia y honra del suelo que le vió nacer.

Así se lo decían en unas y otras cartas, hasta que aprovechando un período de vacaciones oficiales, tomó el tren, con beneplácito de Mercedes, que, si sentía la separación, era lo bastante juiciosa para no quererle impedir el cumplimiento de su deber filial. Y no es que no sintiera algún escozorcillo con el viaje ese allá á donde entre tanta primita y no primita, guapas sin duda las más de ellas, no faltaría alguna de seguro que le mirase con buenos ojos, y tales podían ser éstos, que dieran



al traste con la constancia del marino. Eso si desde tiempo atrás no hubo amorcillos más ó menos inocentes, ó aun compromisos formales de por medio; que si bien parecía *él* muy leal y sincero y noble, y en *él* tenía confianza casi absoluta la niña, ese *casi* daba, y daría siempre lugar, ó no habría de ser mujer, á que por tal cual resquicio se colase de vez en cuando en su corazón alguna punzadita de celos.

Pero con tanta formalidad le afirmó el joven que ni tenía ni había tenido novia ninguna en su país, siendo seguro que no la iría á tener ahora, que en tales promesas, trayéndolas á la memoria cuando era preciso, hallaba con que curarse el dolor de esa pícara punzadita.

Y así pasó unos quince días hasta la vuelta de su novio, que parecía, y lo estaba, más enamorado que nunca, aunque con visible preocupación que inútilmente procuraba disimular.

Esto fué motivo de una explicación algo viva entre ambos jóvenes, en la que el acento leal del uno venció todas las desconfianzas de lo otra, pero sin que supiese ésta las causas de aquellas preocupaciones.

Y es que era un poco difícil hacerlo sin peligro de que ella viese algo así como un principio de retirada en los propósitos de Lorenzo. ¿Cómo decirla que su padre, el de éste,

si no se oponía, ni mucho menos, á sus relaciones, consideraba imposible que el conde las tolerase y menos que consintiese el matrimonio? Porque he aquí lo que había sucedido.

Pasados los primeros días de abrazos, felicitaciones y repartición de fruslerías, compradas en Madrid, por cierto, las más de ellas, pues de Africa no tuvo lugar Paredes para traerse ninguna, pero que todos aceptaban como legítimas del mismísimo Senegal, cuando menos; pasados estos días de feliz expansión, vinieron al fin los de las conversaciones serias. Ya en un principio se había hablado del conde, de su hija, de las visitas hechas y demás, sin que en D. José María pareciese hallar muy buena acogida todo esto. No se notaba en él la curiosidad propia de quien tantos años dependió de aquella casa; veíase que huía de tales asuntos; en fin, daba á entender que algún resentimiento debía de existir entre él y su antiguo cliente, por no decir «señor», que es algo duro.

Lorenzo desde el primer instante se hizo cargo de esto y lo atribuyó á alguna cuestión de cuentas tan fácil de ocurrir, dado el destino que desempeñara en otro tiempo su padre.

Así es que para poner las cosas en claro, abordó un día francamente la cuestión. Se había estado hablando en la mesa del matrimonio que iba á contraer la mayor de sus

hermanas con un buen muchacho del pueblo, cuando de pronto, medio en broma, dijo Lorenzo:

—Sí; mucha prisa te das, Lola; pero me parece que alguien se va á casar antes que tú.

—¿Quién?

—Uno que yo conozco.

—¿Tú?

—¿Y por qué no, señorita? ¿ó sólo usted se puede casar, doña Tontuela?

—Eso es lo que tú tienes, rabia; ¡calaverón! ¡negro!

—¡Miren la rubia de las candelas!

—Pues así me quieren, mientras que á tí...

—¡Si á mí no me quieren! ¡nadita!...

—¿Qué te han de querer? alguna negraza de allá, de Guinea.

—¡Eso mismo!

—Y porque no te conocen como nosotras.

—¿Y quién es la novia? dí, Lorenzo—interrumpió de pronto su hermana Pepita—que le había estado mirando cariñosamente y riéndose con los ojos y los labios, al oír el troteo de tonterías sostenido con Lola.

Su padre y tía Soledad le miraban también como siempre; esto es, cayéndoseles la baba.

Y lo mismo Manolita, criada sesentona que asistía al servicio de la mesa y que llevaba más años en la casa que casi tenía de edad.

—Pues es... es...

—¿Quién? dílo.

—Es... ¿á qué no lo adivináis?

—A que sí... ¡La Nenita!

—No; no es Carlota,—y algo triste cruzó por el semblante del joven.

—Como tú... antes...

—Sí; pero eso pasó. No busquéis en el pueblo. No es de aquí.

—¡Ah! toma, si es de por ahí fuera, ¡vaya usted á saber!

—Lo que has dicho tú antes, Lola—añadió Pepita—alguna hurí de Fernando Póo.

—Ó alguna cursilona de Madrid.

—Ó la princesa de Asturias; pues qué, ¿no se la merece nuestro Lorencín?

—Bueno; pues ahora no os lo digo, curiosas; ya lo sabréis.

—Ni falta que nos hace saberlo; ¡vaya un gusto! conocer á alguna señorita espiritual, pintada y llena de polvos, tonta y simple como todas las madrileñas.

—Déjale, niña; si las prefiere á las del pueblo... no ves que somos todas unas ordinarias, ¡y feísimas...! como la Neni...

Una mirada severa de Lorenzo, cortó este nombre en los labios de Pepita.

Se puso serio, y dijo:—Vamos, está visto; no se puede gastar una broma con vosotras.

—Sí, ¡bromal...

—Pues lo es. Y si no lo fuera, ¿qué?

—Nada, hijo, nada; no te enfades. ¡Qué vidriosos estamos! Anda, Pepita, vámonos; deja solo á ese tontín, que se cree que no le hemos conocido desde que llegó, lo enamorado que está.

—Y que no le hemos visto las cartitas.

—Y que no sabemos quién es la novia.

—Pues, sí, hijo, la conocemos; mas que tú... tonto, tontón.

—¡Verás! (é hizo el joven ademán de tirarla un pellizco.)

—Anda, valiente!...

Y mientras le desafiaba Lola, acercándose Pepita ligeramente por detrás, dióle un cariñoso bofetón, y echó á correr chillando, seguida de Lorenzo; que decía:

—¡Ah, gitana! ahora me las pagarás.—En el fondo del pasillo logró alcanzarla, y allí pudo vengarse con dos ó tres pellizcos y azotes, mientras Lola, á su vez, pretendía defender á su hermana.

Un rato duraron las risas y chillidos, y los juegos y algazara, reminiscencias de la niñez. Las dos polluelas eran preciosas, y querían á Lorenzo con toda su alma, sobre todo Pepita, que se le parecía muchísimo. Al emprender su último viaje, habíala dejado aún de corto y la encontraba ya de largo. Lola, como queda dicho, tenía novio, y aunque muy joven aún, no había de tardar en casarse.

Tras esta escena de familiar alegría, que,

como tantas otras, llenaban de júbilo el corazón de Lorenzo, ávido de ellas allá en la soledad de sus campañas marítimas, volvió el joven á sentarse á la mesa para tomar el café; mientras las niñas se quedaban cuchicheando y riéndose allá por el corredor y como si tramasen alguna diablura.

—¡Qué par de loquillas!—dijo—encendiendo á la vez un tabaco. Su padre lo miraba entre serio y sonriente. Pasaron así unos minutos, hasta que al fin D. José María, rompió el mutismo para decir:

—Bueno; pero de veras, ¿hay algo... de... de... eso?

—¿De qué?

—De... ese... noviazgo.

—¡Psh! No digo que no.

—Pero, ¿cosa formal?

—Formal, sí.

Siguió otro rato de silencio, el suficiente para que doña Soledad se levantase de la mesa, empezando á ayudar á Manuela y la otra criada á recoger el servicio.

Padre é hijo permanecieron frente á frente; el primero parecía con los ojos querer penetrar en el interior del segundo, quien á pesar de su firme decisión de explicarse, sentía alguna ansiedad. Era esta vez la primera que iba á tratar con su padre de asuntos serios, pues cuando á los catorce años decidió seguir la carrera naval, encontró el apoyo ne-

cesario en las oficiosidades de su tío Ramón, capitán mercante, que fué quizás, y sin quizás, quien le encalabrinó los sesos con las cosas de la mar.

Continuaron así; D. José María, observándolo al descuido mientras daba algunas chupadas á su cigarro, y él muy atento á la ceniza del suyo, hasta que aquél continuó:

—De modo que, según indicas, eso es cosa formal.

—Formal... contando con usted.

—Hombre, yo... ¿qué te he de decir? algún día ha de ser... Ya tienes edad, y si ella te merece... adelante. Y... ¿quién es?

—No lo va usted á creer.

—¿Por qué? ¿Porque sea rica y empingorotada? Pues qué, ¿no vales tú eso y mucho más?

—No, sino por la familia á que pertenece.

—¿La conozco yo?

—Mucho.

—¿Pero si dices que no es de aquí! ¿Es de Cádiz?

—No.

—¿De Sevilla?

—Tampoco; es decir, sí; tiene parentela en la provincia, pero ella es de Madrid.

—No caigo; ya ves tú, conoce uno tanta gente!...

—No cavile usted más. Es Mercedes Villamuriel.

—¿La hija del conde?

—La misma.

Algo pareció arrugar Paredes, padre, el entrecejo al oír estas palabras.

—¿Cómo!... Vamos á ver; explícate.

—Fácil es de explicar; que la he conocido en Madrid; nos hemos tratado, la quiero, me corresponde y nada más. Me parece que basta.

—Ya lo creo. ¿Pero el conde sabe?...

—Si algo presume, lo disimula.

—No; digo si sabe quién eres.

—Desde el primer día. ¿No le he dicho á usted que me presentó á él la marquesa de Castelmadría? Y en el acto, previa indicación de Mercedes, se dió cuenta de quien soy: el hijo del que fué su administrador.

—Y... ¿te ha recibido bien? quiero decir... ¿ha estado... amable contigo?... (todo esto lo decía el viejo muy despacio y con ciertas vacilaciones.)

—¿Y por qué no?... Es persona muy fina...

—¿Y ahora cómo está? Supongo que no le quedará un céntimo.

—Poco debe de conservar, porque vive con mucha modestia.

Don José María, en toda esta conversación, parecía muy preocupado. Al llegar á tal punto guardó silencio algún tiempo; después sólo dijo levantándose:

—Mira, Lorenzo; antes de que hablemos

más, necesito reflexionar un poco. Pero voy á serte franco. En principio, no me encanta tu elección. Ya te diré los motivos y verás que son fundados. No te digo tampoco que me oponga; además, tú eres libre, pero hubiera preferido otra cosa distinta. Ahora dejemos esto. ¿Qué hora tienes?

—Las dos y media.

—Bien; al pasar por tu cuarto, dile á tu tía Soledad que venga.—Y al decir esto, quedó mirando con curiosidad á las dos niñas, que desde la puerta del comedor le hacían señas de que entretuviese algo más al joven. Pepita llevaba una carta en la mano, pero el buen señor no estaba para comedias, y no entendiendo aquellos telégrafos, volvióles la espalda y se acercó á la ventana con un movimiento de mal humor. Entonces ellas se dirigieron á su hermano; Lola tomó del aparador una bandeja de metal blanco y poniendo en ella la carta que traían medio oculta, presentósela Pepita al marino con ceremoniosa gravedad. Él la cogió, y pasando rápidamente la vista por el sobre, pareció sorprenderse primero, echándose luego á reir.

«Excmo. Sr. D. Lorenzo G. de Paredes, conde de Villamuriel,» decía el tal sobre, que, abierto, contenía el retrato de Mercedes. Sin duda por descuido lo había dejado en sitio donde lo pudieran ver, dando así lugar á la broma de las dos criaturas.

Cuando quiso tomar venganza de tal picardía, ya sus autoras se habían encerrado en un rincón de la casa, riendo como loquillas al acordarse de la cara tonta que pusiera Lorenzo al ver descubiertos sus noviazgos.

A no estar algo inquieto el mozo por las palabras de su padre ya hubiese ajustado las cuentas á aquel par de diablillos con enaguas; pero dejándolas reirse á placer fuése á su habitación; y allí, sin soltar de la mano la fotografía de Mercedes, permaneció largo rato absorto en sus meditaciones.

II

Aquella misma noche le declaró su padre la causa de los reparos que desde un principio manifestara.

El cargo que ejerciera en casa del conde, hacíale conocer á mucha parte de nuestra aristocracia, y esto mismo tendía á apartarle de ella en todo lo más íntimo de la vida. Gustábale oír hablar del gran mundo; sabía la historia de toda la nobleza local y no poca de la del resto de España; pero siempre en sus labios estas conversaciones tenían algo así como un dejo de murmuración doméstica.

Por eso habló á su hijo en los términos siguientes:

—Mira, Lorenzo; á mí no me importa que te cases; es más, si te voy á ser franco, me

alegro, pues ya tienes edad y así sentarás un poco la cabeza. Ya sé que no eres calavera; pero, de todos modos, mejor estás casado. Por lo menos perderás esas aficiones á andar siempre navegando y buscarás un buen destino en un apostadero, con lo que estaremos todos más tranquilos.

—De todas maneras; habré de hacer mis campañas.

—Bueno, sí; ya sabemos lo que hay de eso. En Ultramar la has hecho ya... ¡Como que no se ve entre los tuyos quien no se ha apartado del Estanque del Retiro! Lo dicho; si te casas, al Ministerio de Marina, á un guarda costas ó á un arsenal, comandancia de puerto, escuela naval; en fin, á una canongía de éstas, que entre tú mismo y yo buscaremos. Si acaso, todo lo más á la escuadra de instrucción. Y ya se sabe; del Ferrol á Cartagena y de Mahón á Santa Pola.

Lorenzo escuchaba sonriente las pueriles combinaciones de su padre, el cual siguió diciendo:

—Pero para eso necesitas casarte con una muchacha modesta, quien considere un bienestar el que tú puedes darle. No digo que sea pobre, no; si tiene algo, mejor que mejor; y si fuera de aquí, miel sobre hojuelas; pues así, cuando por una casualidad hubieras de navegar, la tendríamos al lado sin separarse ella de su familia. Mira, cuando el año pasa-

do empezaron á darte broma con la Nenita (y me parece que había algo) puedes creer que me alegré de veras. Ella te quiere, de seguro; basta verlo; así que con una palabra que tú la dijese... Calculo que tendrá unos veinte mil duros y lo que le deje su tío Ramón; de manera que resulta un buen partido.

Y como bonita, lo es; de cierto más que la que hayas escogido por ahí.

La fisonomía de Lorenzo empezó á nublarse.

—Bueno, papá; dejemos en paz á la Nenita. No digo que en algún tiempo no me inclinase á ella; pero ni llegué á decirle una palabra, ni pienso que se la diré nunca. Es preciosa, no lo niego, pero...—iba á decir «no me gusta»;—su innata sinceridad le detuvo.—«No la quiero»—fué lo que dijo—y esto solo era la verdad, porque gustarle sí que le gustaba, como á todo el que tuviese ojos en la faz. ¡Pues si no había en diez leguas á la redonda cara más bonita, ni cuerpo mejor formado, ni pupilas más soñadoras que lasde la Nenita, dechado de hermosura, tipo inglés ó alemán con el fuego y la gracia de Andalucía. Rubia, con ojos negros; no hay que decir más. ¡Y más buena...!

Era prima segunda de Lorenzo y le quería con toda su alma, desde mucho tiempo atrás; casi, casi, desde que le vió con el uniforme de guardia marina, teniendo él sobre los die-

ciséis años y andando ella por entre los seis ó siete.

Pero el joven, sintiendo quizá no poder partirse en dos, de los cuales el uno adorase á Mercedes y el otro se dejara querer por la Nenita, limitábase á ser el primero y á desear que el puesto del segundo lo ocupara algún buen muchacho que hiciese feliz á Carlota.

Por eso, y con el fin de plantear bien los términos de la cuestión, interrumpió á su padre, entrando á referirle como comenzaron sus relaciones con Mercedes y á la altura que estaban ya, extendiéndose en pormenores sobre la actual situación de Villamuriel.

Atento le escuchaba D. José sin interrumpirle más que con alguna pregunta pertinente al asunto, hasta que cuando terminó, díjole á su vez:

—Bueno; quedamos en que el conde no tiene una peseta: en que la chica es preciosa; en que te quiere mucho y en que tu propósito es casarte con ella. ¡Muy bien! Pero vamos por partes. En primer lugar, ¿quién te asegura que tronado y todo te aceptará el conde por yerno? No lo conoces bien; tal vez al verse hoy en la ruina te rechace y no lo hubiera hecho cuando era rico. Es el hombre más quisquilloso que existe en el mundo; sobre todo, en ciertas cuestiones. La idea de que en su situación actual se crean las gentes que ha

de pasar por ciertas cosas, entre ellas darte su hija, le exasperará y se cerrará á la banda. Además, no has pensado en otra cosa. Yo, verdad que en un cargo decoroso é independiente, he estado como quien dice á su servicio (al de la casa, no al de la persona); pero de todas maneras, á sus órdenes. ¿No aumentará esto las probabilidades de un fracaso? Y yo paso por todo menos por verte en ridículo, porque te hagan un feo, ni ese señor conde ni nadie.

—¿Pero no le he dicho á usted cómo piensa sobre estos asuntos? No hace quince días le he oido expresarse en tales términos, que no me cabe duda de que eso último que usted dice no sería obstáculo á su consentimiento.

Y aquí refirió Lorenzo á su padre todo aquello de la hija del duque de Z... y las palabras que con este motivo pronunció Villamuriel.

—¡Hum!—decía D. José María;—no me fio, sin embargo; una cosa es hablar y otra es hacer. Además, las circunstancias no son las mismas, y no te creo capaz de acudir á medios tan indignos para...

—¡Por Dios, papá!

—Sí, sí, el caso es otro...

—También lo es en cuanto á lo demás; usted sólo fué administrador, mientras que en lo del duque se trata de un criado.

—Es verdad; hay mucha diferencia, pero...

—¿Pero qué?

—Nada. Y á otra cosa. Dices que ella no llevará un céntimo. Tú tienes tu paga; lo que yo te paso, que aunque lo aumentara, no sería mucho más; y lo que deje cuando Dios disponga de mí, que entre tus hermanas y tú habrá de repartirse. La chica está educada en un gran colegio; tiene hábitos de lujo, y si ahora sufre privaciones ha de desear siempre indemnizarse de ellas. De modo que te vas á encontrar con una posición que no pasará de regular y una mujer que querrá vivir á lo grande. No te conviene, pues.

—Mercedes es un ángel. No es como usted la juzga.

—Si no la juzgo mal; será, pocomás ó menos, como todas.

Ahora mismo, tú dices que su padre está arruinado, ¿no es verdad? ¿Pues cómo viven? Tal vez privándose de algo en su vida interior, pero yendo á todas partes, á casa de esa marquesa, donde tú la has conocido, al teatro...

—Es que la invitan.

—Otra razón en mi apoyo. Casada, la invitarán más veces; tú tendrás que alternar con esa gente, si no quieres hacer un papel ridículo; y tu fortuna, ni aunque te diera toda la mía, alcanza para eso. Tú no tienes idea de lo que gastan esos señores. Luego que tú

no puedes vivir en Madrid; podrás estar algún tiempo en el Ministerio, porque supongo que no dejarás la carrera.

—Ni por pienso.

—¿Pues cómo te la llevas á una provincia, á Ultramar quizá? Irá gustosa al principio, pero después echará de menos *su mundo*, sus relaciones de Madrid. Y si te embarcas, á la corte habrás de enviarla con su padre, pues con nosotros no se querría quedar. ¿Y sabes tú los peligros que corre allí una mujer joven, sola y bonita y, sobre todo, del gran mundo? Una santa podrá ser é imposible evitar que hablen de ella. En fin, lo dicho; no te conviene.

—¡Ve usted las cosas de un modo...! Mercedes no es una niña superficial, es un carácter muy serio, muy reservado; sus aspiraciones son muy modestas, y al aceptarme ya conoce el porvenir que puedo prepararle; la dicha del hogar, cierta medianía decorosa y nada más. Se vendrá conmigo á mi destino, y cuando navegue, pasará temporadas aquí y temporadas con su padre. En ello estamos.

—Sí, sí; yo veo las cosas como son, y tú de color de rosa.

Estás enamorado y eres joven. Pero ya que no te bastan estas razones, te voy á dar otra de más peso. ¿Cómo te ha recibido el conde?

—Bastante bien; algo frío, pero cariñoso; ese es su carácter.

—No, no es ese su carácter; todo hay en él menos frialdad; vehemencia, expansión, sí; pero reserva nunca.

—Eso sería antes; ahora... los años...

—Tal vez, no digo que no... Y dí otra cosa; ¿te preguntó por mí?

—Sí; el primer día y en alguna otra ocasión.

—¿Pero con interés?

—No; soy franco, con interés, no; así como por cumplido.

—¿Y sin indagar cómo estaba yo y qué era de mi vida; en fin, esas preguntas naturales cuando se trata de una persona conocida de antiguo, aunque sea un servidor?

—No; así, no.

—¿Y eso no te extraña?

—¡Phs...! algo.

—¿Y no le das explicación alguna?

—Vaya usted á saber... Su amor propio quizá.

—No; no es nada de eso... es que el conde de Villamuriel y yo estamos... así... mal... indispuestos... de punta.

—Pero...

—No, no es, si se quiere, nada grave... en el fondo; pero lo bastante para que se hayan cortado todo género de relaciones entre él y yo.

El decir esto parecía costarle alguna violencia á D. José María, faltándole el aplomo y la verbosidad de antes.

—¿Pero por culpa de quién?

—¿De quién te diré? De nadie; de los dos.

—Algunos motivos habría. ¿Riñeron ustedes?

—No; tanto como reñir, no; pero ¿qué quieres que te diga? Era cuando vino la liquidación de sus bienes; él, con el carácter agriado por la ruina; afectadísimo yo al ver desplomarse la casa; mis consejos le molestaban sin duda; sus genialidades no se podían sufrir; en fin, que en cuanto liquidé con él no me creí en el caso de volver á ocuparme del santo de su nombre. No tengo ninguna queja suya; pero acabados los asuntos que nos unían, no estaba yo en el caso de preocuparme más de su suerte, como él no se habrá acordado de mí. Cuando mis consejos pudieron serle útiles, se los dí; no los atendió; para él hizo, y con su pan, es decir, sin su pan, se lo está comiendo hoy. De manera que ya ves...

—Sólo veo que hay entre ustedes un pique, nacido tal vez de incompatibilidad de caracteres. Pero nada grave.

—Lo bastante para que yo no quiera nada con ese señor. Así como él tampoco querrá nada conmigo. Estoy seguro.

—¡Pero al cabo de tantos años...!

—Por lo mismo; frías quedaron nuestras relaciones; hoy están heladas.

—¿Y usted cree que á tan fútiles rencillas

debe sacrificarse la felicidad de su hijo de usted?

—Es que yo no veo ahí tu felicidad.

—La veo yo.

—Bueno; pero, ¿qué quieres? ¿que te dé mi opinión sobre tu proyecto? Te la he dado, franca como siempre. ¿Que autorice tu matrimonio con la hija del conde? Mayor de edad eres y no iré yo á negar el consejo, proporcionándote ocasión para que á los tres meses prescindas de él. ¿Mi aprobación? No la tienes; creo que vas por mal camino, y dentro de lo que pueda he de procurar apartarte de él. No soy un padre tirano; no has de desobedecerme, puesto que nada te ordeno. ¿Sabes que me disgustas casándote con esa joven, sea como sea y valga lo que valiere, y lo haces? á tu cargo queda. No iré por eso á renegar de tí. Pero tampoco me pidas que dé yo paso alguno cerca de esa familia. Si te preguntan y te exigen algo en este sentido, puedes contestar: «Mi padre no es gustoso, pero no se opone.» Esta será la verdad pura.

—¡Como usted quiera...!

—Nada, nada; ya está dicho todo lo que tenía que decir. Eres un hombre; eres libre, haz lo que te plazca. Pero si algún día te arrepientes no vuelvas los ojos hacia mi. No te rechazaré; tu propia dignidad te impedirá mostrarme tus sufrimientos.

III

El joven, ante tan firme determinación, permaneció sombrío. Irrevocable era la suya también, pero venía á trastornar todos sus proyectos una oposición con la que no contara nunca. Es más; no veía los fundamentos de ella y esperaba que con el tiempo desaparecería. Notaba cierta inquina en su padre hacia el conde, aunque creyéndola injustificada, y efecto quizá de rozamientos habidos cuando entre uno y otro mediaron asuntos de intereses, puesto que de existir graves disensiones, no le hubiera recibido con tanta amabilidad el padre de Mercedes; sin embargo de que, recordando y fijándose bien, más era esa amabilidad efecto de natural cortesía que de otra cosa.

—Pero, ¿y el modo de mirarle aquel con algo que parecía interés cariñoso? En cambio, ¿y la reserva en las palabras que ya notó en Madrid desde el primer día?—Todos estos pensamientos mortificaron la cabeza de Lorenzo en aquellas horas. Por último, vino á deducir que en el fondo no había más que un pique sin importancia, que se desvanecería en cuanto el conde y su antiguo administrador volvieran á ponerse en contacto. Y sobre la oposición del primero y los inconvenientes que al

tal matrimonio encontraba el segundo, bien seguro estaba el marino de que no aparecerían ni la una ni los otros.

Mientras no fuese una oposición decidida, nada había que temer, y aunque lo fuera, sintiéndolo mucho, no cedería nunca, mientras su padre no tuviese otras razones que las alegadas hasta aquel momento, y sobre esto era indudable que si se casaba, pronto obtendría otra vez la indulgencia y el cariño de que quizá en los primeros días, más por punto que por otra cosa se hiciera ademán de privarle.

En cuanto D. José conociese á Mercedes y, sobre todo, en cuanto viera saltarle á las rodillas un nietecillo, cesarían los rigores paternales, suponiendo que llegasen á estallar. Y que en el fondo, algo debía de agradarle al viejo emparentar con el que fué su señor. De estos enlaces caen pocos en libra.

Lo que sí le preocupaba más era el ver surgir algo que le hacía temer no encontrar por parte del conde las facilidades apetecidas. A ser franco, no las tenía todas consigo en esta cuestión, á pesar de las palabras de aquél. Le parecía exacta la pintura que había hecho su padre del carácter del arruinado señor, y como además el resentimiento debía de ser recíproco, pudiera también esperarse, que todo ello junto determinara en Villamuriel oposición decidida al casamiento. Y

esto era más temible, pues Mercedes no tenía más que diecinueve años.

Con tales preocupaciones por parte suya, y con la contrariedad que demostraba sufrir D. José María, no es necesario decir que, á pesar de quererla sostener artificialmente, cesó aquella alegría y expansión de que daban muestra las bromas de la mañana. Las chicas fueron las primeras en notar los barruntos de temporal, y una mirada seria de Lorenzo, cuando volvieron á las bromitas sobre la novia, bastaron para hacerles comprender el motivo de aquella tiesura entre padre é hijo, mal velada por jovialidad aparente.

Por cierto que después también se pusieron las dos niñas entre sí de monos aquella misma noche, pues al irse á acostar hubo entre ambas una acaloradísima discusión. Pepita, sin saber por qué, había simpatizado con Mercedes, y aprobaba la elección de Lorenzo, mientras Lola, ardiente partidaria de la Nenita, defendía la causa de ésta vigorosamente, tanto, que tras de las razones vinieron las picardías á la boca, y allí fué el llamarse tontas y vanidosillas, simples y mocosuelas y otras cuantas cosas más de este calibre, amén de alguna lagrimita y el no hablarse al día siguiente lo menos, lo menos... en hora y media.

Poco después volvióse Lorenzo á Madrid, no sin que antes se ratificara D. José María

en su irrevocable decisión: «Aprobar nunca; oponerse tampoco.» Y que no valía decir aquello de que quien calla otorga. Bien sabía su hijo lo que él quería significar.

No por eso fué el abrazo de despedida menos apretado que de costumbre. Tal vez lo fuera más.

El joven, como ya hemos dicho, llegó á Madrid y no pudo ocultar sus contrariedades á Mercedes. Dificil le era explicarle, sin ofenderla, las razones que su padre tenía para no parecer satisfecho de la elección. Por ultimo, sólo tocó, y eso con reservas, lo de los resentimientos, quedando ella en explorar el ánimo del conde sobre este punto, pero con cierto tino para no despertar sus sospechas.



CAPÍTULO VI

I

El caso era que con tantos elogios y alabanzas y aplausos y felicitaciones á Lorenzo, aún no se le había ocurrido al Gobierno español darle ni siquiera las gracias de Real Orden. Y como aquí, y en todas partes, andan las oposiciones siempre á caza de gubernamentales tropiezos, no faltó periódico que saliera tocando este registro, y haciéndole coro otros cuantos, vino á resultar patente eso de que mientras para los paniaguados se prodigan las recompensas que es un primor, por méritos más ó menos dudosos, escatímense, en cambio, en las acciones verdaderamente meritorias. Y no paró aquí la diatriba, sino que tomó proporciones de más gravedad al apuntarse la especie de que al primero á quien molestara el rasgo de energía de Paredes era al Gobierno, á causa de ciertas vergonzosas complicidades, que la opinión, siem-

pre sañuda y precipitada en sus juicios, se complacía en atribuirle.

Y si esto no era verdad, ni mucho menos, que aquí usamos unos gobernantes á cual peor, pero jamás traidores á la patria, cierto fué, sin embargo, que maldita la gracia que les hizo á los de entonces el verse con un conflicto sobre sí, por culpa de aquel marino valentón.

¡Bueno estaba el país para meterse en aventuras con nadie, y menos con Francia!

En su fuero interior, todos los ministros aplaudieron siempre la energía de Paredes, y al apretarle la mano lo hacían con efusión sincera; pero en cuanto se reunían en Consejo, dijérase que se les iba á venir el mundo encima con el pavoroso conflicto. Si no hubiese obrado nuestro oficial con aquel arranque, aún quedaría el recurso de, sin rifar con el país vecino, hablar al nuestro de expedientes y sumarias contra la tripulación del *Veloz*, saliendo el gabinete de todo ese maremagnum más limpio que una patena. Pero se había portado aquél cual era debido, y aún con exceso, y no se encontraban medios de hacer el menor cargo á nadie.

Y, por otra parte, precisaba dar á la República vecina una satisfacción, so pena de ir á desastrosa lucha ó por lo menos á una tirantez de relaciones tal que se ocasionasen al país graves perjuicios en su comercio é in-

dustria. Todo estaba aún, no obstante, en el terreno de la cortesía diplomática. Verdad es que al gobierno de París tampoco le convenían complicaciones por este lado, teniendo como tenía y tiene las de sus demás fronteras. Y prueba de ello existía en el hecho de que la prensa de por allá no dió gran importancia á la cosa, salvo algunos periódicos radicalísimos. Es más; decíase que aquel gabinete estaba dispuesto á desaprobando la conducta del comandante del crucero francés, origen del choque ocurrido, pero á condición de que aquí se hiciese lo propio con el del *Veloz*. Duro era esto sin duda, pero de fijo bastante más de lo que pudiera pedirse, dado el orgullo nacional de nuestros vecinos. Todo se reducía, pues, á sacrificar una víctima á la salud de la patria, y esta víctima bien podía ser Lorenzo Paredes, pudiéndose hallar también alguna fórmula que apareciendo ante los franceses como de censura para el joven marino, la juzgasen los españoles como de aprobación; que en estas hábiles maniobras, maestros suelen ser nuestros políticos. Ya desde un principio se había procurado hacer algo de eso con la llamada de Paredes á Madrid. Díjosele al embajador de Francia que era para exigirle explicaciones, y casi, casi como en concepto de anticipada corrección, mientras que entre nosotros se corrió que la tal llamada tenía por objeto adquirir directamente ciertos informes

y detalles que ilustraran el asunto y diesen ocasión de felicitar al héroe tal como se mereciera.

Pero cuando ya estaba todo tan tranquilo y en vías de arreglo diplomático, he aquí que á los periódicos se les ocurre salir con la música de que había que dar una gracia á quien sostuviera tan bien el honor nacional. Y no bastó que los ministeriales dijese que sí, que ese era el pensamiento del gabinete; pero para cuando terminase la información abierta; no, no bastó nada de esto; caldeáronse los espíritus y no faltó quien en las Cortes, entre las mil censuras, que en un debate sobre cierta ley de caza ó de guardería rural dirigió al Ministerio, lánzase el consabido apóstrofe de: «¿Qué puede esperarse de unos hombres que en vez de premiar los actos heroicos de los fieles servidores de la patria, los desprecian y aun los castigan cobardemente por miedo á las humillantes amenazas extranjeras?»

Resultado, que en aquellos días volvió á estar sobre el tapete la cuestión de Guinea, y traído y llevado el nombre del que la originara con su valor y energía.

No era, pues, nada extraño que entonces sus amigos se ocupasen de él, ni, por consiguiente, que una tarde en casa de la marquesa saliese á relucir su nombre en ocasión de no estar él presente y en medio de la animada

conversación que sostenían dos ó tres señores graves, entre ellos Villamuriel, quien defendía calurosamente al marino, censurando con acritud el proceder vacilante y débil del Gobierno.—«Ha debido ó fusilarlo ó darle una recompensa; una de dos—decía, extendiéndose después en tal serie de consideraciones sobre nuestra política interior é internacional que daba gusto oírle.

Era una de las personas que con él discutían el vicealmirante Rodríguez Nelly, recién llegado de Filipinas, y poco al corriente de las últimas novedades. Conocía algo de nombre á Paredes, pero nunca lo había tenido á sus órdenes inmediatas; así es que cuando la discusión dejó el carácter general con que empezara, para descender á ciertos pormenores personales de Lorenzo, preguntó á los demás:

—Y digan ustedes; el muchacho ese, ¿vale...?

—Yo le diré á usted—apresuróse á responderle un cierto D. Francisco de Paula Carrascón, magistrado del Supremo, hombre que, por hablar mal, lo hacía hasta de sí propio, cuando no tenía de quién.—Yo le diré á usted; á mí me parece que es buen chico, valiente, sí, pero algo... insignificante. Aquí le he visto un par de veces y no le encuentro nada de particular.

Y aun esto era casi, casi un elogio diti-

rámico, saliendo de la boca de que salía.

Pero Villamuriel, que no había podido reprimir un movimiento de disgusto al oír los displicentes juicios del buen señor, intervino proclamando todas las virtudes públicas y privadas del joven.—Es un chico excelente, guapo, gran corazón; mucha inteligencia, energía, valor; todo cuanto constituye un hombre hay en él, y si en nuestro país se premiase el mérito, de seguro que haría carrera.

—Es de Cartagena, ¿no?

—De Cádiz. Hijo de un administrador que tuve hace años.

—¡Ah! Entonces no es extraño que lo defienda usted así; es de la casa—ocurriósele decir con cierta sorna á Carrascón.

—No es por eso; digo de él lo que se merece. A pesar de esa circunstancia no le he tratado hasta ahora, y á su padre hace muchísimos años que no lo veo. De manera que por esa parte, como si fuera un desconocido.

No era observador ninguno de sus interlocutores, que, á haberlo sido, fijáranse de seguro en el brillo que al expresarse de esta manera tenían los ojos de Villamuriel.

Verdaderamente debía de valer mucho el tal Paredes, cuando el conde se interesaba así por él; el conde que, efecto de sus disgustos y contrariedades, iba ya dando en esa atrábi-

lis que nos hace hablar mal hasta de nuestra mismísima sombra.

Pero si ellos no se fijaban en esto, no dejó de haber quien lo hiciese, y fué una joven muy bonita que al oír, desde donde estaba charlando con unas amigas, el nombre aquel de Lorenzo Paredes, tal maña supo darse, desplegando dotes estratégicas singularísimas para marchar, sin que nadie lo notara, entre muebles y personas, que á los pocos segundos se hallaba ya en situación de oír cuanto decían el conde de Villamuriel y aquellos dos ó tres señores, sin que ninguno la viera ni nadie de los presentes se diese cuenta de su, no muy discreto, pero natural espionaje.

¡Y que no latía con poca velocidad el corazón de Mercedes, que ella era la muy curiosa, al oír á su padre decir todas aquellas alabanzas de Lorenzo! A D. Julián Carrascón le hubiera dado de buena gana, cuando menos, un par de bofetones, por sus impertinentes juicios; al general Rodríguez Nelly le agradecía la complacencia con que escuchara al conde, y á éste ¡oh! á éste se lo hubiera comido á besos. Y no se crea; ya estaba estudiando ella el modo de demostrarle su gratitud en cuanto llegasen á casa.

II

Y como lo pensó lo hizo; apenas estuvieron allí, acercósele por sorpresa, dándole un abrazo estrechísimo y un beso, ó dos, ó tres, ó los que se le vinieron á la boca, mientras le decía cariñosamente:

—¡Pero qué papá más bueno tengo yo! ¡pero qué bueno! ¡pero qué rico!

—Loquilla,—murmuraba él ante esta efusión, riéndose con lágrimas en los ojos.

—¡Si vale más oro que pesa!

—Pero ¡á qué viene esto? ¡Qué quieres? Porque tú deseas algo.

—Pues ahí verás; no deseo nada; decirte eso, que te quiero mucho; que eres muy bueno; que es una felicidad tener un padre como tú.

—¡Qué zalamerísimo está el tiempo! Como si no supiera yo en qué paran todas estas cosas de mi doña Mercedes.

—¿Crees que soy interesada?

—Un poquitín no más.

—¿De verdad?

—De veras.

—Pues... mira; para que no te equivoques, voy á serlo ahora. ¡Me darás lo que te pida?

—Según lo que sea.

—Nada, ¡sí ó no?

—¡Pero mujer! según...

—¿Sí ó no? Un beso, ó un tirón de esos bigotazos. No ponga usted mala cara, señor conde. ¿Sí ó no?

—Pues sí, criatura, sí... Y ahora ¿qué es ello?

—¿Ahora? ¿Ahora lo quieres saber? Pues no señor. Hoy no se le dice á usted; otro día.

—Mira que me vuelvo atrás.

—Imposible. Un Villamuriel no se vuelve atrás nunca. Con que *au revoir, monsieur le Comte*.

Y dándole otro beso, echó á correr á su habitación riendo y saltando como una chiquilla. A poco se oía su voz que modulaba cierto juguetón aire de zarzuela; mientras el conde, satisfecho y conmovido, con los ojos húmedos, permanecía de pie detrás de los cristales de su cuarto, mirando, sin ver, las casas fronteras y preguntándose maquinalmente la causa de aquella súbita alegría de su Mercedes.

Verdad es que la niña, no sólo había aceptado su situación sin pena, sino que parecía vivir gozosa en aquella estrechísima jaula. Frecuente era el oirla cantar y reír, y en cuanto á mimos no se los escatimaba á su padre, pero nunca con aquella efusión. Aunque alegre era un tanto reservada, y, sobre todo, desde algún tiempo á esta parte notábase en ella mayor seriedad y hasta algo de

preocupación, interrumpida ahora por aquellas explosiones de cariño.

Hombre de mundo era el conde, y fácil, por lo tanto, le fué, de deducción en deducción, venir á parar en el probable origen de la seriedad de ayer y de las risas de hoy.— ¡Amorcillos tenemos?—murmuró;—y tras de fruncir un poco las cejas y sonreír otro poco y reflexionar un tanto, vino á decirse que alguna vez había de llegar ese trance; que así podría su hija recuperar el rango perdido, ya que á él esto no le era posible proporcionárselo y que la cuestión sólo estribaba en saber quién fuera el afortunado mortal. ¡Oh! y en cuanto á eso, tenía la seguridad de que Mercedes sabría escoger. Valía mucho aquella criatura; ¡qué buen juicio! ¡qué formalidad! ¡qué rectitud de pensamientos! ¡qué carácter más igual! ¡qué equilibrio tan armonioso, así en su cuerpo como en las cualidades del espíritu! El retrato de su pobrecita madre.

Y no era egoísta Villamuriel: entre el placer de tenerla á su lado, pero viviendo una vida pobre y oscura, y el de verla casada, feliz, disfrutando de bienestar y con el apéndice de algún nietecín, no había duda posible para su buen corazón de padre.

Pero ¿y si el marido resultaba un cualquier cosa? Porque se dan casos. ¡Ah! ¡no! ya vería él con quién la casaba; y no le seducirían talegas ni blasones, sino que en el futuro bus-

caría talento, corazón y honradez: cosas bastante escasas hoy en día, pero de las que siempre queda alguna á disposición de las Mercedes casaderas.

Fue lo inmediato después de esto, pasar revista á cuantos jóvenes conocía, ampliando esta juventud hasta los cuarenta y cinco, y pocos, á decir verdad, lograron satisfacer tales condiciones; hasta que, por último, tras de nombrar sobre una docena, vino á decir: «Presente»; de pronto, y sin que se le nombrara, cierto oficial de marina, asíduo visitante de la marquesa de Castelmadría. Alguna sorpresa le produjo esta inesperada presentación en la revista; contempló al joven marino con expresión cariñosa; frunció después las cejas con aquel movimiento peculiar suyo; lanzó luego un suspiro, algo bronco por cierto, y siguió al aparecido sin apartar de él la vista, viéndolo saludar marcial y cortésmente, dar media vuelta y romper la marcha al paso ordinario hasta llegar á un muelle, y de él, á la cubierta de un cañonero que, haciéndose á la mar, poco á poco se perdía allá entre las brumas caliginosas del pasado.

En esta meditación permanecía, de pie tras los cristales de su balcón, cuando al mirar distraidamente á la calle, entre la media luz del oscurecer vió cruzar á caballo un joven de aire distinguido que levantó los ojos al ha-

llarse frente á él y se quitó el sombrero, saludando sin duda á alguien que estaba en los inmediatos balcones. Ver esto y dirigirse á la habitación de Mercedes, todo fué uno. Efectivamente, detrás de las vidrieras y sujetando uno de los visillos se hallaba la joven, casi en la misma actitud que él tuviera hasta pocos momentos antes.

Una sonrisa de satisfacción asomó á los labios del conde.

—Sí, lo dicho; había acertado; no quedaba duda. Y el chico, ¿quién era? ¡Ah! sí, le pudo conocer; Enrique de Celis, el hijo segundo del duque de la Línea; muchacho que, á pesar de la ruina de su padre, estaba bastante bien, pues dueño de la legítima de su madre, con tal orden había sabido administrarla, que hoy le constituía una buena fortuna. Además su carrera; era diplomático. En política, hecha ya alguna reputación; diputado dos veces á los treinta y un años, buen orador y, sobre todo, hombre de convicciones sinceras. Uno de los pocos jóvenes serios de nuestra aristocracia. En fin, un partido que ni buscado con un candil.

Y mientras tanto, bien ajenos estaban Mercedes y el tal Enrique, de que por pasar éste casualmente por la calle de Fuencarral á caballo, y estarse ella pensando en su Lorenzo tras los cristales del balcón, y alzar el primero maquinalmente la cabeza y verla, y lo

que es natural, conociéndose, saludarla, había de haber lo suficiente para que el pobre conde de Villamuriel recibiera un alegrón y construyese unas cuantas docenas de castillos en el aire.

III

Al sentarse á la mesa aquella noche, daba verdaderamente risa ver el modo con que se miraban hija y padre; ambos queriendo disimular, sin conseguirlo más que á medias.

Servía la mesa Pedro, el criado único de la casa, que, con la cocinera Ramona y la doncella, desempeñaban todo el servicio. Y no era esto poco, dada la posición actual del conde. Conservaba éste, es verdad, aun en la ruína, lo bastante para que algunos, en su lugar, se considerasen casi opulentos. Perdiéronse cortijos y dehesas, pero siempre quedó el caserón viejo de la familia, hipotecado un día, libre luego con los restos de la ejecución. Esto, y alguna que otra propiedad librada de ella providencialmente, quizá por ignorar su propio dueño que la poseía, formaban capital suficiente para dar una renta de unos treinta y tantos mil reales. Rafael, imprevisor como siempre, no se había cuidado de constituir dote á su mujer, así es que Mercedes no hubiera tenido un céntimo propio, á no morirse cierta tía suya materna,

viuda, sin hijos, de un general, y dejarle cosa de quince mil duros en papel del Estado, con lo que venían á reunirse otros dieciocho ó veinte mil reales más.

Pero esto pertenecía á la niña y consideraba indigno el conde, ni aún disponer de un céntimo de la renta; sólo que comprendiendo cómo con sus propios recursos no alcanzaría á proporcionarla ciertas comodidades, accedió á instancias de ella, á que sus gastos puramente personales, como vestidos, etc., saliesen de esos mil duros, capitalizando lo demás.

Y él, que nunca pecara de ordenado y meticuloso, puso tal empeño en estos particulares, que se cuidó desde entonces de anotar escrupulosamente cuanto gastaba de la renta de su hija, con la circunstancia de equivocarse siempre en contra suya propia y cargar sólo en 25 lo que había costado 50.

Vivían, como queda dicho, en un piso segundo de las últimas casas de la calle de Fuencarral, pagando 7.000 reales al año; íbanse unos 5.000 en servicio y quedaban sobre 20.000 para el plato y para vestirse, mas el recurso de acudir á la renta de Mercedes cuando había que hacer algún extraordinario para ella. He aquí la ruina del conde, que le hacía lamentarse en los comienzos de este relato, y que á fuerza de ser ponderada y objeto de todas las conversaciones había dado

lugar á ese segundo título de «¡el pobre Villamuriel!» con que la sociedad toda le designaba, y que á ser conocido por él, de seguro le costara la existencia. Y en verdad que tener 20 ó 25.000 duros de renta y quedarse con mil quinientos escasos, es lo mismo que de capitán general descender á alférez, ó de gobernador civil á barrendero ó cosa peor. Y como al cambiar de posición no se cambia de piel, y de gustos y aficiones y costumbres, de aquí que el conde se considerase el sér más desgraciado del Universo; mientras Mercedes, que del convento salió para esa vida modesta, pero no miserable, y que de su natural era sencilla y nada codiciosa, se consideraba feliz en aquella medianía.

Y si Villamuriel fuese como otros, á buen seguro que aún tendría hoteles y carruajes y viviría á lo grande; pero él era capaz de todo menos de entrar en el aristocrático club de la *trampa*. Todo menos eso. Debió mientras supo que tenía con que pagar. Pero ahora, ni un céntimo; aunque se hubiese de privar de lo más indispensable.

Y ya iba haciéndose á esta vida, en la que como elemento de ella entraban de vez en cuando ciertos arrechuchos como aquel con que se presentara al principio. En el fondo echó siempre mucho de menos la opulencia pasada, y sobre todo, el pícaro pecado del orgullo hacíale creer que su actual vivir

le atraía la desconsideración de las gentes. Algo había de esto, es verdad; que la humanidad adolece de flaquezas, y no faltaban algunos que le hiciesen, por tal ó cual medio indirecto, sentir su posición presente, pero hay que reconocer que eran los menos.

En la masa de nuestra sociedad, á pesar del compasivo «*pobre*» antepuesto á su título, se le consideraba tanto como antes; donde quiera que se presentara, recibíanle siempre bien; las mujeres apetecían su trato, pues aún conservaba aquella distinción que hoy va perdiéndose y era patrimonio de nuestros antepasados; pero estas pruebas de simpatía, si le halagaban al principio, venían á mortificarle después. Ocurriasele que eran solo así como muestras de conmiseración por su ruina. Él pasaba por que lo aborrecieran y lo despreciasen, pero jamás por que lo compadeciesen. Y no obstante, á nadie se le caía de los labios, hasta entre las personas de su edad y condición, el decir al citarle: «He visto al pobre Villamuriel;» «el pobre Villamuriel me ha dicho,» y siempre el sempiterno adjetivo «*pobre*,» que por fortuna nunca llegó á sus oídos.

Y así, entre el que no le quería saludar y el que por no verlo no le saludaba; entre el que le visitaba tal día y el que no se acordaba jamás de él; entre los ásperos y los afables; los que se le ofrecían y los que dejaban de ofrecérsele; los que le sonrieron siempre y

los que no le sonrieron nunca, acababan por levantar en él tal ciclón, que á todos los media con el mismo rasero y en todos no veía más que el deseo de humillarlo, recordándole su ruina y lo mucho que antes fué y lo poquí-simo que entonces era.

De aquí su quisquillosidad excesiva en cierto orden de cosas. Y menos mal que el tener su hija una fortunita propia, venía así como á darle autorización para que la consintiese frecuentar algo el mundo, mediante, por supuesto, la cariñosa marquesa; que si no, á buen seguro que padre é hija hubieran permanecido siempre vegetando en un rincón, sin más devaneo que veranear en el caserón de Villacarcelares ó salir por las tardes de invierno á tomar el sol en la Moncloa.

Esto era en cuanto á lo moral; que por lo físico, frisaba sobre los cincuenta y dos años, aunque con la representación de algunos más, efecto de su agitada vida. Sin embargo, aún se mantenía bastante erguido y fuerte. Su bigote gris, ya casi blanco, dábale aspecto militar, y más de uno había que, conociéndole poco, le llamaba el general Villamuriel. Tenía el pelo completamente cano y alguna calvicie, y en su vestir conservó siempre la elegancia de su juventud, más seria por razón de los años. En esos perfiles de la corbata, el calzado y los guantes, fué siempre donde más se notaran sus hábitos de gran señor. No era ni

había sido guapo, pero sí simpático en extremo; y sobre todo aparecía en él tal mezcla de gracia andaluza y de distinción cortesana, que supo con ella, allá en sus tiempos, volver el juicio á más de cuatro hermosuras. De gran ginete presumió siempre y de buen cazador. Por lo demás, ni en música, ni en arte, ni en literatura alcanzó más puntos que los necesarios para no desentonar donde se encontrase. En política, anduvo allá entre el moderantismo y la Unión liberal, acabando en ésta y siguiendo con los conservadores de Cánovas. Pero en el fondo era profundamente liberal; más que muchos que alardean de tales.

Mucho se le parecía Mercedes; pero más, como él aseguraba, á la otra Mercedes; á la que por tan poco tiempo le acompañó en esta vida. Y eran guapas de verdad las dos, más la madre que la hija. Aquella, una hermosura de primer orden, según acreditaban los retratos, y esta última, la misma belleza, pero algo alterada por ciertas imperfecciones de la fisonomía paternal.

Sin embargo, aún resultaba rostro peregrino el suyo. Blanca y de pelo castaño, aguileña, con los ojos garzos de clarísima expresión, la boca un poquito grande, pero fresca y no sensual, airoso el cuello, proporcionado el talle, mediana la estatura y elegantísimo el andar y todos los movimientos. Y más que nada, aquellos ojos que ni eran los azules de

las rubias sentimentales ni los negros de las morenas ardientes, sino los claros y serenos de las que llevan la imágen del alma en la cara; de esos en los que se leen los más recónditos pensamientos á través de diáfano cristal, húmedo siempre de tiernísima emoción, y sobre todo cuando en ellos se posaban los profundos y enamorados de Lorenzo.

Y así era su espíritu; claro, sereno, tranquilo siempre, tendiendo hacia el bien, hacia lo justo, por natural inclinación, por virtud exclusiva de ese sexto sentido que hace á las mujeres adivinar más que deducir, y sobre todo de la extraordinaria sensibilidad de su corazón, pronta siempre á ser despertada por todos los agentes exteriores y traducirse en risa ó en llanto ó en actos de energía y en firmes resoluciones, nunca en desfallecimientos ni nerviosidades á la moda

Tales eran padre é hija vistos por fuera y analizados por dentro.



CAPÍTULO VII

I

¡No, no era posible! Sueño seguramente fué todo lo ocurrido ¡Su hija enamorada de Lorenzo Paredes! Parecíale que acababa de oírsele decir. ¡Y él, él mismo había buscado esta confesión...!

Primero las bromas sobre lo que le dijo la niña por la tarde; luego el darse él por al corriente de todo; el ponerse ella muy colorada; el insistir él; las negativas pudorosas, las concesiones tímidas y, por último, el resultar que no se trataba de Enrique de Celis ni Cristo que lo fundó, sino de otro; de otro á quien conocían tanto ó más, otro más guapo, pero que no era título ni tenía esperanzas de serlo.

¡Oh! no había de enfadarse Villamuriel, porque se le hubieran ocultado hasta aquel día los amores! Quería ella conocer mejor el carácter de Lorenzo, sin comprometerse á

nada, sin embargo, hasta saber la voluntad paterna. Sólo se había significado el joven delicadísimamente, indicando desde el primer momento su decisión de hablar al conde en cuanto ella lo considerase oportuno. Un poco atenuaba las tintas Mercedes, conociase bien; pero así era prudente hacerlo, pues no podía menos de mortificar algo á su padre el saberla «amorcillos», como él decía, á espaldas suyas. Verdad es que no está tampoco bien en una niña el irle á su respetable papá á cada momento con la canción de «Fulanito me mira,» «Periquito me ha echado una flor» y «Zutanito se me ha insinuado entre las vueltas de un vals.» Con una madre, y no siempre, sí, se tienen estas confianzas; pero con un padre jamás, por bueno y cariñoso que sea.

Él lo comprendía así, y no la reprochaba este modo de obrar. Extrañábale tan sólo no conocer al pretendiente. Pedía su nombre, exigiéndolo casi, pero ella se empeñaba en que se contentase con conocerlo cuando *él*, ó su familia, hiciesen la petición de mano. Tal vez no le iba á gustar; ni era título ni poseía gran fortuna; una posición regular; pero muy bueno, buenísimo.—«En fin, tú lo sabes mejor que yo...»

Algo alarmado el conde por estos misterios y reservas, se apresuró no obstante á decirle que, si bien él preferiría quien reuniese al

lustre de la cuna el de los metales (pues aunque no creía que en esto estribase la felicidad tampoco estorbaba mucho); si bien él la hubiera deseado un marido, como por ejemplo, Enrique de Celis; sin embargo no rechazaría nunca á un hombre digno y honrado, de posición decorosa, siempre que estuviera seguro de que la quería y de que ella, á su vez, sentía inclinación hacia él. Por amor había sido su matrimonio y en él encontró la poca verdadera felicidad que disfrutara en su vida. No sería, pues, él quien se opusiese á que su hija se casase por amor también, tanto más, cuanto que constantemente pudo comparar estos enlaces con los contraídos por conveniencia y ver el resultado de unos y de otros. Pero era preciso no hacer locuras, no precipitarse, no tomar por cariño lo que tal vez no eran más que simpatías muy vagas; no confundir el oropel con el oro, ni las cualidades aparentes de las personas con las efectivas y ciertas.

—Bueno; ya que no me quieres decir el nombre, dime sus condiciones—exclamaba: ¿qué edad tiene?

—Me lleva unos diez años.

—No es mucho, ó, mejor dicho, es lo suficiente. Posición.

—Su carrera, y algunos bienes propios.

—¿Pero qué carrera?

—Si te lo digo, vas á dar en quién es.

—Eso es lo que quiero.

—Bueno; ya te lo diré yo ahora. Sigue el interrogatorio.

—¿Su familia?

—Honrada.

—Eso son todas; quiero decir, ¿la posición social de su familia?

—Propietarios: nada de aristocracia.

—Bien. ¿Su carácter?

—Serio, formal, honrado y valiente.

—Según tus ojos, ¿no es verdad?

—Y según los tuyos; que no te muerdes los labios para elogiarle.

—¿Yo...?

—Sí, señor, tú mismo.

—Pero... entonces le conozco.

—¿Ya lo creo!

—¿Y he hablado de él?

—No hace muchas horas, y poniéndolo en las nubes.

—¿En casa de la marquesa?

—Sí, señor.

—Entonces es...

—El mismo.

—¡Oh! no, Mercedes; no es posible. ¡El! Lorenzo Paredes!

—Sí... ¿Pero qué tienes? ¿te disgusta?

—¿Y yo que creí...!

El conde parecía angustiado; y queriendo hacerse violencia para dominarse... Mortal palidez había invadido su rostro... Sin em

bargo, hizo un esfuerzo y hasta llegó á sonreirse...

—¿Con que... Paredes...?

—Qué, ¿no te agrada...?

—¡Y lo tenías tan callado...!

—Perdóname.

—Te perdono; pero es preciso que hablemos despacio. Antes de decirte mi opinión, quiero enterarme más de algo que á él se refiere. Además, he de reflexionar.

—Como tú quieras, pero...

—No es escopetada de pícaro, supongo. Ahora vé á vestirte, que ha de venir por tí la marquesa.

—¿Pero no te ha disgustado mi elección?

—¿Disgustarme...? Anda, vé; vistete, que es tarde. Déjame ahora, necesito estar solo.

—Bueno; sea lo que tú quieras. Adiós.

Y salió de la estancia, dejando á Villamuriel entregado á sus pensamientos. Así permaneció un rato hasta que, levantándose á los pocos instantes, pasó á su despacho. Una vez allí, cerro la puerta y abandonóse á profunda meditación, interrumpida tan sólo con el examen de un legajo de papeles que sacara de cierto cajón de su mesa ministro.

El ruido de un coche, la subida de un lacayo á avisar que la marquesa esperaba á Mercedes, y la despedida de ésta, en que fué cariñosísimo el beso que dió á su padre, dejándole en la mejilla así como la impresión de

lágrimas ardientes, le sacaron de su abstracción, y pocos minutos después salía él, á su vez, á la calle. Necesitaba pensar, y esto lo haría seguramente mejor paseando que entre las cuatro paredes de su casa.

La noche estaba fresca, pero agradable, y en el trayecto desde aquella á la calle de Alcalá, tuvo tiempo de coordinar sus ideas. Al llegar al Casino, su rostro demostraba que había tomado ya una decisión.

—Muy triste será—habíase dicho—para ella, lágrimas; lágrimas también para mí al verla padecer; además, la humillación de haber de fingir, de ponerme en ridículo, de contradecir mis opiniones de siempre; pero hay cosas que no pueden ser, y esta es una de ellas... ¡Dios santo! ¡qué fatalidad...! ¡Y él, Lorenzo Paredes...!—Era horrible la situación del conde, al agitarse, allá en el fondo de su alma, ruda tempestad de sentimientos, frente á un problema de los que pocas veces se presentan en la vida. ¡Ah! cuánto hubiera dado porque en vez de ser Lorenzo quien pretendía á Mercedes, se tratara del último mendigo, del más miserable de los hombres! Tendría pretexto para oponerse. ¡Pero si el joven se lo merecía todo; no sólo á su hija, sino á la mejor y más alta y más hermosa de todas las mujeres? ¡Ah! ¡si en su mano estuviese; si él pudiera otorgársela! Lorenzo, tan noble, tan simpático (sí; porque el chico lo

era)... y Mercedes... ¡qué pareja más deliciosa...! Pero... ¡imposible, sí, imposible! ¡Dios de Dios! ¡Qué negrísima bruma llena de recuerdos y angustias; preñada de horrores, oscurecía su mente. No; no quería mirar y miraba y veía, ¿pero qué veía? ¿la certeza? ¿la realidad? No; la duda, la duda implacable, fría; el problema mudo, de imposible resolución.

Y había que afrontar el conflicto, sacrificando lo que fuere. ¿Los eternos principios de moral? Nunca. ¿La felicidad de su hija y la de Lorenzo? Sí, sin vacilaciones; y, sobre todo, su propia dignidad, la de él, la del conde; pues era forzoso mentir y buscar un pretexto y aferrarse á él contra toda lógica, contra toda razón, así se pusieran en frente y lo derrotaran, el mundo entero con cuantas gentes lo habitan.

¿Y qué diría? ¿qué? Cualquier cosa; que allí estaba su tabla de salvación. Y era la única.

II

Cuando al día siguiente, dominándose mucho y con la firme voluntad de aparecer sereno y tranquilo, entró en el cuarto de su hija, seguía agitándose en su interior la borrasca y sentíase aún presa de agonía mortal. Solo una esperanza le era permitido abrigar; la de que el amor no hubiese echado aún profun-

das raíces en el corazón de la joven y no resultase tan doloroso el arrancarlo.

—Mira, Mercedes —dijo al abordar el asunto— hemos de hablar razonablemente, y sin impresionarnos por afectos que la mayor parte de las veces solo son ilusiones bien fugaces. Prométeme oirme, y ya verás qué razón tengo.

Díme antes con franqueza. ¿Tú quieres á... á ese muchacho?—

Grave y conmovida, contestó ella solo con un movimiento de cabeza, pero tan firme y expresivo, que era imposible pedir afirmación más rotunda.

—Y ¿desde cuándo?

—Casi desde que vino á casa á visitarte.

—Pues escucha; yo te quiero muchísimo; solo deseo tu felicidad, y ayer mismo me oíste decir lo que yo ansio para tí; Lorenzo Paredes es buena persona, no seré yo quien lo niegue; reúne apreciables condiciones, pero tú no te has fijado en una circunstancia suya. Su padre...

—¿Qué?

—Su padre... fué...

—Sí; administrador tuyo.

—Precisamente... y ya comprenderás...

—¿Consideras eso un obstáculo?

—Y grave; la sociedad no me perdonaría nunca el descender á casarte con el hijo de quien fué sirviente mío. Dirían que es ya tal

mi abyección, que te vendo al primer postor, al que primero acude á la subasta, al hijo de mi criado enriquecido...

—¡Pero papá!

—Nada, Mercedes, hija mía; yo paso por todo menos por verte nuera de José María Paredes.

Es imposible; ya sabes que no soy lo que se llama un noble chapado á la antigua; pero creo que nosotros, sobre todo cuando estamos en situación cual la mia, debemos guardar los respetos á nuestros mayores. Ya que la sociedad no lo hace, hagámoslo sus descendientes. Cuando ya nada queda como no sea el honor, hay que defenderlo á todo trance.

Así, pues, no me contradigas; es completamente imposible la admisión en mi familia de ese joven. Dirán lo que quieran las gentes de hoy; que lo digan. Los buenos me juzgarán de otra manera. Podemos bajar, democratizarnos todo lo que sea forzoso, pero nunca tanto que continuemos nuestra estirpe por la escalera de servicio.

Díle á ese muchacho, á Lorenzo, á quien estimo en medio de todo, que no espere conseguir mi beneplácito; que me opongo tenazmente. Escríbeselo; es lo mejor, y así terminais. Dirá que soy un padre tirano; bueno, no me importa. Como pretexto ponle cualquiera, aunque sea la desigualdad de clases; el que te parezca mejor.—

Mercedes, sin poder pronunciar una sílaba por la pena que la ahogaba, recibía aquel diluvio de palabras que el conde, nervioso y con afectada naturalidad, iba pronunciando. Al decir las se despreciaba á sí mismo.

—Harás eso, ¿no es verdad, hija mía? es lo razonable. ¿Le escribirás?—

Estaba de pie y se había ido aproximando á la joven, pretendiendo alzarle la cabeza para leer en su rostro la contestación á tal pregunta. Levantó Mercedes la vista, fijó los ojos llenos de lágrimas en su padre con desconsolada expresión, y sin abrir los labios volvió á sumergirse en su dolor vehementísimo. El conde sufría más quizá, convirtiéndose en él la pena en forzada energía.

—Nada; le dices eso;—continuó—ó no le dices una palabra; es mi voluntad; te lo advierto, y preciso es que se cumpla. No te añado más; tu deber es obedecerme; y no me disgustes.

Y tras de decir esto, sin escuchar ninguna de las frases inconexas que balbuceaba Mercedes, salió del cuarto, corriendo á encerrarse en el suyo, mientras quedaba la joven sumida en su desconsuelo. Que era grande, grandísimo, pues por primera vez tocaba las asperezas de la vida. Y sobre todo, ¡pasar de las fundadísimas esperanzas del día anterior á aquel desencanto! ¡Imposible la realización de sus sueños! ¡imposible su enlace con el único

hombre que había hecho latir su corazón! ¡Y todo por una circunstancia á la que el mismo conde en el fondo no daba valor ninguno! El hecho de que el padre de Lorenzo, quince años atrás hubiese administrado unas fincas de Villamuriel, bastaba para establecer entre los hijos de ambos una barrera que no se podía saltar. ¡Oh! esto era absurdo.

Y si se tratase de un noble aferrado á sus principios, intransigente en estas cuestiones... ¿Pero si su padre no era así; si estaba segura de ello por lo que le había oído decir, y hasta por sus actos en infinidad de ocasiones? ¿No había reñido poco antes con su hermana Carmen, la de Cádiz, porque ésta y su marido no aceptaban por yerno á Ricardo Valuedas, protegido del propio conde, muchacho que valía mucho, ofreciéndole buen porvenir su bufete de abogado, pero que en cuanto á nacimiento se limitaba á ser hijo de un maestro de obras enriquecido, que casó con la hermana de la difunta Mercedes, pues el padre de ésta, empleado de Hacienda con 10 ó 12.000 reales, no podía andarse con escrúpulos de monta en eso de casar sus hijas...?

Y el conde, que tenía una verdadera debilidad por la parentela de su mujer, en la que había de todo, desde el banquero Arnaiz Bello hasta el Bello á secas, fumista de la calle de Pelayo; debilidad originada por la adoración que tuvo hacia aquélla, y tanto ó

más aún por contradecir á su propia familia que tal oposición hizo al desigual matrimonio; el conde, que los protegía siempre, y que, sobre todo, se entusiasmaba con los triunfos que en el foro y en el Ateneo obtenía Valuendas, cuando supo las pretensiones de éste hacia su sobrina Rosario, á quien conociera el joven en cierto viaje que hizo la niña á Madrid, y al enterarse de que los padres de ésta lo rechazaban, intervino á favor del novio y aun se consideró lastimado por el poco aprecio que obtuvo su recomendación.

De modo que podía casarse una Villamuriel con el hijo de un obrero y otra no podía hacer lo mismo con el de un propietario. Y que aun considerando las cosas bajo el punto de vista de la estirpe, el apellido de Lorenzo tenía un sabor solariego que se notaba á diez leguas. Porque si todos le llamaban Paredes no más, su firma era siempre G. de Paredes y Lorenzo García de Paredes ponía en sus tarjetas. ¡Como quién no dice nada! ¡uno de los nombres más preclaros de la reconquista! Pero si hasta le parecía recordar que ese mismo apellido ocupaba un lugar entre los numerosos del conde... Por la antesala andaba un árbol genealógico medio borrado. ¿A ver?

Y yendo á donde estaba el maltrecho cuadro, pudo ver que efectivamente, allá, entre los Albornozes y Ponces de León y Saavedras y Aguilares, aparecía un D. Lope García

de Paredes, marido de cierta doña Violante de Aguilar, en el décimo sexto siglo, y posteriormente un D. César de Albornoz, casado con una doña Juana García de Paredes y Rubielos de Mora, hacia fines del siglo XVIII, y aun otras veces más repetido ese apellido entre los muchos que venían á entroncarse en la noble casa de los Villamurieles de Sástago.

Esto le hizo abrigar alguna esperanza. Si su padre rechazó al marino por miedo al que dirán, tal vez encontraría ella un medio de modificar esta resolución. Era preciso ante todo hablar con Lorenzo.

—¿Y cuándo? al día siguiente, que era miércoles, y en casa de la Castelmadría. ¿Pero y si su padre le acompañaba y no la dejaba ocasión de hablar con el joven? Forzoso era escribirle para que tomara sus precauciones.

Por la doncella envió al correo interior cuatro letras, en las que después de decirle cómo su padre estaba sobre aviso, y aun que surgían por esta parte inesperadas dificultades, pero sin entrar en más pormenores, añadía que le era indispensable hablar con él y aun le trazaba un plan para burlar al día siguiente la vigilancia que de seguro ejercería Villamuriel.

III

Y, en efecto, en la tarde del otro día, cuando Mercedes, acompañada de su padre, llegó á casa de la marquesa, allí encontraron ya al marino que se había anticipado á ir. El conde pareció sufrir alguna contrariedad, pero supo disimularla y aun manifestarse afectuoso cuando el joven le saludara; si bien decidióse á perder su tresillo, y eso que había prometido dar una lección al de la Línea, quien la noche anterior le obsequió nada menos que con tres codillos y el corte de una bola «impepinable.»

Lorenzo en tanto, sin apartarse de él, había entablado con el vicealmirante Rodríguez Nelly y con Enrique de Celis una animada discusión sobre el submarino *Peral*, que acababa de ver detenidamente en San Fernando. Íntimo de su ilustre inventor, entusiasmábase Lorenzo con tan admirable ingenio de guerra, extendiéndose en consideraciones sobre la transformación que venía á introducir en la táctica naval, pero censurando á la vez la exageración de ciertos optimistas y desvaneciendo fácilmente los reparos del vicealmirante y aun los de Villamuriel mismo, hasta que de pronto, interrumpiendo la conversación, miró el reloj y dijo:—Son las cuatro y media.—Dis-

pénsenme ustedes, señores, los he de dejar; tenemos junta en la comisión de Guinea. Nada, materia de ir á hacer que hacemos; llenar el acta y hasta de aquí á tres ó cuatro días. Pero hay que cubrir las apariencias. El ministro lo exige. —

Y después de despedirse de la dueña de la casa, se marchó. Pero no á la tal junta, ni mucho menos, sino á esperar oculto cerca del hotel de la Castelmadría que saliese el conde con dirección al casino, pues no era de esperar que renunciase á su partida en cuanto viera que el joven no estaba en la reunión, con lo que no tenía ya por qué su vigilancia.

Y así fué; no habían pasado diez diez minutos sin que Villamuriel apareciese á la puerta, tomando la dirección de la calle de Alcalá, con lo que Paredes, después de dejar transcurrir otros cuantos minutos más, regresó al salón de la marquesa, donde, entre los pocos amigos que se habían enterado de su salida, hizo correr la especie de que volvía por habersé suspendido la anunciada junta.

Así tuvo ocasión de hablar, aunque poco, con Mercedes. Difícil era para la joven darle cuenta de lo ocurrido sin herir su susceptibilidad. Tuvo, no obstante, el tacto preciso para hacerle entender que el conde se inclinaba á recibir mal sus pretensiones por causa de su carrera, y aun por tener esperanzas en un enlace ventajosísimo, mas otras considera-

ciones propias de la edad y de su carácter agriado por los disgustos, oposición ésta que creía posible vencer. En cuanto á la voluntad de ella era irrevocable. Quería á Lorenzo, y sería suya ó de nadie más. No desobedecería la autoridad paterna, pero sin entregar jamás su mano á otro hombre.

Mas aunque Mercedes ocultara el motivo fundamental de las resistencias de su padre, no dejaba Lorenzo de adivinarlo en el fondo, y ya iba á abordar francamente la cuestión, cuando la joven, viendo el giro que tomaba y decidida á realizar su plan, aprovechó la circunstancia de estar cerca de ambos su amiga Clara hablando con Blanquita Castuera y el conocido Martínez Marcel. Hizo, pues, á aquélla una señal que, comprendida, bastó para que se dirigiese á Lorenzo, preguntándole sobre el asunto baladí que servía de tema á la conversación. Esta se generalizó después de contestar Paredes, que eso era lo que buscaba la hija del conde para poder decir de pronto, como dijo, en alta voz:

—¡Ay! Clarita; no sabes el descubrimiento que hemos hecho... Paredes y papá son parientes.

—¿Cómo? ¿Es verdad, Paredes?

—Cuando Mercedes lo dice... Pero yo... ignoraba...

—¿Pero es cierto? Y se lo tenía usted tan callado...

—Ya lo creo, —continuó la niña... —Vamos á ver. Usted es Garcia de Paredes y no Paredes á secas.

—García de Paredes me firmo; solo que por abreviar, las gentes...

—Sí; solo usan el segundo... Pues bien; en nuestro arbol genealógico aparecen un don Lope y una doña Juana de ese apellido, entroncados con nosotros. Y la doña Juana no es muy antigua... de unos noventa años acá.

—¿Casada con un Albornoz?

—La misma.

—Me parece que debe ser hermana de mi bisabuelo...

—¿Lo vé usted? entonces vamos á cuentas; ¿qué somos usted y yo? ¿cuál es nuestro parentesco?

—Usted lo debe de saber, Paredes... —añadió Clara.

—Esperen ustedes un poco que haga memoria de lo que á veces he oído á mi padre... Porque yo, soy franco, en esas cosas de genealogías y solares me he fijado poquísimo toda mi vida. Pero si mal no recuerdo, creo que esa doña Juana era la hija menor de un García de Paredes, de Sevilla, marqués de la Lora del Río. Un hermano de esta señora fué oidor de no sé qué Audiencia en Ultramar, y casó allí con una Narváez, descendiente del célebre competidor de Hernán Cortés. Este matrimonio tuvo varios hijos,

siendo uno de los menores mi abuelo D. Felipe. A pesar de su estancia en las Indias trajo á España el oidor pocos caudales, y aun de esos casi todos fueron para el Mayorazgo; era, pues, mi abuelo un segundón. Uno de sus hermanos siguió la carrera de las armas en el regimiento de Ultonia y murió de alférez en la guerra de la Independencia; otro, doctor en no sé qué, llegó á figurar algo en las Cortes de 1821; el tercero, emigró á América, y mi abuelo hubo de ser destinado á la Iglesia; pero tenía poca afición á los hábitos y los colgó, llevando una vida bastante agitada, concluyendo por casarse con una joven de humilde origen y muy pobre. Su situación desde entonces fué bastante desesperada. De sus hermanos, el mayor, realista furibundo, lo rechazó violentamente, ofendido por sus ideas liberales y por su desigual casamiento. Como el pobre no tenía grandes luces, ni medios de proporcionarse la existencia, hubiera sucumbido del todo á no ser por la protección del conde de Villamuriel, D. Luis, padre del actual y abuelo por lo tanto de Mercedes. Pero según dice mi padre, era el suyo sobrado orgulloso para recibir limosna de nadie, y solo admitió las del conde como recompensa á los servicios que le prestara administrándole algunas fincas. Al morir D. Luis Villamuriel decidió su viuda rehacer la fortuna patrimonial, bastante quebrantada, ayudándole tanto

mi abuelo en este propósito, que al poco tiempo estaba ya toda libre de gravámenes é hipotecas.

Así la pasó á los herederos y siguió administrándola algunos años más. De su matrimonio nacieron mi padre y mis tios Ramón y Soledad; el primero no quiso seguir carrera alguna y aficionado á las cosas del campo y con la costumbre de ayudar á su padre en las funciones de administrador, se acomodó á sustituirle á su muerte. Mi tío Ramón se fué á Cádiz, y allí como piloto en barcos de altura, comenzó á navegar, y ha dado fondo, hecho un solterón, hace tres años con un capital considerable que pasará á mis hermanas y á mí. A él le debo el seguir esta carrera, pues desde pequeño me aficionó á las cosas de la mar. En cuanto á mi tía Soledad, soltera permanece.—De modo que aquí tienen ustedes la historia; nunca he sido aficionado á hablar de estas cosas; pero puesto á hacerlo, ¿á qué he de ocultar la verdad? Lo que no sabía, soy franco, ni á mi padre se lo he oido decir, es que por una antecesora nuestra hubiésemos emparentado con los Villamuriel. Hoy me entero de esa honra, que lo es y muy grande, teniendo, como tienen estos, una representación tan hechicera.

—Muchas gracias por la galantería... señor... primo, ó qué; porque eso no lo hemos puesto aún en claro.

—Yo le diré á usted. Vamos á ver. ¿Doña Juana García de Paredes dice usted que casó con un...?

—Albornoz; que era...

—Era... espere usted. ¡Ah, sí! hermano mayor de doña María de Albornoz.

—Mujer del que llevaba entonces el título de Villamuriel. D. Santiago, si mal no recuerdo.

—Justo; entonces...

—Veamos, pues; el conde es nieto de don Santiago; de manera, que resulta doña Juana cuñada de doña María de Albornoz, y por lo tanto su bisabuelo de usted concuñado de doña Juana; por lo cual los hijos de unos y otros, es decir, nuestros abuelos, todo lo más que podían llamarse era primos de primos. Quiero decir, D. Luis de Villamuriel primo hermano de los hijos de D. César de Albornoz y doña Juana G. de Paredes; y estos hijos á su vez primos hermanos de mi abuelo D. Felipe. Ese doble parentesco continua paralelamente con respecto á nuestros padres, y aun á nosotros, de modo que Mercedes es ahora prima tercera de los descendientes de D. César por linea paterna, y éstos á su vez por la materna son primos míos en igual grado. Por lo tanto...

—Sí; por lo tanto... que ni con el telescopio mayor del mundo se vé el parentesco de ustedes...

—Y sin embargo existe.

—Y de todo eso resulta una cosa; que usted descende de los marqueses de Lora del Río.

—Efectivamente, soy tataranieto de uno de ellos.

—¿Y se conserva aún el título?

—Creo que sí. Pero yo no me he ocupado jamás de eso.

—Sí, ustedes los demócratas...

—¿Quién le ha dicho á usted, Clarita, que lo soy?

—Mi mamá lo asegura.

—Y á propósito de tu mamá—interrumpió Mercedes—tengo que decirle una cosa.

Y aprovechó la ocasión para separarse del grupo, después de cambiar con Lorenzo una mirada de inteligencia. Iba contenta, pues había conseguido lo que deseaba.

Precisamente había oído la conversación Martínez Marcel, y estaba segura de que en breve sabrían todos que, aun mirando las cosas bajo el criterio de los mayores escrúpulos aristocráticos, nadie ya podía encontrar desigual su casamiento con Paredes.



CAPÍTULO VIII

I

En el acto había comprendido Lorenzo el propósito que se llevaba Mercedes al tratar *coram populo* todo aquello de las parentelas respectivas. Y hasta la circunstancia de estar presente el sábelo-todo Martínez Marcel les favorecía, pues de seguro que aquella noche sabía Madrid entero que los dos enamorados eran medio parientes, con lo que no quedaba á Villamuriel pretexto alguno en qué fundar su oposición al matrimonio.

Lo que por cierto extrañaba algo el marino es que su padre, quien al fin y al cabo no tenía entre sus convecinos otra representación que la de un labrador acomodado, no hubiera sacado á colación alguna vez aquellos antecedentes nobiliarios, que aún significan tanto en las localidades pequeñas. Pero sucedía así, y es que en el medio en que D. José María

habitará siempre, solo se ocupó su vida entera de los cortijos y del aceite y del viñedo, ó del ganado y el averío, sin dársele un ardite de todos sus antecesores ni acordarse de ellos para nada. El difunto D. Felipe había vivido á lo llano, y así vivió siempre su hijo; primero administrando las haciendas de Villamuriel y dirigiendo más tarde las suyas propias. Y hasta para simplificar más, habíase dejado llamar Paredes á secas por todos, y hasta suprimido hubiera el García á no serle forzoso emplearlo en los actos oficiales, bien que para eso solo estampaba la inicial generalmente.

Y aun el estar Lorenzo al corriente de todo aquello de la doña Juana y el oidor y el oficial de Ultonia, fué gracias á la solterona tía Soledad, que en cierta ocasión, y con motivo de algunos piques con otra buena señora del pueblo, descolgóse con todas aquellas historias de antaño, oyéndola el joven allá por los quince de su edad, cuando todo queda impreso indeleblemente en la memoria.

También á su vez se extrañaba algo Mercedes de que su padre no hubiese jamás hecho mención de aquel cuasi parentesco, recordándolo siquiera al tratarse de las pretensiones actuales del marino. Aunque bien podía ser que lo ignorase ó que de tal modo le afectara lo de la administración ejercida por Paredes padre que considerase mengua el que al pro-

pio servicio de su casa hubiera estado un deudo suyo. Pero esto era soberanamente ridículo y solo creible en algún amojamado hidalguelo de aldea; nunca en un hombre tan á la moderna como Villamuriel.

Por eso, y para estrecharle y hacerle capitular, se decidió á abordar la cuestión de frente. Segura estaba de que su padre, á no tener más razones que las alegadas la tarde anterior, cedería al cabo. No obstante, consideró conveniente dejar pasar algunos días, sin que en ellos apareciesen disminuidos los tiernos cuidados quo le prodigara siempre. Parecía triste, pero no desconsolada, y el conde iba ya felicitándose por haber dado fin á aquella situación tirante. ¡Bah! estaba visto; la cosa no tenía raíces profundas. Mejor era así.

II

Pronto, sin embargo, cayó de su error. Habían salido padre é hija á dar una vuelta por el Retiro. La tarde era espléndida, y apartándose ambos del paseo de carruajes, regresaban por una de las alamedas que vienen desde la estatua del Angel Caído á concluir en la entrada del Museo de Ultramar. Escaso número de personas encontraban; alguna pareja de recién casados; tal ó cual señora con sus ni-



ños; más de una institutriz con los agenos; de vez en cuando un par de señores mayores, y con menos frecuencia algún elegante, que al caminar á paso largo daba á conocer, ó sus aficiones anglómanas ó que solo por casualidad cruzaba aquel frondosísimo recreo de Madrid.

Pocas palabras habían mediado entre Mercedes y el conde desde que salieron de casa, pareciendo los dos entregados á sus preocupaciones, cuando de pronto la joven, que iba algo separada de su padre, se aproximó á éste, y apoyándose en su brazo, le dijo con dulzura y á media voz:

—Pero di, papá, ¿tanto te disgusta Lorenzo?

Como si le hubiera mordido una víbora se estremeció Villamuriel, y mirando á su hija con expresión dolorida, exclamó:

—¿Otra vez? Mercedes, ¡otra vez...!

—¿Qué quieres, papá?—Perdóname, pero... no puedo... no puedo comprender cómo tú...

—Mira, Mercedes... nunca ha salido de mis labios una frase dura para tí; no te he reprendido jamás. Ya ves si es triste que ahora...

—Pero escúchame... El otro día...

—El otro día quedaste conforme...

—No; no quedé; te lo pareció... porque no sabía qué contestarte. Yo no quiero que tú te

disgustes; eres lo que más respeto en el mundo... pero...

—¿Pero qué...?

—Nada.

—Sí; acábalo de decir; pero te quieres casar con ese muchacho.

—Y ¿por qué no? ¿qué defecto tiene?

—¡Mercedes...!

—Escúchame, por Dios, papá; óyeme solo dos palabras; después decide. ¿Me crees capaz de entregar mi corazón á un cualquiera, á quien sea indigno de nosotros?

—Si no digo eso... Ya sabes las razones...

—Bueno; ¿y qué razones son esas? Que el padre de Lorenzo fué administrador de casa hace no sé cuántos años.

—¿Y te parece poco?

—No me parece bastante para que por eso hayan de desmerecer todas las demás cualidades que le reconoces tú.

—Sí; se las reconozco; cualidades que le distinguen, pero que no son las que ha de reunir tu marido.

—Tampoco es lo que te oído siempre. Solo buscabas la honradez, el talento... y...

—Y la fortuna.

—Él no es pobre.

—Pero tampoco es lo que se llama rico; tú puedes aspirar á otra cosa.

—Pero si le quiero...

—Eso se te figura hoy. Deja de verle, y de

aquí á un mes no os acordais el uno del otro.

—Pero... en fin, papá; su principal defecto para tí es ser hijo de quien es, ¿no es verdad?

—Cierto.

—De modo que si no fuese por haber estado su padre á tu servicio, ¿lo considerarías digno de mí?

—¿Quién dice que no? Aunque no es lo que yo codicio para tí, ni mucho menos.

—¿Pero lo aceptarías?

—Si habías de ser feliz con él...

—Así es que todo estriba en lo de su padre.

—Sí; es cosa imposible de remediar. El tiempo no vuelve atrás nunca.

—Y dime (perdóname esta franqueza que es hasta poco respetuosa); dime; en eso, más que á tu propio modo de sentir, ¿cedes á las exigencias sociales?

—A entrambas cosas.

—A lo segundo sobre todo. Estoy segura de que si á la sociedad pudiera ocultársele esa circunstancia, no te resistirías tanto.

—Es que la conocería yo y basta.

—Sí, basta. Pero dime otra cosa; si en vez de ser quien es, perteneciese á una familia tan ilustre como la nuestra, ¿lo aceptarías?

—¿Quién lo duda?

—¿Aunque fuese una rama venida á menos?

—Eso no es óbice; siempre que se hubiese

mantenido honrada.—Pero, ¿á qué viene todo este examen?

—Te diré: entre los pollos que van á casa de la marquesa, hay uno que se interesa por mí y que no me disgusta. Es joven, treinta y tantos años, buena carrera, de talento, regular posición y de una familia solariega, emparentada con los Castelmadría. Si ese joven me pretendiese, ¿te agradaría á tí?

—Si es como lo pintas; si reúne esas cualidades, comprobadas por mí, ¿qué inconveniente habría de tener yo...?

—Es que, según dice la marquesa, el padre de ese muchacho quedó en la miseria por no sé qué y tuvo que emigrar á América, y allí ejerció los oficios más duros hasta que consiguió hacerse una fortuna y volver á España.

—Lo cual le honra. Hizo lo que las pícaras circunstancias mías me impiden hacer en esta viejísima Europa.

—¿De modo que su hijo, el joven ese, no te parecería... así... tan mal como...?

—¿Cómo Lorenzo? Hay diferencia... El más exigente en punto á limpieza de sangre no encontraría nada que decir; mientras que con Paredes...

—¿García de Paredes...?

—¡Ah, sí! no me acordaba de que se pone una G delante y usa la partícula...

—La que corresponde al apellido solariego de García de Paredes; una ridiculez suya no

ponerlo siempre con todas sus letras como hace su pariente...

—¿Qué pariente?

—El marqués de la Lora del Río. ¿Lo conoces?

El conde se mordía los labios.—¿Qué enterada estaba la chiquilla!—Esta continuaba entretanto con el tono más cándido y natural del mundo.

—¿No son de Jaén?

—¿Quiénes?

—Esos; los de Lora del Río.

—¡Ah! no sé; ¿pero qué tienen que ver con ese chico?

—Son tíos suyos.

—¿De quién? ¿de Lorenzo? ¡qué disparate!

—Ya lo creo: como que el título probablemente irá á Lorenzo, si mueren sin sucesión el marqués actual y un hermano suyo...

—¿Pero de dónde sacas tales cosas? ¿Acaso ese títere se las echará ahora de noble?

—No; él no se las echa; pero Carolina, que está tan enterada de ciertos asuntos, lo asegura. Y así era verdad; la marquesa, que podía por sus conocimientos de esta índole aspirar á una plaza de Rey de armas, había acabado por averiguar que Lorenzo era presunto marqués de la Lora del Río, si el actual, viejo decrepito, y un su hermano, más joven y nada decrepito, pero solterón recalcitrante, morían sin herederos. Extinguida la rama principal,

pasaba el título á la segunda, y, por lo tanto, al buen Lorenzo, hoy representante de esta rama. Y tiempo había faltado á Clarita y su madre para contarle todo esto á la hija de Villamuriel.

Como que entrambas consideraron siempre una ridiculez eso de rechazar á Paredes, sobre todo desde que supieron los ribetes aristocráticos del mozo.

Pero el conde, al oír las últimas palabras de su hija, había ido cayendo ya en la cuenta y adivinado el juego. ¿Cómo era posible que él, con su experiencia, se hubiese dejado cojer de aquel modo en la trampa? Sin embargo, vacilaba aún, y así pudo Mercedes seguir su relación.

—¡Ya ves qué casualidad!—añadió la joven por todo comentario.

—¿Pero de dónde sacan todas esas historias?—era lo único que se le ocurrió decir al ya desaplomado señor.

—Pues muy sencillo; de donde han ido á sacar que está emparentado con nosotros.

—¿Con nosotros?

—Sí; con nosotros; por la hermana de su abuelo D. Juan García de Paredes, que casó á fines del siglo pasado con un hermano de doña María de Albornoz, tu abuela. Así, al menos, consta en el árbol genealógico que tenemos en casa; ¿no lo sabías?

No era hombre para mentir el conde; así

es que se tragó el «no», acudido ya á sus labios, y contentóse con decir semiturbado y confuso:

—¡Phs! algo he oído decir... pero...

—¿Pero qué?

—Nada, Mercedes; que así descienda ese hombre del mismo D. Pelayo, no puede ser tu marido.

—¿Por qué?

—Porque yo no quiero.

—Pero ¿por qué no quieres?

El conde empezaba á desconcertarse.

—Por... lo que tú sabes...

—¿Porque su padre ha sido...? ¿De modo que al ofrecer mi abuelo al suyo su protección y al no consentir éste en aceptarla, sino como remuneración á su trabajo, levantaban los dos un muro infranqueable entre ambas familias? ¡Oh! ¡no! papá, eso es cruel... No; algún otro motivo existe; sí, no me cabe duda; tú sabes algo indigno de Lorenzo y no me lo quieres decir. Dímelo, y seré la primera en despreciarle. ¿Es eso?

Villamuriel vacilaba.

—Dímelo... te creeré sin pruebas; tú no mientes nunca. ¿Es lo que presumo? ¿Lo es?

—No; no, Mercedes; mentiría; sería un calumniador si hablase así. Y eso no lo haré yo jamás; ni por tu felicidad, que es la mía.

—¿Entonces...?

—Lorenzo Paredes es honrado y digno; pero... imposible que te cases con él.

—¿Pero por qué, ¡Dios mío! por qué...? Dame una razón.

—Ya te he dado las mías...

—No, no me bastan, ni para mí ni para el mundo. Te cubrirían de ridículo y yo no lo debo consentir. Yo te quiero muchísimo; te respeto, te venero; y tú me matas. ¡Oh! no sabes lo que me haces sufrir...

—Mercedes, hija mía... repara...

—¡Ah, sí! estamos en la calle; no puedo ni aun llorar...

—¿Quieres que nos vayamos á casa?

—No; sé sufrir; sé disimular. Y para llorar no ha de faltarme tiempo... ni lágrimas.

—Te afectas y me afectas. Esto es ridículo; si te ven...

—No; si no lloro... me río... mira ahí á Carmen Vivero y su marido; hay que saludarles; verás cómo no me conocen nada.

Y nerviosa, con esa indomable fuerza de voluntad que en ocasiones saben desplegar las mujeres, logró borrar en un segundo de su rostro las huellas de dolor, y sonreír y saludar á su amiga, mientras que en su seriedad propia encontraba Villamuriel medios de ocultar su angustia.

Nada más hablaron en lo demás del paseo.

Subieron á un tranvía en la Cibeles, y en él, muy pensativos los dos, llegaron á la Puerta

del Sol, montando entonces en el que por la calle de Fuencarral les llevó á su casa.

III

Triste fué la comida de aquella tarde. Mercedes apenas probó bocado y su padre poco menos. Debía venir la marquesa á buscarla después para ir al teatro y la joven fué á vestirse. El conde, que necesitaba aire, pues se sentía angustiado, cogió el bastón y el sombrero y se disponía ya á salir, cuando, abriéndose la puerta del cuarto de su hija, apareció ésta en el dintel, húmedos los ojos, pero serena y dulce en medio de su dolor.

—¿Te vas sin despedirte, papá?

—No, hija, no... es que...

Y acercándose á ella la besó con más cariño quizá que de costumbre, sintiendo en su mejilla la impresión calenturienta que dejan siempre los labios de quien acaba de llorar.

—¿Me guardas rencor?—fué lo único que se le ocurrió decir.

—¿Yo? ¿Por qué?—contestó Mercedes con dulzura. Y era tan diáfana, tan purísima, tan tierna la expresión de sus ojos serenos al hablar así á su padre, que éste sintió como si le oprimiesen el corazón con violencia y le echasen en la garganta un nudo. También lloraba al trasponer los umbrales de la puerta.

¡Oh! era un dolor de los dolores eso de ver sufrir á aquella hija adorada, su único consuelo; el cariño más puro y más vivo de toda su existencia! ¡Y hacerla sufrir él; él que era capaz de prender fuego al mundo por los cuatro costados antes que verla derramar una lágrima! No, y que no había esperanzas; al principio creyó que no sentiría hacia Lorenzo más que una ligera afección, natural por el primer hombre que se insinuaba cerca de su corazón virgen; pero no; estaba visto, aquello era una pasión formal. Y se comprendía perfectamente; cualidades le sobraban al marino para hacerse querer: que ni en medio de su mayor contrariedad encontraba el conde en el fondo de su alma un concepto ofensivo, una apreciación dura para Lorenzo. ¡Que no estuviera en su mano el casarlo con la mejor y más hermosa y más rica de todas las mujeres, y encontrar para su Merceditas un marido con la cara y el corazón y el alma y el cuerpo de Lorenzo, pero que no fuese él, que fuese cualquiera, noble ó plebeyo, pobre ó rico, jamás el que era: el hijo de José María Paredes y de Dolores Castañón.

—¡Oh! y hasta aquello á que se acogió como á supremo recurso, aquello del origen humilde, de la escalera de servicio, todo se fundía como hielo en la lumbre, ante las disquisiciones genealógicas de la insoportable marquesa. ¡Maldito el cuadro aquel de su pro-

pia antesala! ¿A quién se le ocurriría traerlo del caserón señorial?

Y ahora ¿qué iba á decir? ¿qué pretexto poner, en qué fundar su negativa? Sólo había un camino: imponerse á Mercedes y aun exigirle después que ocultase á todos que era él quien oponía resistencia, sino que pasase más bien como una ligereza de la joven... Pero para esto era forzoso decirle la verdad, darle razón de sus sospechas. ¡Oh! no... imposible también.

Nada, que no existían medios de salvación; ni aun el suicidio. Este era una huida vergonzosa, dejando el conflicto en pie y llevándose él á la tumba toda la responsabilidad de la catástrofe que pudiera sobrevenir.

¡Y aun si todo tuviese base sólida y firme; si no pasara de antojos quizá de su fantasía, de seguridades dadas por quien tuvo interés en darlas! Si existiese en su ánimo certeza absoluta, ¡ah! entonces, entonces la senda estaba trazada. Murieran él y su hija, y Lorenzo cien veces antes de sumirse en el hervidero de horrores que ante sus ojos se abría. Pero si no había nada de eso; si solo entre sombras se agitaba su espíritu y nada cierto llegaba á iluminarlo. Luz, luz pedía como el poeta; pero ¡ay! que si éste de lo sobrenatural podía esperarla, ni aun ese recurso tenía el infortunado Villamuriel. Sólo el tiempo, volviendo sobre sus pasos; sólo las tumbas

abriéndose... ¡pero qué! ni aun así... sólo Dios, que lo sabe todo, podía mandar ese rayo de luz á los pliegues más recónditos de su conciencia.

Pero en la tierra nada, nada absolutamente; el vacío, la duda siempre; la duda que pudo abrigar desde el primer día, si entonces se hubiera preocupado de ese asunto.

Sin embargo, aun, aun podía haber algo, que en parte la aclarase; cualquier cosa, una fecha, un dato, palabras que quizá á él se le hubieran escapado otras veces ó á las que hubiera dado sentido incompleto.

—¡A ver?—Y al regresar en casa vuelta á engolfarse en la lectura de aquellas cartas que conservara en su poder y á las que se le vió acudir la primera vez que de Lorenzo le hablara su hija. Así transcurrieron algunas horas, hasta que, con la agonía pintada en el rostro, dejábase caer vestido en el lecho, murmurando febrilmente:

—¡Pobre Mercedes mía! ¡Pobre Lorenzo!



CAPÍTULO IX

I

Lorenzo recibió un telegrama noticiándole la enfermedad de su padre, y á la simple lectura de él comprendió que grave debía de ser la dolencia. Así es que, tomando el tren aquella misma noche, al otro día llegó á su casa y pronto, por el aspecto de los presentes, pudo comprender que no se había equivocado; mas como por muerto lo daba, experimentó relativo consuelo al enterarse de que vivía. Efectivamente vivía aún, pero sin esperanzas ya. La enfermedad le había acometido súbitamente casi; no le dió importancia en un principio, confiando en su robustez, y á los pocos días se agravó de repente hasta el punto de inspirar serios cuidados. La tarde misma de llegar su hijo había cumplido con la Iglesia y se encontraba muy débil, aunque con todo el conocimiento. Duró dos ó tres

días más, y en ellos tuvo tiempo de dirigir á Lorenzo las siguientes palabras:

—Cuando me dijiste lo de tus pretensiones á la hija de Villamuriel, me opuse por causas que me parecían poderosas: hoy que me veo tan mal, ya no me opongo. Hubiera preferido otra; pero si ella te quiere y es como tú dices, cástate, siempre que su padre te acepte. Será que Dios lo ha querido así... y mirándolo bien, ÉL sabrá lo que se hace. Si te rechaza por ser mi hijo, recuérdale de quién venimos los de nuestra familia.

Si ves al conde alguna vez dile que le pido perdón por lo que le pude ofender cuando él recordará... Malas pasiones me agitaban en aquel momento.

Pídele también que me perdone si en algo no manejé sus bienes cual él deseara. Sería torpeza, no maldad, que nada le tomé de lo suyo. Y así en todo lo demás que he podido causarle agravio.—

Y con estos discursos y consejos murió el buen señor como un santo al quinto día de la llegada de Lorenzo.

Ocioso es describir el dolor de éste, en el que le acompañaba, y bien de verdad, Mercedes, que supo por telégrafo la noticia. Dolor intenso que no admite descripción. Era el joven muy buen hijo; no recordaba á su madre, perdida en la niñez, y á aquel buen anciano consagró todos los afectos de su infancia

y los respetos de su juventud. Cerca de dos meses permaneció en el pueblo, pues tras el duelo de rigor, forzoso le fué arreglar la cuestión de intereses, á pesar de que D. José María dejaba hecho testamento en toda regla.

Por cierto que al examinar títulos y demás papeles, entre ellos libros y cuentas atrasadas, sintió más de una vez como un golpe en el corazón y como si quemase sus dedos el papel que tenía entre las manos. Pero recordaba la muerte de su padre, su cristiana conformidad, aquellas sinceras palabras que le dirigió en tan supremo trance, y esto hacía que se desvanecieran las ideas miserables que le llevaban á dudar del que vivió y murió como un hombre honrado.

Sin embargo, llegó un día... ¡cuánto maldijo aquel día! en que las dudas casi se convirtieron en realidad. Largo rato, una noche entera, permaneció el joven concentrado en sí mismo. Después, racionando con más frialdad, una sonrisa de compasión cariñosa, asomó á sus labios, se conmovió su fisonomía y sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Pobre padre!—murmuró—al par que recogía todos aquellos legajos y los depositaba cuidadosamente en su escritorio.

—¡Pobre padre!—había murmurado—cuando debía decir:—¡Pobre Lorenzo!—que venía á sufrir por cosas que al pobre señor dejaran de seguro la conciencia muy tranquila.

Y es que Lorenzo por su educación, su carrera y la sociedad en que había vivido, era un espíritu delicado, mientras su padre, en otro medio ambiente, no pasó nunca de ver el mundo como lo ven muchísimos. Para él la honradez consistía en no quitarle un céntimo á nadie ni hacerle el menor mal en persona é intereses, y así había obrado con el conde en su administración, pero jamás le pasó por las mientes que fuese pecado el adquirir por segunda mano las fincas que á aquél iban vendiéndose para atender á toda suerte de disipaciones. Es más: ni aun se aprovechaba de esto; sólo sacaba la utilidad corriente; las hacía valorar en conciencia y entregaba después el dinero á toca teja, sin asomos de fraude ni de usura. Pero lo que no hizo nunca, fué prestar dinero sobre hipotecas á Villamuriel, aunque sí á otros muchos del pueblo. Él no tenía la culpa de que el noble señor se arruinase. Bien le aconsejaba en contrario, sólo que maldito el caso que se le hacía; así es que si compraba por cuatro una finca que otro se había de llevar en tres y medio, estaba en su derecho; y ni el conde, ni nadie podían hacerle el menor cargo. Más aún: los mismos curas al confesarse con ellos no lo habían tomado ni como pecado venial. De aquí que se muriera tan conforme y con la seguridad de subir al cielo vestido y calzado.

No era así Lorenzo, ni nada que se le pareciese, y sintió profundo pesar al ver, por los documentos que examinaba, el origen de la mayor parte de su fortuna. El aspecto que venía á ofrecer á sus ojos aquel sér á quien respetara tanto siempre, sumióle en hondo desconsuelo, del que salió, gracias á que hubo de formar al fin y al cabo el juicio que antes queda dicho.—No; D. José María no era un hombre vil, apropiador de lo ageno; era sencillamente un hombre tosco, con la honradez relativa de ciertas gentes, y desprovisto de algunas delicadezas y perfiles en esas cosas del dorado metal.

De todas maneras, no por eso dejó el marino de sentir levantarse en el fondo de su espíritu extraña serie de perplejidades y sombras. Salvaba las intenciones de su padre, haciase cargo de lo fácil que á éste había sido hacer uso de aquella moral tan acomodaticia, pero también veía el hecho en sí, escueto; buena parte de la fortuna del conde, hoy en sus manos, por medios legales, lícitos quizás, jamás admisibles para un hombre de sus principios.

¿Y qué solución existía? ¿Reintegrarla después de proclamar ante todo el mundo el incorrecto proceder de su padre, ó lo que es peor, dando á entender que éste había realizado actos más indignos aún, pues nadie comprendería los escrúpulos del joven? Y aun

ese reintegro era impracticable. Preciso sería que el conde, á su vez, entregase las sumas por que se le adquirieron las haciendas, ya que percibió hasta el último céntimo en su día. Pero ¿y si la venta se había hecho por menos valor de aquel debido? ¿Quién era capaz de apreciarlo después de las transformaciones en ellas realizadas? Y por otra parte, ¿quién aseguraba que al hacerse con ellas D. José María no entregó cumplidamente lo que valían sin prevalerse de su cargo de administrador para menospreciarlas? Había que creerlo así; al menos era su deber de hijo leal, so pena de no conceder á su padre ni aun aquella dosis de honradez relativa que nada diera derecho á arrebatarle. Sí; él no podía buenamente admitir otra cosa. Si hoy las fincas valían mucho más, debíase quizá, sobre todo, á las continuas labores y desvelos empleados en mejorarlas.

¿Y cómo ir al mismo conde y decirle:— Tome usted; mi padre hizo esto ó lo otro, y yo le reintegro á usted...?— ¡Imposible! Y aun podría hacerlo con su parte de herencia; pero de la de sus hermanas no estaba facultado para disponer. Sin embargo, ya veía el motivo de oponerse Villamuriel á su unión con Mercedes. Sí; el conde sospechaba que su ex-administrador se había aprovechado de su ruina para enriquecerse, y esto ni podía ni debía perdonarlo nunca. He aquí el secreto de su

frialdad con Lorenzo. Comprendíase perfectamente, y aun veía ya éste cerrarse así la puerta de su felicidad. Un muro infranqueable se alzaba entre Mercedes y él.

Pero casándose con ella ¿no era este el mejor medio de reintegrar lo que él en el fondo no podía precisarse si era bien ó mal adquirido, aunque nunca lo fuera delicadamente? Esta boda ¿no volvía á los Villamuriel, en parte, aquello que les perteneció en otro tiempo?

Sin embargo, el conde no aceptaría nunca tales componendas.

Y ni aun á él, Lorenzo Paredes, le era permitido proponérselo.

Todas estas ideas agitaban su espíritu; no podía aceptar nunca que Don José hubiera llegado al delito en su adquisición de la condal fortuna, y no dejaba por eso de comprender que jamás le admitiría Villamuriel por yerno. Y sin embargo, la redención del proceder no muy delicado de su padre, solo estaba, no en el reintegro, que suponía la posibilidad del delito, sino en un matrimonio que fundiese en un fondo común las haciendas perdidas por los derroches del señor y las adquisiciones realizadas por el que fué administrador suyo.

Pero no obstante, era imposible, dada la altivez del conde; altivez que también tenía Lorenzo, y que le impediría asimismo dar paso

alguno que pudiese venir en menoscabo de la honra paterna. Cualquier conato suyo en tal sentido pondría seguramente en tela de juicio esa honra, aunque no fuese más que á sus propios ojos.

Decidió, á pesar de todo, hacer un estudio más detenido aún de las cuentas y papeles de su padre, y si de ellas resultaba que en la venta y adquisición de las fincas hubo el menor perjuicio para el conde, ya encontraría medios indirectos de reintegrárselo. De todas maneras preciso le era renunciar á Mercedes.

II

Llegó en esto la vuelta forzosa á Madrid, y una vez en la Corte, recordó la obligación en que estaba de transmitir al conde las últimas palabras de D. José María. Así lo hizo, presentándose en su casa.

Villamuriel le recibió con su habitual cortesía, pareciendo, no obstante, emocionado. Escuchóle con atención, y hubo de responderle, después de las frases de duelo propias de la desgracia que afligía al joven:

—No sé yo que tuviera yo nada que perdonar á... Paredes... Más bien debía perdonarme él á mí, y mucho.

—Sin duda se refería á algún disgusto... sin importancia.

—No; sin importancia, no; nos enfada-

mos en cierta ocasión, y sin llegar á reñir ni mucho menos, mediaron entre nosotros palabras duras. Pero lo reconozco hoy, la razón estaba toda de su parte, y mi deber era darle mis excusas. Hoy se las doy á usted... Era muy bueno Paredes. Y la honradez personificada.

—Mi padre, siempre...

—Sí; siempre se acordó de mí... De seguro, y con razón, que mucho le había yo ofendido.

—¿Usted...?

—Yo, Lorenzo; yo... Cosas de la edad. Él me quería y me aconsejaba bien; yo fui un ingrato. Pero dejemos estos asuntos. Dice usted que pidió mi perdón antes de morir. Yo pido el suyo, y creo que me lo habrán concedido Dios, él, y usted.

—Señor conde, yo no tengo nada que perdonar á usted... Que agradecer si acaso.

—¿Usted qué sabe...?

—No creo...

—Bien; no hablemos de esto más. Basta con repetirle lo que he dicho antes. Si alguien había de perdonar, no era yo de seguro. Pueden todos creerlo. Y usted, Paredes, vea siempre en mí á su amigo mejor y más cariñoso.

Había en todo esto y en las demás frases que se cruzaron, mezcla tan extraña de sinceridad y reserva; se veía que el conde estaba á la vez tan afectado y tan violento, que no

pudo menos Lorenzo de notarlo, á pesar de lo que le absorbía su propia emoción.

Cuando pudo reflexionar tranquilo después de abandonar aquella morada, vino á fijarse desde luego, en que lo que resultaba más evidente era que las cuestiones habidas entre Villamuriel y D. José María no parecían ser motivadas por la administración de intereses, sino por otras causas de carácter más personal. A no ser que todo fuese un rasgo de delicadeza del noble señor, deseoso de mantener en el corazón del joven el más vivo respeto hacia el autor de sus días. De todas maneras, digno de agradecimiento era este proceder, que venía á abrir, por otra parte, una puerta á las esperanzas de Lorenzo.

Algún tiempo pasó, no obstante, después de esta visita, sin que Mercedes ni él se decidieran á tomar resolución alguna. Se veían poco, y aun eso, gracias á la oficiosidad de la marquesa, quien desde que averiguó aquellas particularidades nobiliarias del marino, convirtióse en decidida protectora de sus amores con la niña. Ésta, enterada de la conversación que con el conde tuvo Paredes á su llegada del pueblo, sintió renacer en su pecho la confianza, pues veía que entre su padre y el difunto, no existieron, como había llegado á creer, odios de ninguna especie. Verdad es que nunca hubo de perder del todo la esperanza; no era posible que el conde la quisiese

ver infeliz, y así se consideraría siempre al no poderse unir á aquel joven tan enamorado de ella y tan bueno y tan digno, que ni el propio Villamuriel, con oponerse á admitirle por yerno, podía encontrar tacha alguna que ponerle. Y segura estaba de que aquella obcecación llegaría á cesar, sobre todo desde que se convenció de que sólo tenía tan delezna- bles fundamentos. Sí; su padre se tendría que convencer, cediendo, á no dudar, en su resis- tencia. Todo era cuestión de buscar un medio de que su amor propio no apareciese lastima- do, ni su orgullo vencido. Había dicho que no, y decir ahora que sí, era sin duda humilla- ción para él. He aquí, según Mercedes, la verdadera razón de resistirse aun el conde á consentir el matrimonio.

El matrimonio, que estaba la joven con- vencida de que se había de efectuar, porque queriendo y todo muchísimo á su padre, dis- puesta á sacrificar por él la vida y el alma, no podía, no, por más que lo pretendiese, sa- crificarle aquel amor, el primero de su exis- tencia, y que ante los obstáculos iba, como es natural, acrecentándose. Para esto no tenía fuerzas; y aunque no llegase á ser de aquél á quien amaba, bien podía jurar que no que- rría jamás á otro. Así se lo había dicho á *él* muchas veces, después de decírselo ella á sí misma una tan sola. El amarle le parecía tan natural y lógico, que lo que extrañaba era no

haberle querido antes. Él era para ella y ella para él, porque sí, porque en alguna parte debía de estar escrito. Y que no le dieran vueltas, así tenía que ser.

Nunca, sin embargo, se presentó á su mente la idea de casarse sin el consentimiento paternal, á pesar de estar oyendo constantemente referir historias, ya de niñas que se escaparon con el novio, ya de otras que se hacían depositar, ya de las que esperaban á cumplir la edad necesaria para poder pasarse sin tal consentimiento. Pero ni la probabilidad de esto se le ocurría ni menos pensar sobre su conveniencia. ¿Para qué? Si su padre habría por fin de consentir en la felicidad que ella anhelaba. ¿Cómo? ¿Por qué medios se conseguiría esto? Ignorábalo aún, pero no que este era el fin seguro de todos sus actuales sufrimientos.

Por lo pronto aguardaba, sin hablar con el conde de la cuestión, mostrándose con él tan tierna y cariñosa como siempre, no por hipocresía, sino porque le salía de adentro ser así, y, sobre todo, ocultándole el dolor de su alma, más quizás esto último por un exceso de amor propio que no por otro motivo.

En esta fe sosteníanla tanto Angelita, que era su confidente, como la misma marquesa, quien ya hasta hubiese hablado á Villamuriel á no suplicarle Mercedes que no lo hiciera, segura de que esta oficiosa intervención extra-

ña había de molestar á aquél extraordinariamente, resultando antes perjudicial que benéfica.

III

Aunque el conde no la vigilase ni hubiese exigido que interrumpiese con Lorenzo las relaciones sociales á que obligaba la asistencia de entrambos á casa de la marquesa, procuraba Mercedes no producirle la menor contrariedad en esto, mostrándose en público un tanto reservada con el marino y comunicándose con él por medio de larguísimas cartas, llenas de ternura las de ella y de apasionada vehemencia las de él. Mas no bastó, sin embargo, esta reserva, para que las gentes dejasen de considerarlos como novios y aun cónyuges futuros, sin que nadie sospechara la oposición paternal, y sin que se les ocurriese, salvo á alguna que otra belleza desairada por Lorenzo, el criticar tal enlace, y menos aún entonces que ya se conocían por todos, los entronques de entrambas familias, con lo que cerraban la boca aun aquellos espíritus rancios, quisquillosos todavía en esas cosas de la sangre azul ó más ó menos colorada.

En cuanto á Villamuriel no dejaba de traerle algo receloso la aparente conformidad de su hija, aunque abrigaba la convicción de que al fin y al cabo sabría imponerse á ella, eso si

no se había impuesto ya. Entre tanto, procuraba con mil cariños y dulzuras hacerle menos sensible las contrariedades presentes.

No aparecía tan conforme Lorenzo, que deseaba abordar la cuestión de frente con el conde, viéndose contenido por la prudencia de Mercedes, quien había logrado que el joven esperase también, á pesar del escozor que sentía en lo más íntimo de su conciencia al recordar lo que creyó descubrir en las cuentas de D. José María. En pensando sobre esto llegaba á veces á desesperarse y aun á formar el proyecto de entregar al conde, no sólo su fortuna propia, sino la de sus hermanas; pero la reflexión venía después, haciéndole comprender cuánto comprometía así el nombre de su padre, y eso cuando ni aun la seguridad tenía de que éste hubiese adquirido mal aquellos bienes.

Verdad es que podía efectuar el reintegro ocultamente; pero eso era de todos modos confirmarse él á sí propio en sus sospechas sobre la probidad del que le dió el sér. Y algo de odioso había en ello, sobre todo no teniendo más pruebas que las conocidas hasta entonces. Además; no era fácil que el conde aceptara lo que no supiese de dónde y por qué venía. Así es que no pudo conseguir Lorenzo, aunque quisiera, abandonarse del todo á las esperanzas halagüeñas de Mercedes.

Esta situación, como se comprende, no po-

día durar, y fuerza era que se aproximase á no lejano término que tal vez fuese anticipado por algún suceso imprevisto. El luto que guardaba el joven, apartándole un tanto de Mercedes, permitía también estos aplazamientos. Ese mismo luto de Lorenzo hubiéralo querido guardar ella, no asistiendo á teatros y diversiones, pero no tenía más remedio que seguir sus hábitos de siempre, so pena de aumentar los recelos y contrariedad del conde.

En esto llegó el verano y con él ocasión para alejarse de Madrid. No quería ni le era posible á Villamuriel hacerlo tal cual á él le gustaba, viajando por el extranjero como otras veces, y el caserón de sus mayores en Andalucía no ofrecía grandes atractivos en el rigor de la canícula; así es que decidió ir antes á uno de los deliciosos puertos de la costa gallega, lo que le facilitaba el tomar de paso las aguas de Mondáriz que le habían sido aconsejadas. Y no debían de sentarle mal á la joven los aires del mar, que algo desmejorada y débil mostrábase por aquellos días.

A mediados de Julio marcharon, y ya á principios de Octubre volvía á ver Mercedes el semi-palacio aquel de sus mayores, el pueblo alegre que lo rodeaba y el valle de olorosos naranjos lleno, entre laderas que cubren ricos viñedos y olivares; todo al pie de asperísima sierra y envuelto en cálida atmósfera bañada de titileos de luz y olea-

das de vida en los ardientes mediodías y de frescos y fragantísimos aromas en las noches apacibles.

Triste en uno y otro sitio fué la vida de Mercedes, á quien sólo consolaban las cartas de Lorenzo, que á sus manos venían por conducto de la doncella Ramona, á quien desde Madrid se las dirigía el marino.

A pesar de esta tristeza, por no contrariar más á su padre, asistía la pobre á todas las fiestas á que las hijas de doña Rosario, hoy garridas señorituelas de pueblo, la llevaban, así como á los convites de algunos otros señorones de las cercanías, para quien, arruinado y todo, era el conde digno de los mayores respetos.

Así pasaron el estío y el otoño, regresando á Madrid, triste y mohino Villamuriel, y más delgada y triste aún su hija, que ambos, antes que olvidar, habían ido como incubando sus dolores en aquellas semi-soledades del veraneo.

Y ya muy avanzado Noviembre fué cuando volvieron á instalarse en su casita de la calle de Fuencarral.



CAPÍTULO X

I

Mal hizo la de Castelmadria en querer reducir á su amigo Villamuriel á la razón en lo del casamiento de Mercedes. No le valió su diplomacia, que el conde, sin apartarse una línea de lo que las leyes de la cortesía ordenan, supo hacerle comprender lo importuno de sus oficiosidades. Y lo peor, después de esto, fué que como la excelente señora, ya que no otros defectos, tenía el de charlarlo todo, hubo ya bastante para que Madrid entero supiera que el conde de Villamuriel no quería por yerno á García de Paredes.

Y lo que son las cosas; aun aquellos más exigentes en ciertas cuestiones, le censuraban, puesto que en su situación actual no tenía derecho el pobre señor á andarse con remilgos en eso de casar á su niña. A manías de viejo y, sobre todo, á egoismos de viudo

con hija única, era á lo que acababan por atribuir todos tan pertinaz resistencia.

Entonces, al ver el nublado que se le venía encima; al hacerse cargo de que todo el mundo estaba en contra suya; al considerar que en el corazón de Mercedes no se había apagado el fuego, sino que, por el contrario, ardía con más viveza; al sentir en el aire vientos de una como conjuración de todos para vencer y domeñar su resolución inquebrantable, creyóse ya en el caso de obrar con energía, imponiendo su voluntad.

Bien conocía que por fuerza el corazón de su hija adorada iba á sufrir nuevos y dolorosos tormentos en aquella lucha, y bien sabe Dios que hasta la última gota de su sangre hubiera dado por evitarlos, sufriéndolos él; pero ¡ay! que sin dejar de sentir agonía mortal en el alma, no le era posible mostrarse flexible y transigente, so pena de caer todos en aquellos abismos que no quería ni aun recordar, tales como á su vista se presentaban.

Así es que decidió apartar á su hija de Lorenzo. Empezó por dejar de llevarla á casa de la marquesa, y abandonando su tresillo de cada tarde, convirtióse en el escudero de la joven, la cual callaba y sufría, sin parecer darse por entendida de esta especie de custodia y vigilancia sempiterna.

Pensó en gestionar el destino de Paredes á

la Escuadra de instrucción ó á un apostadero, mas para ello tenía que justificar el motivo de su pretensión ante aquellos que en el asunto intervinieran; y esto le repugnaba además, pareciéndole indigno y algo así como recurso de mal género. Era también imposible hablar directamente con el joven, pues éste no daba lugar con ningún acto suyo á que se le pudiese interpelar por sus asiduidades hacia Mercedes.

Forzosa, sin embargo, era la separación proyectada, y para conseguirla no había otro remedio que viajar. No se avenía bien el estado del peculio condal á estos extraordinarios, pero limitándose á hacer el viaje con modestia y con el propósito de compensar después el déficit que ahora resultase, por medio de prudentes economías; sujetándose á esto, bien podía dar una vuelta por el mediodía de Francia, Suiza é Italia. Todo era preferible á continuar en aquel estado.

Marchó, pues, Mercedes, tan seria, tan triste, pero tan dulce y cariñosa como siempre, comprendiendo de sobra el objeto de aquel viaje intempestivo, y sonriéndose para sí misma al considerar lo infructuoso que había de ser, puesto que ni distancias ni emociones podían amenguar en ella el cariño firme que á su Lorenzo profesaba.

Este fué el que quedó como desconcertado. Parecióle que al arrancar á Mercedes de Ma-

drid arrancábanle á él el alma. Aquella partida era la separación eterna, sí; que no la volvería á ver; y no porque nada le impidiese marchar tras ella ó á buscarla cualquier día, sino porque revelaba el firme propósito del conde de no ceder jamás en sus negativas imperiosas.

No habían cesado, á todo esto, de escribirse ambos jóvenes, acudiendo á esos mil menudos é ingeniosos expedientes del amor para enviarse sus cartas, iguales siempre, sino en palabras, en conceptos, y reducidas á decirse en todos los tonos y metros posibles que se amaban muchísimo, que no se olvidarían jamás y que en breve era de suponer que tuviesen término feliz sus afanes.

Pero no obstante, iba Mercedes adelgazando cada día más; los pliegues de su sonrisa confundíanse con el que en los rostros jóvenes imprime el dolor físico; sus ojos lucían más entre el círculo azul que los rodeaba, y su talle, al hacerse más ligero, si algo ganó en elegancia, á ser esto posible, perdíalo, sin duda, en plasticidad y belleza. Los aires puros de Suiza y el templado clima de Italia antes bien parecieron nocivos á su salud, que empeoraba á ojos vistos, á pesar de cuanto hacía para disimularlo. Y mucho que comprendía el conde las causas de ello y bien peuaba, habiendo instantes en que su corazón, siempre bien templado, parecía que

se iba á romper ante la violencia del dolor. También disimulaba por su parte.

Tres ó cuatro meses transcurrieron así, hasta que haciéndose el gasto ya insostenible para el conde, decidió éste regresar á España. Sin embargo, no quiso dirigirse á Madrid, sino á la mansión de sus antepasados en aquel lugarón de Villacarcelares.

En él vivían, tranquilos al parecer, encontrando Mercedes más distracción quizá en la cariñosa amistad de sus antiguas amiguitas las hijas del administrador que en este pueblo tuvo el conde, que no en el bullicio de Nápoles y Florencia y en las grandiosidades de Roma. Casi no se había dado cuenta del primero, ni fijádose en las segundas, que cuando una mujer está enamorada, todo el arte y la belleza del universo ceden en ella ante la única imágen que ocupa su alma; la del hombre á quien consagró su cariño.

Nada turbó esta apacible existencia, apacible en la superficie, pues la tempestad se desataba en el fondo, hasta que, apremiada la joven por una carta de Lorenzo, planteó de nuevo el problema ante su padre, encontrando en él la misma resistencia de siempre y al propio tiempo las mismas nebulosidades. Fué esta una sacudida tan terrible para ella que le costó guardar cama durante algunos días, levantándose después más débil y demacrada que nunca.

Al verla así el anciano se desesperaba. Encerrábase en su cuarto y allí permanecía horas enteras entregado á meditaciones de las que salía con los ojos enrojecidos y la faz descompuesta, acabando por lanzarse al campo en son de caza con escopeta y perro, á buscar en las peñascosas asperezas de la inmediata serranía aire para sus comprimidos pulmones y paz á su espíritu entre aquellas abruptas soledades.

Y á todo esto veía acercarse el fin; sentíalo venir, sin darse cuenta de cómo ni por dónde; aires de muerte flotaban en la atmósfera, fríos como el hielo, y no miraba una vez á su hija sin llenársele de lágrimas los ojos.

II

Y cuanto ocurría, hubo de llegar á noticia de la marquesa y de Lorenzo por conducto de cierto amigo que vió al conde y á su hija en Marsella, y por otros que los encontraron en Málaga, cuando ya se dirigían al pueblo. También la doncella de Mercedes al escribir á un criado de la Castelmadría, medio novio suyo, dábale pormenores sobre la salud de su señorita, que subían luego desde la antesala al *boudoir*, corregidos y aumentados, siendo ya evidente para todos que Villa-

muriel estaba matando á la joven con sus excentricidades y rigores.

Lorenzo, como es natural, aparecía más contrariado que nadie, y llegaba ya á idear planes á cual más descabellados, de los que el más sencillo consistía en presentarse de improviso en Villacarcelares, y quisiera ó no quisiera ella, robar á Mercedes, aunque hubiese de luchar contra todos los padres y criados del universo. Explicábase ahora perfectamente todas las hazañas de los héroes del romanticismo, sintiéndose con exceso capaz de imitarlos. Es más; hasta hubiera deseado vivir en la época en que se escapaban las doncellas con su galán por una escala de seda, concluyendo todas estas historias en recia función de cintarazos entre el audaz raptador y los padres, hermanos y sirvientes de la robada beldad.

Y el rum rum fué creciendo, preocupándose de ello cada día más las gentes que conocían al conde, y llegando durante algunos días el asunto á ser el que privara en el salón de la marquesa. Por aquel entonces fué á pasar unos días á Madrid el hermano segundo del conde; aquel de que se habló en los comienzos de este relato. Por la Castelmadría se enteró de lo que venía ocurriendo á su sobrina, y, como todo el mundo, dióla contra las rarezas de su hermano mayor. Sí; porque rareza y grande era eso de no consentir hoy

que su hija se casase con tan excelente muchacho como Lorenzo, que no tenía tacha alguna, y aun era de buena alcurnia, mientras él había hecho una boda tan desigual á disgusto de toda la familia. Y con la circunstancia agravante de que entonces, dada su posición, debía y podía procurar más por el lustre de la casa, mientras que hoy, arruinado ya por su mala cabeza, tenía que dar gracias á Dios de que se presentase aquel partido.

Conocía Carlos Villamuriel á Lorenzo y más aún al difunto D. José María, con el que tuvo negocios en alguna ocasión y anduvo en compras y ventas de ganados y cereales, y no ignoraba los lazos que unían á entrambas familias. Así es que desde el primer instante, y aunque no fuera más que por contradecir al primogénito de los Villamurieleles, á quien siempre, sin dejar de profesar cariño leal, juzgó como carácter ligero y atolondrado, hizose desde luego campeón de la causa de los dos jóvenes. Y hasta se ofreció á apoyar las pretensiones del marino en lo que estuviera de su mano.

Así se hallaban las cosas, cuando Lorenzo, deseando llegar á situación más clara, y obtener, aunque no fuera más que una negativa rotunda, pero que le permitiera obrar con entera libertad en lo sucesivo, se decidió á dar el gran paso; esto es, á pedir al conde de Villamuriel la mano de su hija.

Como mayor de edad, podía haberla pedido él en persona; pero, en parte, por suavizar un tanto la aspereza de la petición, y más por conformidad con ciertos usos sociales, juzgó preferible que fuese su tío Ramón, en quien había venido á parar la jefatura de la familia, el que escribiese á Villamuriel una carta, manifestando las pretensiones del sobrino.

A Mercedes enteró de todo, y aunque la infeliz no confiaba mucho en los resultados de estas gestiones, hubo, no obstante, un momento en que llegó á entrever la posibilidad de que ante una pretensión oficial cediese algún tanto la testarudez de su padre. Pero no fué así. Este, sin siquiera darle á conocer á ella que había recibido la tal carta, contestó al tío de Paredes con una muy atenta, pero formal, negativa. La poca edad de Mercedes, era el principal argumento en que la fundaba, todo entre vaguedades y fórmulas corteses que venían como á suplir la escasez de sólidas razones.

Desde entonces ya no quedó la menor duda en el ánimo de Lorenzo y se decidió á obrar, pero para ello fuerza era que plantease ante su amada la cuestión sin ambajes, dependiendo todo del cariño que ella le tuviese. Si llegaba á tal extremo que era vencido el amor filial, Mercedes, aun habiendo de dejar pasar el tiempo necesario, se casaría con él, y por supuesto, sin acudir á raptos ni otras resolu-

ciones violentas, á menos que las circunstancias llegasen á hacerlo absolutamente precisas. Dentro de la ley existían medios de que no prevaleciese la injusta tenacidad del conde. Y éste, á buen seguro, que perdonaría después. Ella era hija única, y no habiendo, como no había, en el fondo, razón alguna de peso para la resistencia presente, y convencido como estaba Villamuriel de que Paredes era digno y honrado, según á éste último le confesara Mercedes, podía darse por cierto el perdón *á posteriori*. Y esta misma seguridad había de ser lo que sin duda decidiera á la joven á confiar por completo en Lorenzo y á consentir en lo que el joven acordase.

En este juicio no iba muy descaminado; Mercedes, aunque tanto respetaba á su padre, y aunque sólo haciendo un violentísimo esfuerzo podía llegar, si llegaba, á casarse contra la voluntad paterna, tenía (pues alguna vez previó quizás, á pesar suyo, esta contingencia) la seguridad de que, sin embargo de los fieros y rigores actuales, aquel bondadoso corazón perdonaría siempre.

Y á todo esto, de día en día adelgazaba más, consumida por fiebre amorosa, pero reservada siempre, amable y bondadosísima con todos y en particular con su padre.

III

Así la vió su tío D. Carlos, cuando de allí á un par de semanas se presentó en la casa de la familia á visitar al conde. Obligado á cruzar por Málaga por ciertos asuntos, natural era que aprovechase la proximidad para dar un apretón á su hermano y aun pasar una temporada con él. He aquí, según dijo, lo que le conducía allí.

Y verdad le pareció cuanto le refirieron de Mercedes. Desde seis años atrás que no la viera, y encontrábase hoy mujer á la que conoció de niña, pero entonces brillaba en su rostro la salud y el contento, que hoy cambiados aparecían en melancólica expresión. Estaba visto; el conde se había propuesto matar á su hija, y él, su hermano, debía hacer algo para impedirlo, siquiera por salvar la responsabilidad moral que, como miembro de la familia, pudiera corresponderle.

Difícil era, no obstante, la empresa, por el carácter quisquilloso del Villamuriel mayor, quien de seguro se amoscaría al ver que alguien trataba de inmiscuirse en sus asuntos, por allegado que fuese.

Durante algunos días anduvo D. Carlos dando vueltas á la cosa sin atreverse á abor-

darla con decisión. Todo se reducía á indirectas; á llamar la atención de su hermano Rafael sobre la salud de Mercedes; á aconsejarle que la vieran médicos; á hablar de las enfermedades de las jóvenes, llegando hasta á referirse cierto día á las pasiones de ánimo, á los males de amor, rarísimos hoy quizá, pero de los que existen ejemplares.

El conde se limitaba á contestar vagamente y á fruncir más aún el ceño. Todo cuanto su hermano decía le mortificaba sobremanera, y aun sin saber por qué, llegó á vislumbrar algo así como un peligro por esta parte, con lo cual se puso aun más fosco, pues perdido había ya aquella ingénita dulzura que conservara siempre hasta entonces, aun en medio de sus rabietas y disgustos.

Por fin, un día se lanzó D. Carlos á la empresa. Mercedes se había visto obligada á permanecer en el lecho por causa de una neuralgia violentísima, y el conde, más que sañudo, parecía consternado. Era este quizá el momento propicio.

—No, Rafael, no; así es imposible que continúe tu hija; la has sacado de Madrid, tú sabrás por qué, y después de pasearla por media Europa la encierras aquí, donde en vez de distraerla sólo se te ocurre irte de casa y dejarla en este caserón destartalado. ¿Qué te propones con eso?

—Te lo he dicho ya—replicaba Villamu-

muriel.—A ella y á mí se nos ha hecho insupportable la vida de la corte; hemos viajado un par de meses y ahora, á descansar. Ya veo que la pobre está delicada, y dime si yo, que no tengo más adoración que ella, lo sentiré ó no; pero por lo mismo creo que estos aires puros, esta suave temperatura le sentarán mejor que el clima crudísimo de Madrid. Se queda en casa durante algunos ratos, pero es porque se empeña en que yo me vaya á cazar, y nunca esta sola, sino con sus amigas las chicas de doña Rosario que tanto la quieren. No la conoces bien; esos son sus gustos, sencillos cual convienen á nuestra posición actual.

—Y si eso es así, si tan á placer os encontráis aquí, ¿por qué tal ambiente de tristeza en esta casa?

—¡Carlos...!

—No lo niegues; ella y tú estáis tristes; no se necesita ser muy lince para conocerlo.

—¿Y aunque así fuera...?

—Es verdad; nada me incumbe; pero creía yo que, como hermano tuyo, aunque menor, tendría algún derecho á tu confianza.

—Y los tienes todos; ¿pero qué te he de confiar?

—El motivo de vuestro pesar mal oculto, la causa de la enfermedad de tu hija y la de tu preocupación evidente.

—¿Te empeñas en ver todo eso...?

—Empéñome, porque se presenta ante mis ojos.

Y mira; no creo que sea de tal índole todo ello, que ni mis oídos fraternales puedan escucharlo.

—¿Qué dices?

—Nada; una tontería es lo que he dicho; no, ya sé que nada hay que debas ocultarme. Lo que ocurre lo sé tan bien como tú.

—¿Tú? ¿Tú sabes...?

—Sí; que Mercedes quiere á un buen muchacho, á Lorenzo Paredes; y que tú te opones á sus amores.

—¿Quién te ha dicho...?

—Todo Madrid, que no se explica las razones de esta oposición tuya.

—Es natural... ¿Y tú tampoco...?

—Yo menos. A no ser que sea lo que aseguran por ahí.

—¿Lo que aseguran...! ¿Pero qué derecho tienen todas esas gentes para ocuparse de los asuntos de mi familia?

—¿Derecho? el que ellos se toman. Así es el mundo; acéptalo, pues.

—No; no lo aceptaré nunca... Pero vamos; en resumen, ¿qué es lo que aseguran?

—Que no aceptas por yerno á Paredes, por la diferencia de clases.

—Y qué, ¿no es cierto?

—No tanto. En primer lugar, el chico tiene una carrera brillante y una reputación.

- Bien, ¿y qué?
- Es bueno y honrado.
- Perfectamente.
- Posee una fortuna regular.
- Lo sé...
- Entonces, ¿qué defecto le encuentras?
- Uno sólo, y te lo voy á confesar, no podrás quejarte; la posición de su padre en nuestra casa.
- ¿El haber sido administrador en ella?
- Justo.
- ¡Estás loco! sabes de sobra que Paredes, más que un servidor retribuido, era un igual á nosotros. No creo que ignores cómo su padre entró en casa del nuestro.
- Sin embargo, las gentes no conocen esa historia y me criticarían.
- Lo que te censuran es tu injustificada resistencia.
- ¿Quién la censura?
- Todo el mundo; cuantos hablan de tí.
- Y á ellos ¿qué les importa lo que yo haga? ¿Quién les autoriza para inmiscuirse en mis asuntos privados?
- Nadie; pero esa es la sociedad...
- Sociedad que desprecio.
- Si la despreciaras, no te opondrías á la felicidad de tu hija. ¿Sabes lo que dicen todos?
- ¿Qué dicen?
- Que la estás matando.

—¡Yo!—y el rostro del conde mostraba expresión dolorosa, hasta que reponiéndose continuó...—¡Es fuerte cosa que hasta el último rincón del mundo hayan de venir las gentes á fiscalizar nuestros actos...! ¡Ay! Carlos, no puedes, no puedes figurarte lo que daría por conseguir salvar todos los obstáculos que existen. Es más; voy á serte franco, mi mayor felicidad, por la que daría la vida entera, sería poder consentir en... ¡Decir que yo mato á mi hija! ¡Yo que la adoro; que no vivo más que para ella! ¡Y cuando soy yo el que se muere!

—No te comprendo...

—Y si yo... ¡Oh! sí, debo decirtelo todo; tú eres mi hermano... me aconsejarás... Pero ¿qué consejo puedes darme? ¿Qué me han de decir que no me haya dicho yo mil veces...?

—Tú siempre con tus excentricidades...

—Sí; excentricidades llamáis á seguir sin torcerse el camino recto.

—Pues; el camino recto que lleva al precipicio.

—Es verdad; pero se despeña uno con honra.

—Honra que se puede conservar sin caer.

—¿Lo dices por tí?

—Por mí lo digo... que hasta ahora...

—¡Ah! sí; hasta ahora has sabido conservar tu fortuna, aumentarla; mientras que yo...

—Conste que no te censuro...

—¿Y qué, si me censuraras?

—Quizá no me faltase motivo...

—Pero sí autoridad...

—O no; que no la dan sólo los años sino...

—¿El qué?

—Nada...

—No; termina; dílo claro; la formalidad, el dinero... Tú eres rico, yo pobre; tienes autoridad para juzgarme y reprenderme, aunque sea tu hermano mayor. Es verdad, se me había olvidado...

—No lo tomes así...

—Sí; y por eso vienes aquí á fiscalizar mis actos, ejerciendo de jefe de la familia; á intervenir en las interioridades de mi casa. ¡Es claro! este viejo loco, esta mala cabeza ya no sabe dirigirla.

—¡Rafael...!

—Pues no; no será. ¿Y yo iba á darte explicaciones? ¿Y yo quería justificarme ante tí? Eso fuera admitir la posibilidad de que mis acciones necesitan ser justificadas. No; ¡te digo que no!

—Yo no te he pedido que me expliques nada.

Vine á verte; me enteré por las gentes y por tí mismo de tus disgustos domésticos y no he querido gobernar tú casa, sino darte un consejo de hermano, de amigo. ¡No lo tomas,

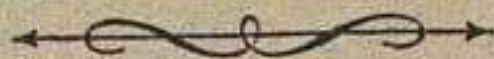
y te ofendes y te subes á la parra? Peor para tí. En tu hija mandas; puedes hacer lo que mejor te parezca.

—¡Ya lo creo que puedo!

—¡La culpa la tengo yo...! No pases cuidado; no volveré á mortificarte.

Y tras dos ó tres conceptos más agrios que dulces, quedó así esta cuestión, sin justificar el conde su conducta á los ojos de Carlos, todo por culpa del carácter susceptible de aquél y del giro que tomó lo que, empezando por conversación amigable, casi vino á degenerar en altercado violento.

Al día siguiente emprendía su viaje de regreso el menor de los Villamurieleles, renegando en su interior del inaguantable genio de su hermano, quien después de arruinarse locamente, hoy no consentía ni aun recibir consejos de los que le querían bien y se interesaban en sus asuntos. Y perfectamente empleado le estaba aquel sofión recibido, por meterse á sus años á componedor oficioso de semejantes cuestiones.



CAPÍTULO XI

I

¡Maldita soberbia y maldito genio aquel suyo que le había privado de aconsejarse con quien, sino era una inteligencia y un juicio de primer orden, poseía el suficiente y, sobre todo, el desapasionamiento necesario para discurrir con serenidad completa! Pero ¿qué se le había de hacer? Ya no tenía remedio.

Y, además, ¡sobrevener el altercado en los instantes mismos en que iba á confesárselo todo; á desahogar su pecho de aquella conturbación que le oprimía! cuando volviendo la vista treinta años atrás, y sumergiéndose en el mar de recuerdos agradables y tristes que llenaba aquel transcurso de tiempo, podía reconstruir el cuadro de su juventud borrascosa y en él los días de agitación en que tuvo origen la causa de sus actuales penas.

De haber podido hablar, hubiérale contado cómo allá por la época en que le ofreciera la vida mayores atractivos; cuando todo le sonreía y lleno de juventud y de vigor era el hombre de mundo, alegre, derrochador y enamorado, había ido, en busca de fondos, á dar un vistazo á sus dehesas y olivares en el pueblo donde uno de sus administradores, cierto D. José María Paredes, residía. Y cómo bajo aquel cielo esplendoroso y en aquellas andaluzas noches de otoño plácidas y ardientes aún, pudo brotar criminal pasión en el pecho de una mujer, buena, honrada hasta entonces, bellísima siempre, impresionable y soñadora, con más sentidos que corazón y más corazón que juicio, sometida al influjo del joven guapo, aristócrata, galanteador, con los prestigios del nombre, de la posición social y del carácter de dueño y señor en que aún se conservaban dejes de pasados feudalismos. Y tras el irresistible amor mal disimulado, la caída inevitable, en que la soledad y la combinación de las circunstancias hacen oficios de terceras complacientes.

Ella, apasionada y loca; él, dejándose mecer entre los brazos de aquella hermosísima morena; un sueño; un idilio sin dulzura; pero con explosiones de pasión y ternezas y deliquios, que aún, al ser recordados, producíanle nerviosos estremecimientos y le ha-

cían cerrar los ojos como para reproducirlos mejor en la memoria y saborear ese recuerdo. Todo, todo se lo hubiera contado; no para disculparse, que no había de qué, ni era preciso, hablando de hombre á hombre, sino para explicarle mejor lo que hoy le sucedía; y, sobre todo, porque en los momentos presentes sentía verdadera necesidad de traducir su pensamiento en palabras, y dándole formas concretas, sacarlo de su cerebro, haciéndolo gravitar sobre otro sér que á soporarlo le ayudase, razón y motivo este de la sed de confianza propia de cuantos sufren semejantes penas del espíritu.

Y era que á sus ojos, con fidelidad clarísima, como si fuese ayer, iba reproduciéndose la memoria de todo aquello.—Sí; llegó á casa de Paredes, obsequiado hasta con mimo por todos; su picardía de conquistador impenitente hizole conocer bien pronto la impresión causada en ella, y con su natural irreflexivo, lanzóse á su conquista como á la de tantas otras, sin más pensamiento ulterior que el de querer y ser querido. Y lo alcanzó bien presto, desde que sus ojos penetrantes y atrevidos se fijaron en aquellos otros negros y cariñosos, llevando la perturbación á un espíritu débil y poco experto en esas luchas; nacido y criado, sino en absoluta ignorancia del pecar, en esa inocencia relativa del propio corazón y del ajeno que suele conser-

vase en la vida uniforme de los hogares honrados y tranquilos.

Después, todos aquellos sobresaltos y temores de ella, entre la audaz despreocupación de él; el ser que á la vida llegaba y que para ella, en su ilusión de amante apasionada, había de constituir, con su inocente existencia, el lazo estrechísimo que eternizase aquellos amores, todo lo criminales que se quisiese, pero tan dulces, tan ricos en ternuras y arrobamientos, que por la cuesta del mal la despeñaban. Sí, Dolores no tenía duda; misteriosa voz se lo dijo desde el primer instante, y á más, cuando tiempo después miraba á Lorenzo en sus delirantes caricias, puras siempre para los otros pedazos de su corazón, y entre los besos con que devoraba al niño, corrían por su sér todo vagas voluptuosidades mal extinguidas, y ásperos, pero embriagadores, estremecimientos. Que era á sus ojos el ángel aquél, imagen del que la trastornó el sentido, y sangre y carne de él fundidas en el molde de su criminal, pero no apagada, pasión.

Así se lo dijo siempre al conde; por más que al interrogarla éste sobre la tranquilidad de espíritu de Paredes, su esposo, encendidísimo rubor sintiese ella asomar á las mejillas, y suprema mirada de protesta y de pasión fuese su única réplica. Y si esto bastó para que el amante se tranquilizara, fué sufi-

ciente también para que en su carácter bueno, pero superficial, no causase impresión muy honda la idea algo oscura de aquella problemática paternidad.—Y eso que ella hubiera jurado... Es decir, jurado no... lo sentía; se lo decía el corazón, pero... (y también se ruborizaba al pensar en esto, aunque estuviese sola consigo misma); pero...—las lágrimas encargábanse de concluir su pensamiento, mientras maldecía de sí propia y de su suerte, contemplando el rostro bondadoso y confiadísimo del buen Paredes. Hubiera preferido morir.

Discurrieron así cerca de dos años, en los que las visitas de Villamuriel á sus haciendas fueron más frecuentes que de costumbre, aunque á intervalos cada vez mayores, hasta que, arrastrado por el torbellino de la vida, nuevas pasiones vinieron á desvanecer aquella en su movible corazón de joven, borrándose poco á poco de su memoria la de aquellos días de apasionada locura.

Y siguió pasando el tiempo, y la fortuna y la juventud de Rafael transformándose en ruina y madurez, mientras Dolores, algunos años más adelante, dejaba este mundo, conservando siempre, entre arrepentida y amante aún, la impresión del único hombre que alteró su igual y tranquila existencia al lado de un marido afable, pero vulgar, y entre su monótona abundancia, próxima ya á la riqueza.

Sólo habían perturbado esta tranquilidad algo así como unos celos póstumos por parte de D. José María Paredes; ciertas hablillas, ciertos rumores que allá, cuando la ruína de Villamuriel se iba completando, llegaran á sus oídos, y produjeran en él, sino suspicacias sobre la conducta de Dolores, por lo menos recelo acerca de las intenciones de aquél. Y esto vino á aumentar la tensión de su ánimo en aquellos momentos difíciles de liquidación ruinosa. Si agriaron las relaciones; surgieron las desconfianzas y tras ellas los conceptos irritantes y las frases duras, aunque sin llegar á la violencia, que antes se alejaron del todo para el resto de la vida, el propietario y el administrador, sin volver á saber más el uno del otro.

II

Y así seguían, cuando Lorenzo pudo en Madrid conocer al conde, y éste era el único motivo que D. José tenía para no aprobar los amores de Lorenzo. No odiaba á Villamuriel, pero le consideró como un ingrato; algo rojo enturbiaba su vista al recordar sus sospechas, y se sentía profundamente herido en su amor propio por la conducta de aquél á quien en el fondo profesara siempre respetuosa adhesión y afecto. Pero nunca llegó á sospechar en el delito y menos por parte de la difunta, cuya

bendita memoria hubiese creído ofender así.

En cuanto al conde, á decir verdad, pronto confundió en su memoria la imagen de Dolores con la de las otras mil mujeres, de alta ó baja condición, que componían la historia amorosa de su vida, si bien ocupando en ella lugar muy preferente. A veces también pensaba en aquel niño, cuyo nombre casi no podía recordar, y más que ternura ni nada que se le pareciese, acometíale extraño sentimiento de curiosidad é interés que terminaba siempre con una sonrisa de duda.

En efecto; por sinceras que fuesen las manifestaciones de ella, ¿qué fundamento tenían? Mucho perteneciente á lo ideal, á los sueños de un corazón apasionado: nada concreto, nada real y efectivo. Por el contrario, el aspecto de satisfacción y tranquilidad; la presuntuosa confianza del bueno y vigoroso Paredes, cuyo cariño á su mujer no pareció sufrir nunca el menor paréntesis, todo le hacía á Rafael no conceder á cuanto ella le pudo asegurar, con más pasión que certeza, otro valor que el de una presunción algo verosímil.

Y deslizándose los años uno tras otro, más de prisa de lo que él quisiera, momento vino en que sólo á ráfagas muy breves y muy separadas entre sí, se le presentó á la memoria aquel agradable episodio de su existencia. Es más; hasta que en los periódicos vió el nombre de Lorenzo Paredes, reproducido por lo

de Guinea, no supo la dirección que había tomado aquel chiquitín, al que sólo tuvo lugar de ver algunas veces.

Entonces, sí; entonces experimento impresión grátísima, sintiendo á su corazón latir más fuerte y que se humedecían sus ojos; sí; los vagos presentimientos del enamorado corazón de Dolores podían ser realidad pura: al fin y al cabo Villamuriel sentía y pensaba, como era natural, en noble, y aquel acto heroico de Lorenzo propio era para confirmar sus aristocráticos prejuicios.

No creyó nunca, sin embargo, que vería ante sus ojos al joven aquél, ni aun al saber su llegada á Madrid. Era difícil que las circunstancias de la vida los pusieran frente á frente. Por eso, cuando se lo presentaron en el palco de la Castelmadría, sintió verdadera sorpresa y una emoción que le fué casi imposible disimular. Después, en las visitas que el joven le hizo y en las demás ocasiones en que tuvieron ocasión de verse y hablarse, pudo ir apreciándolo bien, dejándose arrastrar por un cariñoso y natural movimiento de simpatía. Si Lorenzo no era hijo de Villamuriel, merecía serlo: en esto se condensaba su juicio sobre el simpático joven.

Preocupado, no obstante, el conde, con otras ideas, entre las que sobresalía todo lo referente á su actual situación, no pudo, ni quizá su egoismo de viejo se lo permitiera,

conceder á Lorenzo más que atención relativa. Acordábase á veces de él; lo miraba con expresión cariñosa; tratábalo con afabilidad, pero todo ello contenido por lo anómalo y violento de su sospechosa situación. Esto era lo que le hacía sentirse en su presencia desconcertado. Al fijarse en su rostro creía ver el de Dolores, que era á quien más se parecía, sin nada en él que recordase el de Paredes, ni menos el del propio Villamuriel.

Pero lo que menos pudo ocurrírsele nunca fué que Mercedes y el marino llegaran á quererse. ¿Por qué? ¿Qué dificultad había en ello? Ninguna, sencillamente, que no se le ocurrió; porque no, por una de esas razones que sólo hallan explicación en las profundidades del pensamiento humano. Es más; ni aun en las miradas de Lorenzo á la niña se fijó nunca. Y es que los hombres no son como las mujeres en esto de observar dónde y cómo miran las personas que tienen al lado. Aquellas no dejan de cojer al vuelo las miradas y telégrafos amorosos de cuantos las rodean, y tal vez algún marido suspicaz alcance lo mismo, aunque con el riesgo de dar una en el clavo y ciento en la herradura; pero los hombres, los sujetos formales, como Villamuriel, rara vez se dedican á ejercer de reparones.

Como á él le agradaba mucho Lorenzo, se complacía en su trato, aunque con las reservas originadas por su presumida paternidad,

y pareciale la cosa más natural del mundo que á todos agradase el joven y se complaciesen en contemplar aquel rostro juvenil y franco, curtido por las brisas africanas.

En esto llegó lo que había de producir en la vida del conde nueva y mayor explosión de tristezas y dolores, haciéndole considerar como pequeñeces cuantas desgracias le afligieran hasta aquel día. Por terribles amarguras pasó su espíritu; adoraba á Mercedes; creía á Lorenzo digno en absoluto de ser amado; ¿cómo no juzgar merecedor del nombre de hijo al que quizá lo era? Pero ante la eventualidad de lo que allí podía ocurrir, suprema angustia le acongojaba; las ideas más contradictorias bullían en su cerebro, y momentos hubo en que temió dar en la locura.

¡Casarse ambos jóvenes! Imposible; sin ser beato Villamuriel, su espíritu, profundamente religioso, se sublevaba ante esa posibilidad. Era preferible cualquier cosa; hasta que muriesen todos, antes que ojos humanos mirasen tal enormidad.

Pero lo que constituía para él un verdadero torcedor, era la probabilidad de que todo aquello no tuviese más razón de ser que las palabras, apasionadísimas sí, pero por lo mismo engañosas, de una mujer; y de una mujer que al ser aludida sobre la tranquilidad de ánimo de su esposo ante el nacimiento del niño, no encontraba más respuesta que enro-

jecer y callar.—Sí; no había duda, la confianza de D. José María, burlada fué por los adúlteros; pero por eso mismo, como siempre, hubo ella de someterse á lo que, insignificante de fijo para una mujer vulgar, supondría doloroso sacrificio en todo espíritu delicado; que era su marido el amo y señor, y Dolores, como esposa obediente y leal hubo de mostrarse con él toda la vida.

De aquí que en la mente del conde no desaparecieran las dudas. Lorenzo podía ser muy bien hijo de Paredes; es más, una porción de leyes fisiológicas y racionales daban mayor validez á esta creencia; eso sin hablar del aspecto jurídico de la cuestión.

Este estaba bien claro; ante las leyes, ante la sociedad, ante el mundo entero, esa cuestión ni podía surgir siquiera. Sólo en el fondo del alma de Villamuriel manteníase con todo el horror de sus términos pavorosos. Para él existía y para nadie más.

Medio legal de resolverla no había, ni aun el escándalo, al arrojar el lodo á manos llenas sobre el cadáver de la mujer que tanto le amó; sobre Paredes padre; sobre Lorenzo; sobre sí mismo y aun sobre su infeliz hija; ni aun el escándalo mayor que registran los tiempos podía modificar el aspecto legal del asunto.

Que entre el fragor de él pudiera verse aparecer al cura y al juez, casando y recono-

ciendo el valor del matrimonio si los jóvenes tenían valor para arrostrarlo todo.

No lo tendrían, es bien seguro; pero si la desesperación suficiente para llegar á cualquier extremo, cuando no á más allá; á morirse ella, y él á hacerse matar en la primera que se armase por ahí.

¿Podía acudir al recurso de confiarse á él, á Lorenzo solo? Imposible también. ¿Qué peso para la conciencia llamar á un hijo y decirle: —Tu madre fué criminal ó pudo serlo!— No; no tendría valor para tanto.

¿Confiarse á ella, á Mercedes? ¿Llenar aquel corazón puro de tantas sombras y sobre todo de tanto cieno? Invencible pudor le ponía un freno en la lengua.

Acudió por eso á todos aquellos subterfugios; al pretexto, que le repugnaba violentamente, de la diferencia de clases, de la administración ejercida por el padre de Paredes, y después á la serie de luchas sostenida, á la separación, al viaje y á llegar al estado presente en que se le iba á morir la joven entre los brazos en aquel apartadísimo rincón de Andalucía.

Así se encontraba entonces, sólo, aislado, perdida hasta la esperanza del consejo fraternal en que confió algún día; esperando tan sólo que el tiempo borrara la imagen de Lorenzo en el corazón de Mercedes; queriendo cerrar él mismo sus ojos á la evidencia, para no

verla enfermar y quizás morir; y decidido á darlo todo por salvarla, pero lo que es más triste, sin tener nada que dar, como no fuera la vida.

¿La vida? Tampoco; fuerza le era permanecer en el puesto de honor para evitar que tras de su muerte se consumase lo que á sus ojos presentaba todos los caracteres de una aberración monstruosa. Morir, era ceder el puesto cobardemente y asumir ante Dios toda la responsabilidad del pecado.

Por eso, en uno de aquellos días de fiebre, como inspirado por súbita idea, y temeroso, cual el que llega tarde á evitar un peligro, hacía correr la pluma sobre un pliego de papel que, firmado con mano temblorosa, unió á otros escritos de fecha anterior encerrándolos todos en un sobre, en forma de voluminoso y lacrado pliego.

Y así pareció quedar más tranquilo.

III

Pero no sucedía lo propio á Mercedes. Indefinible sensación de angustia era la que experimentaba constantemente la joven. Y, sobre todo, por más que se volvía loca, por más que hacía batallar en su cerebro todas las ideas que pudiesen contribuir á explicarle los motivos de aquella absurda resistencia de Villamuriel, nada conseguía, sino llorar mu-

cho, muchísimo, y desahogar así su corazón de aquella pena.

Quería con toda su alma á Lorenzo; y este cariño, que quizá en otras condiciones no hubiese pasado de tierna afección, ante aquellos obstáculos tan inexplicables; ante la tenaz é incomprensible tenacidad del conde, revestía ya formas de amor ardiente, con todos los entusiasmos, todas las vehemencias febriles, todas las agonías de la pasión. Antes le hubiera querido tan sólo; hoy le adoraba; sí; y no por guapo, ni por bueno, ni por valiente, sino porque sí, porque era él; porque él la quería mucho, y porque de él no podía apartar ni un segundo el pensamiento. Era su novio; el hombre elegido por su corazón; el esposo; habíase jurado casarse con él, y en el amor de nuestras mujeres ni hay más, ni hay menos. Así quieren, así adoran, y con tan escasa reflexión, con tan poderoso sentir, ó suben al cielo ó lánzanse de cabeza al precipicio.

—Pero, ¡Dios mio!—se decía—¿por qué he de sufrir yo lo que sufro? Vivía casi feliz con mi padre; se me presenta Lorenzo; le gusto, me agrada, declárase, acepto su cariño. ¿Qué hay hasta aquí de particular? Él es bueno, guapísimo, formal; su posición muy aceptable para mí; además papá le aprecia mucho y le distingue, ¿qué extraño es que yo admita sus obsequios y aun que le quiera?

porque, sí, quererle le quiero con toda mi alma... Y cuando yo creí que mi padre se alegraría tanto de ver que se me proporcionaba la felicidad—(sí, porque casarme con él es mi felicidad)—cuando estaba yo tan contenta... ¿Pero á qué obedece su oposición? ¿A lo de haber sido su padre... No; eso es un pretexto; casi me lo ha confesado él mismo. ¿A que aspira á otra cosa mejor para mí? ¿Pero á qué ha de aspirar? Nuestra posición... ¡Y además, si siempre dijo que sólo apetecía honradez en el que hubiese de ser mi marido! Nada, que esto es incomprendible... ¡Es para volverse loca...!—Y así la pobre niña daba vueltas en su magín al motivo de sus dolores, acabando todo ello por resolverse en lágrimas, en muchas lágrimas, que le enrojecían los ojos; en noches pasadas en vela; en delirantes y larguísimas cartas que al llevar á Lorenzo todas las angustias aquellas, tejían, con las no menos apasionadas del marino, fortísima cadena de pasión y sufrimiento entre ambos corazones.

Y así fueron pasando más días, aumentándose las penas de todos, y sin que pareciese llegar la solución del conflicto.



CAPÍTULO XII

I

Sin embargo, Lorenzo estaba decidido á buscar esa solución, costase lo que costase. No podía ceder ni transigir; amaba con todo su corazón á Mercedes; sus propósitos eran honrados; juzgábase digno de ella; nada, pues, le forzaría á desistir de hacerla su esposa. Si el conde no modificaba su decisión, este era obstáculo insuperable sólo durante algunos años, pues al cumplir ella los veintitres, podría prescindirse ya del consentimiento paterno; y recursos legales existían sobrados después, y aun antes, á ser forzoso, para pasarse sin ese requisito. Mas estas dilaciones eran imposibles ya; Mercedes enfermaba; Mercedes se moría, según todos los amigos que de ella traían nuevas. Ella misma daba á conocer su estado, no sólo moral, sino físico, en algunas de sus cartas. Así es que, por verla, por consolarla quizá, por darle fuerzas

para resistir; para decidirla á cualquier resolución violenta si esto se imponía, y en último caso á fin de hablar francamente á Villamuriel si ella aprobaba tal paso, y se podía aprovechar ocasión oportuna, decidió el joven arriesgarse á ejecutarlo que desde hacía algún tiempo viniera proyectando.

Y era esto pedir un mes de licencia, y plantarse nada menos que en Villacarcelares, donde, bien dentro de la misma población, ó bien en algún lugar próximo, residiría, á ser posible sin darse á conocer, huyendo del conde ó presentándose á él, según las circunstancias, y, sobre todo, procurando hablar siquiera dos palabras con Mercedes.

Aventuradillo, novelesco y todo lo que se quisiera parecía el propósito, pero muy propio de un enamorado. Porque entre todas las razones que para ello se diera á sí mismo, no cayó en la principal, y es que no podía vivir más sin ver aquellos ojos clarísimos de su Mercedes, ni escucharla decir que le quería. A verla, pues, y pasara lo que á Dios pluguiese.

Venia, por otra parte, á favorecerle la circunstancia de habitar por allí, á cosa de tres leguas de Villacarcelares, su amigo Pepe Benjumea, aquel con quien hizo su primera campaña en la *Navas de Tolosa*, y que luego se casó con la fortuna de Remeditos Montija, y pidiendo su licencia cambió los cuartos de guardia, y el sextante y la maniobra y los

cuadernos de bitácora por la tienda de reses bravas, y la vida entre señorial y campesina del ganadero rico. Con él contaba, pues, Lorenzo para su plan, y como en ciertas cosas lo mejor es hacerlas antes que avisarlas, allá dió con su cuerpo y su maleta á las pocas horas de salir de Málaga, donde había fondeado su buque en uno de los uniformes cruceros de la Escuadra de Instrucción.

Allí cayó, pues, de improviso, recibiendo-sele, como era de esperar, entre abrazos, estrujones y manzanilla y el ofrecimiento de la casa y de las personas que vivían en ella, amén de los planes de holgorio para aquellas jornadas. En fin, que si se deja llevar y traer cual querían, ni con mucho hubiera tenido tiempo para ir á ver á su Mercedes. Así es que hubo de franquearse con Benjumea.

¡Y poco que se alegró éste al saber que quizás en breve tendría á Lorenzo instalado por aquellas vecindades! Aprobó su proyecto, prestóse á él en todo y para todo, ofreciendo, si era precisa, su influencia, para vencer la obstinación del conde.

Así, desde el día siguiente, pusieron los dos amigos manos á la obra con el auxilio de Remedios, quien se metió en esta intriga inocente con el gusto que á las mujeres interesa en asuntos de casorio. El propósito de Lorenzo era hablar á Mercedes con la suficiente detención para ponerse de acuerdo

sobre las contingencias de lo porvenir; y aun si ella lo aprobaba, quemar el último cartucho, haciendo al conde petición formal de la mano de su hija.

Lo primero no fué difícil. Remedios marchó á pasar ocho días en casa de unas primas suyas, residentes en Villacarcelares. Estas señoras eran visita, aunque algo de cumplido, de los Villamuriel, y tan buena maña se dió en el acto con ellas, que logró ponerlas de su parte y que se combinaran las cosas de tal modo que pudiese hablar con Mercedes quien ya había sido avisada por Lorenzo en una de sus cartas, de esas infinitas cartas que constantemente se cruzaron entre ambos, gracias al sencillísimo medio de dirigirlas por conducto de Ramona la doncella.

Hay que advertir que Villamuriel, bien porque su carácter se lo impidiese, bien por confianza natural en Mercedes ó por no extremar odiosamente sus rigores á lo padre de comedia, nunca había descendido á fiscalizaciones ni vigilancias en esta parte, y ni aun siquiera dado á entender que sospechase la inteligencia por escrito entre los dos jóvenes.

II

Así es que cuando las de Ochorena, que así se llamaban aquellas excelentes señoras

parientas de Remedios, se presentaron por la tarde en casa del conde, para hacerle una de esas archiceremoniosas visitas de cumplido provincianas, si Villamuriel procuró aparecer todo lo cortés de costumbre, aunque maldiciendo en su interior á aquel par de vegestorios, Mercedes, sin ningún esfuerzo, estuvo amabilísima, y como si hubiera olvidado sus pesares, tanto que su mismo padre se sorprendió mucho, y aun vino á dar con la idea de que lo necesitado por la joven era distracción y sociedad, aunque fuera la de gentes tan soporíferas.

Y es que la muy picara, sabía de sobra á lo que iban allí las dos solteronas, y se alegró tanto, que hasta le parecieron menos feas y menos cursis y menos ridículas y vanidosas que de ordinario.

Y aun agradeció de tal manera la visita, que á los dos días ó tres indicó á su padre la necesidad de devolverla, porque no dijese aquellas dos buenas señoras tan amables que no se les guardaban todas las consideraciones debidas.

Encantado el conde con el cambio que venía sufriendo el carácter de la niña, pareció-le excelente la idea y, no á aquellos pergaminos, sino á la mismísima Tarasca, hubiese ido á visitar de tiros largos en tal ocasión. En casa de las Ochorenas encontraron á su huéspeda Remedios, quien dedicó toda su

política á simpatizar con Villamuriel. Era joven, viva, fresca, graciosa, como buena andaluza, y éste, sin que nada tuviesen de pecaminosos sus actos y pensamientos, conservaba aún, á pesar de los años y disgustos, la suficiente sensibilidad para rendirse honestamente á tales armas.

En fin, que Mercedes y Remedios se hicieron muy buenas amigas y que Villamuriel vió con sumo gusto esta amistad, que parecía traer un rayo de luz sobre las tristezas de su casa, y aun tal vez las disiparía por completo.

Un paseo por el campo convenido para el día siguiente y algunas visitas más, estrecharon esos lazos, y cuando Remedios se volvió á su hogar llevóse ya el plan general de operaciones, trazado con todos sus detalles.

No hay que decir cuánto se hablaría de Lorenzo, entre ella y Mercedes.

Presentaba ese plan, sin embargo, un escollo y grave, ó, mejor dicho, dos. Consistía la cosa en invitar Remedios á Mercedes á que pasase con ella los días de la feria próxima; pero, en primer lugar, no era seguro que Villamuriel la dejara ir sola. Además, la invitación había de dirigirse á los dos: padre é hija.

Probable era que aquél rehusase, dadas sus actuales costumbres urañas; ¿pero iría Mercedes sin él? Poca confianza existía aun entre las dos familias para eso.

Y aun en caso de ir, ¿no impedían todas las conveniencias sociales que estuviesen ella y su novio bajo el mismo techo? ¿No traspasaba ya esto los límites de intervención decorosa en tales asuntos por parte de Remedios y su marido?

¿Y si el conde aceptaba también para sí? Entonces todo el plan se venía abajo.

Discurrieron, pues, que Lorenzo se marchase á Málaga. La distancia era corta (horas de tren). Y que cuando Mercedes estuviera ya en Benamudarra volviese él allí, pero hospedándose en cierta semiposada, semifonda, del pueblo. Ellos, los Benjumea, habían de pasar en éste aquellos días, puesto que allá celebrábase la feria, y no en el campo, donde se hallaba la finca en que solían residir durante aquella estación.

Para distraer á Villamuriel é impedirle que fuese á las fiestas, también entre Remedios y las Ochorenas lograron que el hermano de estas señoras, cazador furibundo, le invitase para una buena partida, lo que en otra ocasión no hubiera aceptado; pero que en aquélla, algo tranquilo al ver á su hija más animada, confiando en que la divertirían á su vez los de Benjumea, y deseoso de ver si él mismo por su parte se serenaba también algo, aceptó con gusto. Así, pues, limitóse á acompañar en el corto viaje á Mercedes hasta Benamudarra, y dejándola con aquel buen matrimo-

nio, cuya respetabilidad le constaba, dado que allí, si no de trato, de oídas se conoce todo el mundo, volvió á Villacarcelares para reunirse al Ochorena y partir con él á correr perdices ó lo que saliere por los cerros y peñascales vecinos.

Al día siguiente llegó Paredes á Benamudarra.

III

Aunque de cumplido, guardando todas las conveniencias que el hogar de su amigo exigía, pudo hablar á su Mercedes, que estaba loca, verdaderamente loca de contento. Entonces, entonces es cuando vieron bien lo que se querían; entonces es cuando la pasión, desbordándose de sus corazones, sin traducirse en conceptos respetuosos como en el salón de la Castelmadría, ni en frases y juramentos cariñosísimos como los de las cartas, asomábaseles á los ojos y haciales desear decirse todo aquello de labio á labio; ó no decirse nada, sino estar juntos, muy juntos, cerrando los ojos, sin hablar ni pensar en cosa alguna; gozando sola la suprema felicidad de saber que se querían. Ella no podía mirarle sin cerrar instintivamente los párpados, pareciéndole que así lo veía mejor.

Pero esto, contenido por todos los respetos de él, por todos los pudores susceptibles de

ella y por la presencia de Remedios. Y aun hablaron, con intervención de ésta, en serio, muy en serio, de lo pasado y de lo presente, tratando de determinar su porvenir. Era preciso acudir á todos los medios para que Villamuriel cesase en su absurda obcecación. Se convino en que por personas respetables de la familia de Lorenzo, á ser posible el de la Lora del Río, se diesen algunos pasos y después... después... — Mercedes al llegar aquí no admitía que siguiera hablando Paredes... Aquello se presentaba para ella como un abismo sin fondo; no era posible que su padre se obstinase de tal manera; no, no podía ser.

Pero, ¿y si se obstinaba? ¿Qué haría entonces ella? ¿Renunciar á su amor? ¡Oh! no; nunca; sería de su Lorenzo ó de nadie... Pero no siendo de nadie, sacrificaba á Lorenzo. Este no transigía con el segundo término del dilema, no; ese «nadie» no podía ser su rival. Si ella le quería bien como él la adoraba, tenía que ser precisamente suya, contra y sobre la voluntad de todos los padres del universo. Y el corazón de Mercedes, portándose como un verdadero traidor, apoyaba todas estas razones, palpitando más apresuradamente al oirlas.

A otra muchacha, con todo eso se la hubiera convencido. Nada más fácil ni más usual, en efecto. O esperar algunos años, y

entonces prescindir del conde, ó si no tenían paciencia, otros mil medios abundaban de casarse contra la voluntad paterna, aunque fuese el del escándalo. ¡Cuántas hubieran seguido tal proceder, y más estando tan poco vigiladas como en el fondo lo estuvo siempre Mercedes!

Pero cuando Lorenzo apuntaba algo en tal sentido, hacíalo callar, sin darse ella misma cuenta de por qué. Es seguro que, á ser posible todo eso sin que ella hubiese de formar el propósito de desobedecer á su padre, cerrara los ojos y palpitante de pasión, se dejase conducir contra el mundo entero, no sólo al altar, sino donde Lorenzo quisiera. Pero lo de proceder por sí contra lo resuelto por aquel, era para su razón tan imposible como atravesar un muro de acero bien templado. Y no por debilidad de carácter y hábitos de obediencia que la sometiesen por completo á esa voluntad, ni por concepto razonado del deber filial, sino porque había en el fondo de su alma algo que la detenía allí; en una palabra, porque *no podía ser*, según ella misma contestaba á Lorenzo cuando éste la constreñía con sus razones.

Hasta que, en fin, de acuerdo sobre la proyectada gestión del de la Lora, y en que se querían infinito, dejaron deslizarse aquel tiempo sin que en el fondo resolviesen otra cosa acerca de su porvenir. Las fiestas del

pueblo, procesiones, bailes, fuegos de artificio, toros y feria pública diéronles ocasión de verse y hablarse mucho. Lorenzo fué á comer cada día á casa de Benjumea, y ratos bastantes de dulce intimidad hubo para ellos. Las gentes poco se extrañaban al ver aquellas relaciones. Ella joven y bonita y él guapo y de brillante carrera, nada había más natural. Ninguno, aparte de los íntimos, sabía las resistencias del conde, y á haberlas sabido, bien se las hubiesen criticado.

Y no fué sólo esa la felicidad de que lograron disfrutar: tuvieron otra; la para ellos inmensa (así la calificaron) *de pelar la pava*. Sí; una noche, la última que Mercedes debía dormir en el pueblo, logró de ella Lorenzo que bajase á hablar con él por la reja. Esto no había podido ser las otras noches, porque la bullanga de la feria tuvo á todas horas llenas las calles de gentío.

Pero todo había terminado ya, y en aquella, á las diez, ya no había un mochuelo fuera de su olivo, ni aun siquiera los mozos del lugar, que, hartos del bailoteo y de la gresca, no estaban para rondas en algún tiempo.

Así es que á las once, se abría una de las ventanas de la casa de Benjumea, y á través de los hierros entablábase íntimo coloquio entre una sombra blanca y otra negra, aquella de formas femeniles que se destacaba en el fondo oscuro de la ventana y la otra á

la parte de afuera sobre el piso de la calle.

Allí, pues, pasaron algunas horas hablando, ¿de qué? de amor, que no es poco; que da materia para charlar horas y horas siempre, y más en noche tibia y apacible de primavera, bajo un cielo que en su negrura conserva los tonos azules del día, titilando en él con polvos de luz ténue la vía láctea y las nebulosas, y con chispas de serena intensidad los demás astros.

El pueblo era de humide y no compacto caserío, y en vega rica y frondosa. Levantábase la casa de los Benjumea, próxima á una de las salidas del lugar, destacándose entre las sombras su mole inmensa al lado de los casucos vecinos. Rodeábala un jardín. Vientecillo suave traía desde el campo aromas sanos de tierra y de gramíneas y de olivar y viñedo, y al pasar por los jardines y los naranjales próximos se impregnaba en perfumes gratisimos de Don Diegos de noche y de jazmines y azahar.

Todo reposaba, todo; menos el corazón de Mercedes y el de Lorenzo palpitando muy juntos; cuanto lo permitían los hierros, guardadores allí de las conveniencias sociales.

Decíanse todo lo que no se habían dicho nunca, y lo que habrían de dejar de decirse por la inmediata separación. Y ternezas y deliquios, y lágrimas de Mercedes que, cual gotas de fuego, resbalaban por la mejilla del

marino; porque sí, ¿á qué negarlo? se besaban. ¿Pues no se habían de besar? Y mucho y mucho, ansiosamente, como se besan dos que se quieren, que se adoran, que sufren por su cariño, que están separados por una reja, y que han de estarlo más al día siguiente y con el temor doloroso de no volverse á unir jamás.



CAPÍTULO XIII

I

Mientras Mercedes y Lorenzo sufrían forzosa separación hubieran dado la mitad de su vida por verse y hablarse, aunque sólo fuese dos minutos y á dos pasos de distancia; con esto se hubiesen contentado; no querían más. Pero después que pasaron unos días viéndose casi á cada momento y aun algunas horas muy juntitos en la reja, locos de pasión; después que se sintieron tan cerca de la felicidad, parecióles que al privarlos de aquello se les arrebatava algo que les pertenecía, atentándose á sus derechos de novios enamoradísimos. Que estas cosas del amor son como guerra de posiciones, en la que quien conquista una de ellas, no piensa ya en cederla ni en retroceder, sino en utilizarla para atacar las restantes.

Así es que su vida desde entonces no fué vida: hasta Mercedes empezó á rebelarse.

Antes codiciaban verse, sí; pero ahora maldecían de cuanto vino á separarlos. Eso era una injusticia, una crueldad, una infamia casi. Llegaban, pues, á no comprender siquiera cómo habían podido pasar alejados aquellos meses atrás sin morir.

Y se lo decían así á diario en las cartas; él desde los puertos en que fondeaba su buque para hacer en ellos largas estaciones, y ella desde la soledad de Villacarcelares. Y tanto pudo la pasión en Lorenzo, que contra sus aficiones de siempre, gestionó de tal manera con parientes y amigos, que hubo de lograr ser destinado á cierto vapor guarda costas de estación en Málaga, aprovechando la vacante por otro oficial compañero suyo producida.

Y en la ciudad del Guadalmedina se plantó; y él que aborreciera siempre la vida esa semiterrestre, en que sólo se sale á la mar dos veces al mes, cuando el barómetro indica que no hay barruntos de borrasca y solo para hacer un crucero de cien millas bien pegaditos á la costa; él que prefirió siempre, ó el desembarco ó navegar de veras, creyóse el hombre más feliz del mundo cuando recibió la Real orden enviándole á aquel solicitado destino.

En él estaba más cerca de su Mercedes y desde allí podía combinar mejor cualquier plan para poner término á sus amorosas an-

sias. Como medida de precaución y para que el conde no se alarmase y se marchara del pueblo á Madrid, al saber que el novio de su hija residía por aquellas inmediaciones, escribió éste á un oficial del ministerio de Marina, muy su amigo, á fin de que hiciese que al darse cuenta á los noticieros de los periódicos del movimiento de personal se omitiera incluir su nombre. Así fué cumplido fielmente, y en cuanto á los de Málaga, gestión igual hizo Paredes al llegar á su destino, evitando que saliesen los sueltos esos de ritual de la prensa de provincias.

Una vez allí, nada más fácil ya para él que dedicarse á sus amores. Con demasiada ligereza habían acordado aquello del marqués de la Lora del Río; pues no contaron con que no existía medio hábil de hacerle intervenir, aun suponiendo que este señor se prestase, en el asunto, sobre todo después de la negativa que recibiera D. Ramón Paredes del conde cuando escribió á Villamuriel pidiéndole para Lorenzo la mano de su hija. Además, presentábase el inconveniente de que el joven no había tratado ni visto jamás al marqués, y los pasos que diese ahora para hacerlo, podrían quizás parecer á muchas gentes algo así como maniobras de aproximación al título que tal vez estaba llamado á heredar, para ver si con él venían algunas, ó todas, las haciendas que lo acompañaban.

Así, pues, mientras en su magín dábale vueltas á todo esto, cavilando sobre el modo de salvar las dificultades, sentía la separación de Mercedes con más intensidad que nunca, tanto que, tomando el tren, plantóse de pronto en casa de su amigo Benjumea. Aquella iba á ser la base de operaciones, gracias á la complacencia de éste. Porque el plan trazado por él y convenido con Mercedes, si bien previo algún escrúpulo por parte de la niña, consistía en que Lorenzo aprovechase los dos ó tres períodos de libertad que le dejaba libre cada mes el servicio semiterrestre de guarda costas, y en ellos saliera de Málaga, y parando un par de días en casa de su antiguo compañero, los aprovechase en recorrer alguna noche los no muchos kilómetros que mediaban desde allí á Villacarcelares, á donde llegaría á tal hora que pudiera Mercedes salir á la reja á *pelar la pava* con él.

Arriesgada, arriesgadísima era la cosa, á más de muy molesta, y allá se andaba con lo que el amor hizo realizar á Leandro y á tantos otros enamorados fabulosos ó reales; pero á Mercedes y á Lorenzo, sobre todo á éste último, parecían lo más natural y sencillo.

Qué, ¿darse unas galopadas por esos caminos de Dios y del Gobierno y la Diputación provincial y los municipios que al cuidado y guarda de Aquél los confían; unas de ida y otras tantas de vuelta, á riesgo de encontrar-

se, ora con la severa curiosidad de la guardia civil ó con la fisgona de los traginantes vecinos de aquellos pueblos, ó, lo que es peor, con la de algún mozo *crudo* de los que por allí abundan, dispuesto á ver cuánto en el fondo de los bolsillos llevan los que caminan; hacer todo esto y algo más, ¿supone mucho para un enamorado, si al fin de todo ello ha de poder pasar una hora, ó media, ó quince minutos, ó menos aún, hablando con la mujer adorada á través de los hierros de una reja?

II

Para Lorenzo no suponía nada; ni temor al cansancio del cuerpo, que era el suyo fuerte y sano; ni á los tricornios de los civiles, en los que antes hallaría seguridad en cuanto le conocieran; ni á las fisgonerías de las gentes, que no le importaban un bledo; ni á los niños esos de retaco y manta, para los que llevaba seis almendras en su revólver de reglamento, y aun la añadidura de cierto kris de juguete, preciosa arma afilegranada, que usó en su niñez el Radjamudha de Bohayán, allá en Mindanao, y que regaló al marino cuando éste fué á visitarle con su cañonero *Palangui*.

Casi el mayor riesgo era para ella, que además de las hablillas del vecindario, las cuales podían llegar al conde, érale preciso

afrontar la vigilancia de éste. Y lo peor fué que acariciando la idea de que iba á ver á su Lorenzo, olvidóse Mercedes de que, para hablar con él, existía una enorme dificultad. La situación especial del semipalacio aquel.

¡Quién hubiese podido vivir en cualquiera de las otras casas del lugar, que en todas ellas había rejas á dos piés del suelo, según costumbre andaluza, á las que bajaban á *pelar la pava* lo mismo la mocita labradora, de pañuelo y flores en el peinado, que las de más prosapia y señorío. Porque de allí desaparecerá todo, incluso la alegría, pero no esas notas cálidas de amor, esos duos de pasión ardiente en que sin más testigos que los cruzados hierros y las duras jambas de piedra y la pared de la casa fronteriza, únense los corazones en íntimo coloquio, embriagándose en sueños para lo porvenir y saliendo de tanto deliquio, algunas veces la desgracia, casi siempre el hogar español; que aquellas novias tiernas y cariñosas y dulces tras de la infranqueable reja, son luego nuestras honradas madres; es decir, las de los que tienen la feliz ocasión de nacer en aquella venturosa Andalucía.

A *pelar la pava*, pues, sólo que de tarde en tarde, se disponían Lorenzo y Mercedes; y así se comunicarían sus penas y sus proyectos, llegando unidos los dos á vencer las resistencias del conde, y, sobre todo, podrían

decirse quinientas veces seguidas que *se querían mucho*, muchísimo, y él á ella llamarla «sol, y cielo, y rica, y reina, y tesoro, y nena» y doscientas mil cosas más; y ella mirarle, mirarle mucho de cerca, de muy cerquita, abrazándole y abrazándose en sus miradas; y tener cogidas las manos y sentir llenos de lágrimas de inefable delicia los ojos; y soñar, soñar juntos, sin pensar en nada más que en eso, en que *están juntos* los dos, todo lo juntos que es posible antes de que Dios rompa aquellos hierros de honestidad que los separan, y en que se quieren con su alma entera, sin que haya poder bastante á quebrantar este cariño.

Sí; *á pelar la pava*; pero ¿dónde? ¿cómo? ¿En alguna de las cuatro rejas del frente, que dan á la plaza de San Antonio? Imposible: las dos de la derecha son de las habitaciones de Villamuriel; las de la izquierda corresponden á su despacho y biblioteca; imposible: allí no se puede ir de noche sin que el conde oiga cualquier ruido. ¿A los balcones de la misma fachada? hallaríanse más lejos uno de otro los dos enamorados, pero podrían hablar... sí; á riesgo de que Villamuriel se entere de toda la conversación y la ponga fin para lo sucesivo.

¿Las rejas de la otra fachada que da al convento del Carmen? Sí; muy bien, que á éste y la casa condal sepáralos tan sólo una calle-

ja, especie de camino de travesía; el que conduce á Albiñola. Por allí sí que no pasa un alma de noche, siendo cosa de encomendarse á Dios, el que lo haga. Pero ¡ay! que las benditas madres exigieron, allá en el siglo xvi ó xvii, al ser construído el palacio, que los huecos de éste por esa parte fuesen aparejados de tal modo, que desde ellos no se las viese, cuando por el huerto conventual se solazaban. Así es que por aquel lado todos son ventanales altísimos, de esos que, si dan luz á las habitaciones, no consienten asomos ni nada parecido, aunque para ello se utilice una escalera de mano. Aspecto así como de monasterio ó cárcel presenta aquel frente.

Quedan los otros dos, pues el edificio está aislado; sí, los otros dos, en uno de los cuales precisamente está el cuarto de la joven, pero... pero... precisamente también, ambos á dos caen dentro del jardín semihuerto ó huerto semijardin de la casa, rodeado con muro de sillería y ladrillo, que corre lisa y sin verja alguna hasta enlazarse en la falda del monte con el seto vivo de pitas y chumberas cuyo irregular contorno acota el predio, dilatándose por lomas y barrancadas, en las que, cual ejércitos alineados, tiéndense en filas simétricas el viñedo y el olivar.

¡Cómo se las arreglarían, pues, para hablarse? ¡Cuidado que no ocurrírseles esta dificultad hasta tener hecha toda la combinación!

¿En qué habrían estado pensando? Así se decía Mercedes, pero sin hallar remedio á su descuido.

Por que contar con que Lorenzo saltase la tapia ó rompiera el seto, era contar con lo imposible, no porque al mozo le faltasen agilidad y alientos para escalar una medianeja pared y hasta el más escarpado muro, sino porque eso era ya comprometerse ella y aun exponerlo á él á algún contratiempo con guardas ó con canes ó tal vez con el mismo conde. Pues aunque todo se reducía á que charlasen por las rejas que al jardín daban, sólo al verlo saltar la cerca, habría motivo para que las gentes llevasen hasta lo peor sus suposiciones. Y darle la llave de ese jardín tampoco lo haría nunca Mercedes, aun caso de tenerla en su poder.

Otro recurso existía, sin embargo, y á él acudió la joven. En el ángulo de la izquierda del muro, y á su parte interior; allí donde el frente que era continuación de la fachada principal del edificio, doblábase para extenderse por una callecilla y salir del pueblo, estaba el casetón de guardar aperos, coronado por una azotea, sobre la que un emparrado y varias enredaderas sobre rústica armadura de varillaje verde formaban un pintoresco cenador. Aquello era lo que suele llamarse el desahogo de la casa. Como por añeja costumbre, y tal vez por seguridad contra indiscretas curiosi-

dades ó raterías de mozallones, en vez de verja rodeaba el jardín recia y alta pared de tapial, aquel terradillo, casi de la misma altura que esta y con un pretil de escasa elevación en torno y encima frondosa cúpula de verdor, era el único sitio desde donde podía disfrutarse á la vez la frescura del follaje y la vista del pueblo y la parte de vega que hacia ese lado cae. Allí pasaba muchas tardes Mercedes con sus amigas, ó sola, entregada á sus penas, y aun más de una vez comió ó cenó la familia, es decir, ella y su padre, en tan agradable lugar.

Pues por él hablaría con Lorenzo; para lo cual forzoso le iba á ser que bajara al jardín, cosa no tan arriesgada como que entrase el joven. Este, desde la calleja vecina; ella, desde el terrado; sobre unos dos metros de distancia de uno á otro, y en sitio y hora donde nadie había de molestarlos. ¡Qué felicidad! Es decir, más felicidad hubiese sido disponer de la reja... pero... pero, en fin, quién sabe; más valía así; era mejor, mucho mejor; así tendrían los dos más formalidad.

III

Resuelto ya este punto, y acordados, mediante las consabidas cartas, todos los pormenores y señales, y previstas todas las contingencias; trazado el plan por Mercedes con esa

minuciosísima previsión que á las mujeres distingue en tales materias, pudo salir una noche á eso de las ocho y media de Benamudarra el enamorado Lorenzo; mas no sólo, sino con su inseparable Juan Colom, que, envuelto en fuerte capote y con su tercerola de repetición, inglesa, á su lado cabalgaba.

Con él iba bien seguro Paredes; que Juan Colom no era muy pródigo en palabras, y algo torpe para comprender las ajenas, y tal vez demasiado cachazudo; pero leal y obediente y muy diestro, así para acudir á la más complicada maniobra, como para arreglar la ropa de su señorito ó hacerle cualquier otro doméstico menester, incluso guisar, y bien, cuando no había á bordo cocinero, ó navegaban en alguna de aquellas zapatillas que figuran como cañoneros en el Estado general de la Armada, y que cruzan, cuándo y cómo pueden, por entre los cayos de Cuba ó los esteros de Mindanao ó los arrecifes madreporicos de Joló.

Juan Colom, desde que dejó á los suyos allá en el arrabal de Santa Catalina, entre los muros de la ciudad y el pintoresco caserío del Terreno al pie del castillo de Bellver; desde que se apartó de aquellas azules montañas, y verdes campiñas y rojizos acantilados de las costas de su *roqueta*; desde que tras de su aprendizaje en los faluchos pescadores, y su primer curso en el laud *San Miguel* y los se-

gundos en la polacra *Marieta* y en la barca *Perla Mallorquina*, así como el tercero en el vapor *Julio*, vino á dar, por fin, con su cuerpo, ya vestido de uniforme, en los barcos de rey, y de ellos, en la *Almansa*, no se había separado jamás de *Don Lorenzo*, como decía á boca llena, según costumbre de la marinería al designar por el nombre propio á sus jefes y oficiales.

Y era fiel el buen mallorquín; muy fiel, muy limpio, muy dócil y muy económico. Como que andaba ahorrando todo lo que podía, incluso su ración, cuando era hacedero el beneficiarla á metálico, y los pluses y premios de sus reenganches sucesivos. Lo que es peseta que cayese en sus manos, no veía más la luz del sol. Pues que todas iban á parar en forma de letra de cambio á cierta casita blanca de Mallorca, donde el *patró n' Tomeu*, viejo, pero aun robusto pescador de aquellas playas, y *Madó Fransina Aina*, su mujer, viejecita, vivaracha y activa, íbanselas guardando, no sin que de ellas tomara cuenta y razón la rubia y algo bruscosa Margarita, la hija de Mestre Biel, el cordelero de jarcía más seco y más trabajador de toda la Calatrava, y la cual, por su parte, tenía ya á medio preparar el bien provisto *canterano* (1) para la boda.

(1) — «Canterano.» Dáse este nombre en mallorquín á la «Cómada.» Y en las clases populares equiva-

Con el bueno de Juan Colom iba, pues, Lorenzo Paredes por aquellos detestables caminos andaluces. No eran malejos los caballos que les dió Benjumea, sino al contrario, excelentes, aunque no de gran estampa; así es que en menos de dos horas llegaron sin novedad á las inmediaciones de Villacarcelares. Antes, y en ocasión oportuna, había venido á hacer el joven el estudio de aquellos lugares, dándose un paseo de día, pero sin aproximarse á la casa de Villamuriel para no ser visto; por lo que con las indicaciones de Mercedes, pudo muy bien llegarse á la proximidad del lugar que buscaba, favoreciéndolo la situación topográfica de éste.

Una vez allí, esperó en el fondo de la calleja; á cosa de las once, hora convenida, vió la luz de un fósforo en el terradillo; acercóse, dejándole los caballos á Juan Colom, y antes de un minuto cruzaba las primeras frases de cariño con su Mercedes, que allí sobre el muro, envuelta en un abrigo gris, conmovida, asustada, amante y agradecidísima á Lorenzo por lo que representaba aquel arriesgado viaje, se sentía en aquel momento la más feliz de las mujeres.

Y Lorenzo también; Lorenzo sentíase or-

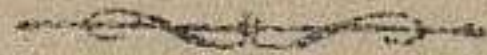
le al de equipo de novia ó «trousseau,» siendo costumbre que las jóvenes al casarse lleven éste con el mueble que lo encierra.

gulloso al verse querido así, y en esos instantes hubiese luchado con el mundo entero por conservar aquel tesoro que le pertenecía y que la absurda obcecación del conde procuraba arrebatarse.

Era lo convenido que hablarían una hora, y esa hora dió á las tres de la mañana, después de haberse despedido uno del otro veinte ó treinta veces, y aun eso, porque la madrugada comenzó á ser frigidísima, y Lorenzo, por la salud de Mercedes, vencióse á sí mismo y logró que se retirase, no sin que casi se hubiese de hacer el enfadado con ella. ¡Ah! Y no sin que trepase cosa de medio metro por la tapia, agarrándose con manos y piés á ladrillos y pedruscos salientes y entrantes, para llegar con los labios á la mano que la niña, inclinándose mucho, consintió en tenderle, diciendo que no, pero tendiéndosela.

¿De qué hablaron? De muchas, de tantas cosas, que apenas si se acordaron de nada que pudiese venir á resolver su situación. Todas esas cosas vinieron á refundirse en una, de la cual sólo eran en el fondo variaciones: en que se querían muchísimo y juraban quererse toda la vida.

Asunto con el cual hay para llenar un siglo de conversación entre dos enamorados.



CAPÍTULO XIV

I

Una vez y dos y tres, y algunas más, les resultó perfectamente su combinación; y aun en alguna de ellas hubo de quedarse Lorenzo varios días seguidos en casa de Benjumea, con lo que las entrevistas con su amada fueron también á diario durante ellos.

El conde, á todo esto, ballábase algo más tranquilo y aun satisfecho al ver que su hija mejoraba y que desaparecía algo de su rostro aquella expresión de tristeza profunda, ante la cual se sentía débil y aun pronto á ser vencido, si esto último no lo hicieran imposible todas las leyes divinas y humanas. La joven, si bien seria y concentrada en sí propia, parecía mucho más conforme; y es que; sin ser feliz del todo, ni mucho menos, éralo más que antes; mucho más de lo que hubiera creído tiempo atrás. La idea de que con mayores ó menores intervalos podía ver á Lo-

renzo y hablar con él, aunque fuese desde el terrado á la calleja, consolaba sus amarguras, y aunque éstas se acreciesen en los días de ausencia, templábanse luego con la esperanza de que iba á verle pronto; y aun la pena que al separarse de él sufría, fué siempre mezclada con la suprema embriaguez de las horas transcurridas en tiernísimo coloquio.

En cuanto al marino, había logrado adaptar su vida á estos nuevos incidentes, compartiéndola entre ellos y sus deberes militares. Las molestias físicas apenas si causaban impresión en su cuerpo, avezado á mayores fatigas, y era todo lo dichoso que podía ser, en espera de que sus afanes tuviesen cerca el término anhelado, bien porque el conde transigiese, bien porque Mercedes se decidiera á adoptar una resolución decisiva.

Los dos esperaban, pues, y más entonces que los primeros pasos para la gestión aquella del de Lora se habían dado ya. Una carta de D. Ramón Paredes al marqués, á quien de antiguo conociera un poco, puso á éste al tanto de lo que ocurría y de lo que de él se deseaba. Aunque de carácter raro en extremo el linajudo señor, dióle, quizás á causa de esto mismo, por considerar como propio el asunto y aun por creer que toda su noble estirpe era la ofendida con el desaire de Villamuriel, si éste llegaba á hacérselo. Así es que

lo tomó con muchísimo interés. Sólo que creía indispensable proceder con discreción extrema. En una conferencia que celebraron él y Lorenzo, (pues éste hizo un viaje expreso á Jaén para hablarle), resolvieron que lo conveniente era dar á entender á Villamuriel cómo el de la Lora consideraba y distinguía al marino cual cosa propia, con lo cual el otro ya no tendría excusa para justificar su resistencia al matrimonio, toda vez que ésta no se fundaba en las condiciones personales del pretendiente, sino en circunstancias de orden muy secundario, las cuales venían á quedar dominadas desde el momento en que aquel á quien pudiera considerarse como jefe del antiquísimo solar de los García de Paredes, y al que se tenía como uno de los más rancieros aristócratas del país, apareciera detrás reforzando la pretensión al joven con todos sus pergaminos.

Pero lo difícil fué dar con la forma de realizar esto. ¿Cómo lo harían? Por fin, tras de no poco cavilar y discurrir, acertaron con la solución, que consistía en que el marqués, propietario de algunas tierras en la vecindad de Villacarceldes, se diese por allá una vuelta y de paso visitase al conde, de quien en la juventud fué algo amigo. ¿Cómo cruzar por el pueblo aquel y no saludarle? Fuera descortesía evidente. Así es que todo vino á tener perfecta justificación. Y una vez allí, deber

era de Villamuriel la correspondencia á tal visita, y aun lógico el que cazasen ó pasearan juntos, y, por lo tanto, nada más fácil sino el hablar de política, y de política internacional, sobre todo habiendo sido diplomático el de la Lora; y con ella de los asuntos franco hispano africanos, y del incidente de Guinea, y del cañonero *Veloz*, y de su comandante Lorenzo García de Paredes, aquel su sobrino, á quien tanto quería el bueno del marqués; aquél á quien, si éste y su hermano Luis no dejaban sucesión, había de venir á parar el título; guapo chico; muy valiente, de mucho talento, muy simpático, muy formal, con un corazón de oro; en una palabra, la honra de la familia.

Lo que todo esto suponía, tratándose del achacoso buen señor, no hay qué decirlo. Y más que nada el viaje; ese viaje á ver cuatro terrones que no le importaban un bledo. Mucho se lo debían agradecer los muchachos. Porque el éxito es indudable que sería satisfactorio. ¿Cómo, después de aquellos elogios, á que de cierto asentiría Villamuriel, le era posible á este continuar en su oposición, cuando más adelante, bien por el mismo Lorenzo, ó por su tío el marqués, fuese pedida la mano de Mercedes? ¿Alegaría la excusa de que ésta era muy joven? Remedio ponen los años á esa falta y así con convenirse ambos jóvenes en esperar... Nada; que

la cuestión podía darse ya por resuelta.

Y así quedaron y así lo hicieron, y todo salió á las mil maravillas. El marqués, aprovechándose de que sus ataques crónicos le dejaran en paz por algún tiempo, fué á Villacarcelares, y recordando sus días de diplomacia, empleóla tan fina, que con ser listo Villamuriel, no cayó siquiera en que se le tendía un lazo, sino que antes bien, al oír aquellas alabanzas de Lorenzo, si al principio sintió dolorosa impresión por lo que venían á recordarle, dejóse después arrastrar por sus entusiasmos y por lo que en el fondo de su corazón experimentaba, y entre uno y otro vino á entonar tal duo de ditirambos para el joven, que si éste los escuchara, no hubiera sabido dónde meterse.

Mercedes pudo seguir la pista á todas estas maniobras de que estaba al tanto anticipadamente por Lorenzo, pero no logró oír esa conversación, ni de seguro, á estar ella delante, se hubiese el conde corrido en aquellos términos. Sin embargo, la fisonomía satisfecha del de la Lora, bien daba á comprender que iba el asunto por buen camino. También se lo escribió así Paredes desde Málaga, pues en aquellos días, para evitar cualquiera complicación que pudiera descubrir su intriga y dar con ella al traste, juzgó prudente no parecer por Benamudarra ni sus cercanías. El marqués le fué escribiendo de lo

ocurrido y él pudo así comunicárselo á Mercedes. También le dijo que el buen señor estaba entusiasmadísimo con ella. ¡Ya; ya le echó, al verla, buen golpe de piropos de andaluza cortesanía, haciéndola ruborizarse mucho, con gran risa de Villamuriel; pues aunque inocentes por venir de quien venían, pareciale que por boca de aquel anciano hablaba su Lorenzo.

Entonces convinieron en dejar pasar un mes ó más aún antes de hacer ninguna gestión directa cerca del conde, para no dar á entender que había sido intencional el viaje del marqués de la Lora. En ese intervalo procuraría la joven sondear el pensamiento de su padre, para ver si las palabras de aquel colega suyo le habían hecho modificarlo y ceder siquiera un punto en su tenaz resolución.

II

Para darle un beso ó dos, ó los que podía, en la mano, recordaba Lorenzo sus tiempos de guardia marina; cuando, ligeramente y cual si fuera chiquillo criado en la playa y en los oficios de la mar, había de lanzarse á la arboladura y ejecutar una maniobra. Que el comandante del buque escuela en que estudió, era hombre duro y poco amigo de tener

contemplaciones con aquellos niños educados, los más de ellos, en el regalo y mimo de sus cómodos hogares madrileños ó de provincia. No así Paredes, número uno siempre en todo lo que fué trepar á los árboles, subir por donde los gatos suben y saltar desde donde sólo pueden saltar las cabras. Por eso resultó uno de esos oficiales que en las horas de apuro, descalzándose, ó sin descalzar, trepan aparejo arriba, y cortan un cabo ó desenredan una driza ó cojen un rizo en la crugiente lona, que, sacudida por el viento, azótalos con violencia á riesgo de lanzarlos á la mar, dando así ejemplo á la gente que, entusiasmada entonces, se arroja con frenesí á la faena, vencido el temor que un momento humilló sus recios corazones, y que trocado en vigorosísimo esfuerzo, impónese á la borrasca y la domina, ó la huye, salvando los cientos de vidas que en aquella mole de tablas y hierros y cordajes, miran venir la muerte sobre las crestas rizadas y blanco sucias de las olas.

La tapia era de ladrillo y cascote, con bastantes desmoronos producidos por el tiempo; así es que no le faltaban ni huecos donde apoyar el pie ni salientes donde sujetarse con los nervudos dedos, bien que en posición muy incómoda y sólo por unos instantes.

Y hoy subiendo sobre cosa de cincuenta centímetros, con lo que ya se podían estrechar

las manos, y mañana otros cincuenta y pico para estampar él sus labios en la de ella; y al otro, trepando un poquito más para que la niña no hubiese de echar tanto el cuerpo fuera del pretil, y después por mirar más de cerca, pero muy de cerca, aquellos ojos clarísimos que tantas ternuras le decían, y por fin, para reanudar, siquiera con uno nada más, la serie de dulcísimos besos interrumpida en la reja de Benamudarra, llegó el buen Lorenzo así, insensiblemente, casi sin darse cuenta, á verse de pie sobre una cornisilla que presentaba por allí la pared, y apoyándose con los brazos sobre el borde superior de ésta.—Pero no seas loco—que te vas á caer—decíale Mercedes asustada;—bájate de ahí;— y él, por toda respuesta, y riéndose de tales sustos, con ligera flexión levantaba algo el cuerpo, girábalo á la izquierda, empleando la fuerza de su biceps sobre la muñeca derecha y venía á quedar sentado medio de perfil en la misma coronación del muro, con las piernas hacia fuera, mientras Mercedes, por un movimiento instintivo le sujetaba temerosa, pareciéndole que se iba á resbalar y caer. Y allí hablaban y hablaban y se decían ternuras mil, forjando otros mil proyectos para lo presente y lo futuro, y comunicándose cuanto habían hecho y pensado en los días que no se vieran.

A tales horas nadie transitaba por aquel

lugar, y desde la casa no podían verlos, pues ocultábanlos las masas de follaje que envolvían el cenador. En uno de los arcos de éste se desarrollaba el idilio. Mercedes sentada, y también medio de perfil á la parte de adentro, y Paredes á la exterior, sobre la pared, sin que se le ocurriese jamás al joven traspasar aquella frontera... jamás, hasta que una noche el rumor de gente que venía—los mozos rondadores del lugar, sin duda—obligóle á ocultarse en el umbrío cenador, que así la comprometía menos que no manteniéndose en lo alto del muro ó descendiendo de él á la vista de todos aquellos zagalones.

III

Uno de los mayores peligros que corrían era el de que el conde, acostado siempre á aquellas horas, se levantase por cualquier motivo, y yendo al cuarto de su hija no la encontrara allí, cayendo en la natural sospecha; ó bien que la enviase á buscar por sentirse enfermo de improviso. Poco probable era todo esto, dado el método de vida que llevaban; pero por si acaso, Mercedes, que contó siempre con su doncella Ramona, tenía combinado un plan de señales á fin

de ser avisada á la menor novedad que ocurriese.

Y era el que sigue: en la ventana del cuarto de Mercedes, ó de cualquier otro de aquella fachada, Ramona, que estaba despierta en su habitación, inmediata á la de su señorita, encendería dos fósforos seguidos. Y si la joven, por estar vuelta de espaldas al asomarse sobre el pretil del cenador (que lo de la subida de Lorenzo no pudo entrar aun en tales combinaciones), no los veía, Juan Colom, desde el sitio en que con los caballos se hallaba, es decir, desde un repecho próximo, allá en la revuelta del camino, no podía dejar de verlos. Entonces otros dos fósforos encendidos por él y vistos por Mercedes ó por Lorenzo desde su lugar, les avisaría el peligro. Y en una carrera estaba en su cuarto, ó en último trance, en un paseo por el jardín á causa de violentísimo dolor de cabeza, tenía pretexto muy eficaz para justificarse perfectamente. Por fortuna, jamás hubieron de acudir á esas aplicaciones heliográficas.

Así se fueron deslizado para ellos los días. Cada diez ó doce hacía Lorenzo su excursión, que duraba dos ó tres y á veces hasta cinco, de los que aprovechaba los posibles para sus visitas nocturnas á Villacarcelas. Puede decirse que al cabo del mes se veían ambos amantes unas seis ó siete no-

ches, en períodos de dos ó tres seguidas, y á veces de una sola, y desde las doce ó la una de ella hasta las dos ó las tres. Lorenzo, por su parte, conocía perfectamente todo aquel contorno, pues con paseos de día completaba sus informes topográficos; y como en el camino y por los atajos que tomaba pocos traginantes podían encontrar á esas horas, debían de ser sus correrías ignoradas. Con recio capote granadino, á guisa de poncho mejicano y su chambergo el marino, y con aderezo semejante, aunque de inferior calidad, Juan Colom, ambos resultaban capaces de dar un susto al miedo por aquellos andurriales. Mas, por si acaso, ya suspendidas de recios mosquetones fijos al arzón de sus monturas, ya en bandolera ó á la mano, iban las sendas Winchester que les aseguraban bien de malandrines.

A quien al principio habían inspirado algunos recelos fué á la guardia civil, pero sólo mientras ésta los vió de lejos; que conocedores sus individuos de las gentes y de sus cataduras, pronto comprendieron que iban allí un señorito y su criado, tal vez por asuntos de faldas, no por otros que cayeran bajo la jurisdicción del benemérito instituto. Y como el teniente de la línea hizo en el tren desde Málaga más de un viaje con Lorenzo y comió dos ó tres en casa de Benjumea, su amigo, y estaba, aunque se hiciese

el tonto, enteradísimo de cuanto pasaba, y al cabo del puesto de Villacarcelares casi le ocurría lo propio, y lo mismo á los guardias y aun á sus mujeres, de aquí que el teniente de navío y Juan Colom pudieran recorrer con toda tranquilidad aquellos vericuetos á las mil y quinientas de la noche.

Porque eso es lo que sucedía; no se hallaban enterados en el pueblo y otros de á la redonda, más que todos los vecinos, y aquellos que, sin ser tales, tropezaban con quien les refiriese cómo la condesita de Villamuriel tenía un novio; el célebre Paredes, aquel que hizo cierta valentía con los moros (*los moros*, decían muchos), en *Africa ó en Marruecos*, y que el conde no lo quería porque no era noble, sino hijo de un maestro de escuela (otros aseguraban que de un contrabandista), pero que la niña y el galán se la daban al padre de ella, pues que á eso de la media noche, todas, sin faltar ninguna, veíase un bulto que trasponía las paredes del jardín condal para subir, por la escala que de un balcón se le tendía, al cuarto donde una enamoradísima beldad le esperaba ansiosa.

Que en los pueblos grandes ó chicos no andan en estas cosas con términos medios, y cuando á tratarlas se deciden, que es en cuanto cojen siquiera la punta de un hilo, lo hacen así, en crudo, inventando todo lo que no logran averiguar de cierto, hasta llegar

con la malicia á diez mil leguas más allá de donde pueden ir las realidades. Todo, por supuesto, sin darse por entendidos ante los interesados, ni ante los que de cerca les atañen, de todas estas hablillas maldicientes.



CAPÍTULO XV

I

El conde de Villamuriel no tenía carruaje en Madrid, pero sí en Villacarcelares una especie de *breack*, muy cómodo y ligero, propio para el campo, del que tiraba un par de yeguas del país, si no de mucha alzada, de estampa fina y buen pelo, y que también eran excelentes para silla.

Otro caballo más ocupaba la cuadra, y á esto se reducían ya todos los trenes del que tantos y tan magníficos poseyera en mejores tiempos.

El tal vehículo solía servirle para sus excursiones á las cercanías ó para trasladarse á la estación de ferrocarril más próxima, cuando le era preciso. Por eso una noche, á cosa de las nueve, por uno de los caminos que conducen hacia Villacarcelares, corría el break, guiado por Pedro, el ayuda de cámara y cochero en tales ocasiones, que allí regre-

saba Villamuriel de cierto lugar vecino á donde fué para arreglar varios asuntos referentes á unas heredades que en él poseía.

Con eso habíanse podido calmar un tanto los tormentos que durante todo el día no le abandonaran; esa excursión y los tratos con arrendadores y mayores, le habían hecho apartar algo la memoria de la carta que por la mañana recibiera; de aquella carta del cascado marqués de la Lora del Río, en que á este buen señor se le ocurría nada menos que cometer la imprudencia de hablarle de Lorenzo Paredes (ó García de...) y aun de la *bendita* unión de ambas familias.

Esto le había puesto nervioso. ¡Miren que hasta el marqués ese, que ya no podía con su alma, venirse á meter en tales asuntos! ¡Pero Lorenzo era el demonio y capaz de poner en movimiento á medio mundo para salirse con la suya? ¡Qué tenacidad! Porque estaba visto; la visita aquella del de la Lora no fué más que parte de un plan concebido para establecer el contacto entre uno y otro título y poder salir después con la presente embajada.

Pues embajada y grande era aquello de en una epístola, que solo de asuntos triviales trataba, pero con lenguaje y fórmulas casi de chancillería, descolgarse tocando el registro ese de «que tal vez llegue un día en que ambas casas unidas renueven sus timbres de gloria, que eso y no más puede esperarse,

habiendo en ellas tesoros de gracia, de hermosura y de virtud, reunidos en cierta niña, cuyos pies beso, y mancebos nobles, valientes, honrados, dignos de las alabanzas que en labios como los de un Villamuriel he tenido ocasión de escuchar.» Todo esto envuelto en un diluvio de discreteos retóricos, con los que el buen señor recordaba la literatura de su juventud, contemporánea del año allá de la nanita. Y por supuesto, sin permitirse indicación directa alguna; haciéndose el cándido, dejándose caer, así como aquel que ha oído hablar de cosa resuelta, y desde luego mostrándose orgullosísimo y satisfecho. En fin, que con todo aquello vino á demostrar el diplomático que por pasárselas de listo había perdido ya por completo los papeles.

Algo de culpa tuvieron los dos jóvenes; quizá más que nadie Mercedes, pues ésta, al ver á su padre casi tranquilo, sonriente; al notar que ante dos ó tres indirectas suyas no frunció tanto el entrecejo cual otras veces; al enterarse de cómo había elogiado á Lorenzo con el de la Lora, llegó á creer que cambiaba el cariz del tiempo y que ya podía aventurarse el marqués á dar el avance en proyecto. La misma impaciencia de los dos enamorados, hizoles verlo ya todo de color de rosa, cuando aún conservaba el fondo aquel negruzco, símbolo de sus penas y desconsuelos. De aquí que el marino escribiese á su

buen tío dándole la señal de romper el fuego cuando quisiera.

Y no contaban los jóvenes con que la transformación de Villamuriel obedecía solo á que éste por su parte miraba á Mercedes más tranquila, más conforme; bastante enflaquecida y algo ojerosa, febril la mirada aún, pero ya sin expresión de angustia, de agonía, de dolor reconcentrado, antes bien, impregnada á veces en rayos de ternura; eso cuando no parecía su rostro la imagen de la resignación.

II

Todo el día habíaselo pasado Villamuriel discurrendo sobre la dichosa carta, y no porque pensase alterar sus resoluciones en lo del matrimonio de Mercedes, sino porque se hacía muy difícil contestarla, puesto que aun cuando acudiera á cuatro generalidades de esas que nada niegan ni afirman, tal y como estaban las cosas, podía involuntariamente soltar prendas que luego le costase dificultad suma recoger. Natural era, pues, que luego de haber hecho pagar su mal humor á cuantos en aquella tarde tuvieron roce con él, regresase hacia su casa á tales horas ensimismado en negrísimos pensamientos, y sin que su vista ni su atención se fijaran en los

escasos traginantes que seguían aquél camino.

Verdad es que la noche estaba como boca de lobo, y al cruzarse el breack con carros ó recuas ó peatones, apenas si desde su asiento podía el conde ver desfilár ante sus ojos algunas masas negras, iluminadas de luz rojiza durante unos momentos por los faroles del carruaje. Después todo volvía á quedar en la sombra.

Y por aquel *arrecife* estrecho, guarnecido de chumberas, y aun á trozos, de cañaverál y zarza-moras, que cerraban las heredades á uno y otro lado de él, corría el coche saltando en los baches, torciéndose en las curvas violentas ó enterrándose en los montones de grava que en las avenidas del invierno, cuando se convertía de camino en rambla torrencial, quedaban allí depositadas. Sólo al salir á la carretera de Benamudarra á Villacarcerales suavizábase el movimiento que, aunque mal cuidado, era el piso de ella como de calzada real en comparación con el de aquel maldito arrecife travesero.

Sí, suavizóse el movimiento del vehículo, pero saltando á la par con violencia el corazón de su dueño. Allí donde el camino vecinal y la carretera se unen, en esta última, y como viniendo de Benamudarra, habíanse parado, para dejar pasar el coche de Villamuriel, dos ginetes, envueltos en sendos capoto-

nes y con sombreros gachos. Esto no tenía nada de particular, á no ser que se tratase de gente sospechosa, que bien pudiera serlo; sólo que entonces no temblara, si no que acudiría á su revólver y á las carabinas, la suya y la del cochero, que siempre, y por lo que pudiese tronar, llevaba en tales excursiones; pero hizole sentir vivísima emoción la figura de uno de aquellos dos hombres, que un segundo todo lo más había recibido el resplandor de la luz del carruaje y en ese segundo jurara Villamuriel que el rostro iluminado era el de Lorenzo.

Gracias á que pocos momentos después la serenidad volvía á su ánimo ante mil reflexiones juiciosas. Imposible que se hallase Lorenzo por allí. Estaba en su buque, navegando, si no mentían los periódicos, de Cádiz al Ferrol, por aquellos días. Todo era ilusión suya; que llevando en el magín solo el recuerdo de aquel muchacho, parecíanle ser él cuantas sombras cruzaban ante sus ojos.—¡El marino con aquellos arreos, y por tales sitios, y á semejantes horas? ¡Qué disparate! ¡Y á qué? ¡á robar á Mercedes? ¡Vaya una atrocidad! ni él era capaz de tal cosa ni la niña de las que se dejan robar así. Nada; antojos de su fantasía. Algún señorito ricacho del país que con un amigo ó criado regresaba de cazar ó de cualquiera feria vecina; moreno, curtido y que así tal vez pareciase algo á Paredes.

Esto debía de ser y nada más, bastando tan ligera semejanza para que por tener el conde tan metido dentro de la imaginación cuanto al joven concernía, creyera verlo, no ya en aquel que más ó menos se le pareciese, sino hasta en los árboles del camino ó en las masas informes de las nubes ó en el fondo de su propio cerebro, que allí más de una vez, en sus ratos de sombría meditación, habíasele aparecido.

Así hubo de razonar y de convencerse de que su sorpresa y su inquietud no tenían fundamento. Sin embargo, desde aquel instante ni uno tan solo pudo verse libre de esa enojosa preocupación que le ofendía y molestaba. ¡Y toda la culpa era de aquel maldecido marqués con su intempestiva carta! ¡Que no se lo llevasen doscientos mil demonios á él y á toda su diplomacia cursi y maquiavelismo burdo! Pero ya le contestaría quitándole las ganas de volverse á meter donde no le llamó nadie. ¡Pues no faltaba más!

III

Lorenzo no había visto al conde. En el instante preciso de llegar él y Juan Colom al cruce de caminos, desembocaba por el de travesía un carruaje; detuviéronse para dejarlo pasar, y entre las sombras de la noche

no pudieron saber quién lo ocupaba. Es más; el reflejo de la luz que sus faroles despedían, al darles en el rostro, los deslumbró y aumentóles la dificultad de distinguir, no sólo á la gente del coche, sino á este mismo, que tras de cruzar rápidamente ante ellos, perdióse en la oscuridad sin que se vieran de él más que dos puntos rojizos, luminosos; las estrellas, que con cristales así coloreados, suelen llevar en su parte posterior los faroles de los carruajes. Y á los pocos minutos todo había desaparecido.

No creyó tampoco el marino que allí pudiese ir el conde, pues algo tarde era ya para que regresara de sus cacerías ó de cualquiera otra excursión. Pensó, sí, en que fuese él; pero aun en último caso, poco importaba. Al contrario; mejor que mejor; así vendría más rendido y acostariase más temprano y con sueño más fuerte y mayor seguridad para los dos novios, que en el lugar de costumbre habían de ver transcurrir dos ó tres horas sin acordarse de que en el mundo existía nadie más que ellos dos, nacidos con la obligación precisa de quererse mucho y siempre; por toda una eternidad.

Así sucedió en efecto. Hasta las once tuvo Mercedes la compañía de las niñas de doña Rosario, que alegraban con sus gorjeos el salón de la morada condal, mientras Villamuriel, con otros dos ó tres señores graves, ju-

gaba su partida de tresillo; pues desde que la joven comenzó á salir de aquel abatimiento de los días anteriores, íbase animando la casa, á lo cual contribuían tanto ella como su padre; ella por distraer á éste, apartándole de Paredes el pensamiento, para inspirarle así más tranquilidad, y él por creer que aquellas reuniones, medio de familia, eran las que la alegraban y hacían olvidar sus amoríos.

Y como la vió contenta y animadita (por la seguridad de ver á su Lorenzo de allí á poco), acabó el conde de tranquilizarse, echando al olvido aquellas ingratas impresiones que trajo de su paseo y aun riéndose de que hubiera ido su imaginación preocupada al punto de hacerle ver parecido con Paredes en la cara de aquel prójimo que encontró en la carretera. ¿Qué se le había de parecer!

Marcháronse los contertulios á la hora habitual y Mercedes se quedó leyendo un rato en sus habitaciones, en espera de que su padre, según costumbre, viniese á recibir las buenas noches antes de irse á acostar. Y el aspecto tranquilo que reparó en él entonces, bien diferente del preocupado que presentara durante las primeras horas del día (cuando recibió la carta del marqués), y aun á su regreso del campo, la dejó completamente satisfecha y aun hizole concebir esperanzas de que tal vez las gestiones del de la Lora fueran resultando ya eficaces.

Los besos de rúbrica sirviéronles de cariñosa despedida, y al cabo de una hora, Villamuriel, después de haber estado ocupándose en recorrer unos papeles y cuentas, no sin reflexionar á la vez sobre los incidentes de aquel día, fatigado por el trágico que llevara, acostábase, y meditando un plan para evadirse de la diplomacia del marqués, se dormía antes de diez minutos, más sosegadamente quizás que las otras noches.

Y Mercedes en tanto, de acuerdo con Ramona, su cómplice y confidente, segura de que su padre ya dormía, á eso de las doce y pico, dejaba su cuarto del piso principal, abría sigilosamente la puerta del jardín que, aunque cerrada con llave, quedó siempre con ésta en la cerradura por su parte interior, y dirigíase hacia el sitio aquel, al pie del cual y en la calleja contigua, esperábala su novio.

Por cierto que el pobre se había llevado un buen remojón. Salió de Benamudarra á eso de las ocho, más temprano que otras veces, porque así fatigaría menos los caballos; y á mitad de distancia próximamente fué donde con él se cruzó el carruaje del conde. Como no apresuró el paso de su cabalgadura, no llegó á Villacarcelares hasta las diez y pico, mientras Villamuriel, arrastrado por su buen tiro, lo hacía á poco más de las nueve y media, no sin que en el momento preciso de avistar las primeras casas del lugar co-

menzase á recibir sobre sí copioso aguacero, del que se vió libre bien pronto; pero no así Lorenzo, que lo hubo de soportar en la carretera, hasta que junto á las últimas tapias de Villacarcelares pudo guarecerse en la Venta del Lubín, único sitio á cubierto que por allí había.

Conocíanle ya en la venta por ser donde se decidió á dejar los caballos desde la segunda ó tercera vez que vino al pueblo, pues así, además de que los pobres animales descansaban y se reponían con un buen pienso, podía cruzar con más sigilo á pie las calles, que no hiriendo ruidosamente los cantos informes que las mal empedraban, con las herraduras de aquéllos. Allí quizás su presencia llamaría la atención de los venteros y de algunos traginantes que los tomaran, por sus arreos, como cazadores; á caballo por el lugar corriase el riesgo de hacer despertar á la mitad de sus vecinos.

Además, si llegaba temprano, tenía donde pasar el tiempo, y no por entre las tapias de los callejones próximos al *palacio* de Villamuriel. Todo era cuestión de unas pesetejas dadas oportunamente y que el Lubín recibió como llegadas del cielo. Todos en la venta estaban dispuestos á rodar de coronilla por el señorito de Benamudarra, que así le decían. Y todos también, aunque supieran de sobra lo que á Villacarcelares le llevaba, como si no

lo supiesen aparecían ante él; sin darse por entendidos, que solo un «Que haiga salú, señorito» algo recalcado y con su poquitín de picardía, dicho al abrirles el postigo, á eso de las doce para que salieran... allá, á donde fuesen, era lo único que les revelaba, cómo el viejo aquel solapado y más que corrido en su vida maleante de ventero, podía estar al tanto de á dónde y á qué iban amo y criado á horas tan intempestivas por esos andurriales del Señor.



CAPÍTULO XVI

I

—Sí; todo el día ha estado preocupadísimo; desde que llegó el correo y le trajo la carta del marqués—decía Mercedes.

—Pero ¿cómo comprendiste que era esa carta de?...

—¡Toma!... Me lo figuré enseguida. ¿No ves que se la recogí á Pedro, como hago siempre, para entrársela yo á papá? Y ya sabes bien por qué tengo ahora este cuidado. No traía cifras ni corona en el sobre, pero vi el sello de correos de Jaén ¿y de allí, quién ha de escribirle?

—¡Ya! y pensaste...

—Justo. Y como después lo vi tan serio... Hasta que se marchó á la Herradilla. ¡Por cierto que me ha tenido con un cuidado toda la noche...! nunca se retrasa tanto.

—¿A qué hora ha vuelto?

—A las diez lo menos. Dice que ha comido

con el padre José; aquel cura de tan buen humor y tan aficionado á cazar, que á veces viene á casa. Se empeñó, sin duda. Y ya sabes cómo es papá. ¡Pero si vieras qué cara traía al volver! Gracias á que luego, con el tresillo y la conversación, se fué serenando.

—Tú no le preguntarias nada.

—¿Qué había de preguntarle!... Hice lo de siempre. No darne por entendida de su mal humor y seguir afable y afectuosa con él. Además, como sabía yo que iba á verte esta noche, estaba contentísima, y esto me ponía una cara tan alegre que él, después que me miró tres ó cuatro veces con esos ojazos tan grandes y tan cariñosos que tiene, y me vió reir con Juanita y Concha, se fué poniendo también más risueño, y cuando se acostó parecía ya otro.

—¡Si Dios quisiera!...

—Sí... ¡bien podía tocarle en el corazón!... y que la carta de tu tío le decidiese... ¿Tú qué crees?

—¿Qué te voy á decir? Tú que lo conoces mejor que yo, puedes apreciar...

—Mira, yo casi, casi, ya he formado mi juicio sobre lo de hoy. Dirás que soy muy loquilla; que á veces lo veo todo negro y á veces de color de rosa; pero ¿qué le he de hacer? Verás lo que pienso. Llegó la carta, la leyó; eso de que el marqués venga á meterse en sus asuntos le pareció muy mal, y se enfadó

mucho. Por eso aquella cara... Para distraerse se fué á la Herradilla; allí comió con el padre José; hablaron de sus asuntos, de caza, de perros, de escopetas, y se puso más contento; pero luego al venir en el coche se enfurruñó otra vez. Me encontró después satisfecha, y de pronto, de pronto, sí, porque cuando me miraba le ví conmoverse, vino á darle un golpetazo el corazón, diciéndole: ¡Ves esa hija que Dios te ha dado? mírala que buena cara tiene ahora; compara eso con la tristeza que tenía hasta aquí; pues es porque va á ver á su Lorenzo.—(No; ¡qué disparate! esto ¡qué se lo había de decir su corazón? ¡Bonita respuesta le hubiese dado!)—No; lo que le ha dicho es que si quiere mirarme así siempre, contenta, sana, tranquila y muy cariñosa para él, es preciso que le conteste al ilustre, excelentísimo, y excelente marqués de la Lora del Río, que su mayor satisfacción será poder emparentar con él, casando á esta hijita de su alma con un pícaro muy grande, muy ingrato y muy fe... í... sí... mo, que se llama D. Lorenzo García de Paredes y una porción de ilustres apellidos más.

—Y que no la quiere ni pizca.

—Eso ya lo sé yo; pero mira, mejor; así no tengo remordimientos; porque yo no te quiero... ni esto.

—¡Nada?

—Nadita... nadita.

Y este *nadita*, repetido por Mercedes con acento de niña mal criada, cerrando los ojos húmedos de pasión, la cabeza reclinada sobre el robusto pecho de Lorenzo, que le ceñía el talle, y la boca entreabierta por mimoso mohín, cerquisima de la de él, acabó por fundirse dulcemente entre unos y otros labios, como se fundían sus almas bajo la bóveda del emparrado aquel y entre la fragancia del jardín.

—¡Cuánto te quiero, mi alma!—prosiguió el marino,—¡pero cuánto!... ¡No lo sabes bien!

—¿Y yo...!

—¿De veras?

—Mira, es una cosa que á veces no puedo explicarme; tú vales mucho; eres guapo; eres bueno; eres cariñoso; me quieres... pero así y todo juraría que no te quiero por nada de eso; me parece que aunque no fueses así te había de querer de todas maneras; sólo por ser tú; porque te tengo dentro del alma, por que me figuro que en alguna parte debe de estar escrito que nos queramos los dos. ¿Y á tí? ¿no te sucede así?

—Así, y más y más; porque yo sí que te adoro con locura. Esto ya no es cariño, es algo más, ¡mucho más! Habrás reparado que nunca digo «yo te amo» ni hablo de *amor*, sino de «cariño.» Y es por eso, porque parece que esto es más que *amor*; aunque tampoco es cariño sólo; son las dos cosas juntas; cariño,

amor, ilusión, delirio, frenesí, demencia, por este pedacito de cielo que Dios me ha dado.

—¡Loco!

—Sí, loco por tí; por mi gloria.

—Pero oye; tienes razón en una cosa. ¿No es verdad que aunque dicen lo mismo, hay cierta diferencia entre las palabras «amor» y «cariño»? Amor parece así cosa de novela. A mí se me figura que me sale más del corazón cuando te digo: te quiero, *te qui.. i.. e.. e.. ro.*

—(Y marcaba mucho el diptongo.)—Y no lo digo solo con los labios, no; con todo mi ser, con mi alma enterita. ¿Cómo me lo dices tú?

—¿Yo? ¿yo, cielito? Así, mira, así, ¡mi bien!

—Y el beso brusco, recio, ardiente, del hombre feliz, dichoso, amado, vino á completar con su embriaguez aquellas disquisiciones filológico-amatorias.

Que así eran siempre sus diálogos; deliciosa charla entre formal y pueril, llena de ternuras, de mimos, de arrebatos de pasión, de sueños felices ó de angustias desapoderadas; ya remontándose á los cielos, ya despeñándose á los abismos, pero siempre locos, siempre orgullosísimos de quererse, siempre dispuestos á arrostrarlo todo por su amor, que les parecía ya haberse unido ante Dios y ante las leyes con todas las solemnidades y ceremonias posibles y por la vida entera. Sí; eran marido y mujer y sólo la muerte podía separarlos.

II

El padre José era aficionadísimo á correr liebres y perdices, ya lo indicó Merceditas, así como también que gozaba de humor excelente, pero no añadió que si no podía pasar por hombre muy santo, sí de seguro por un santo muy hombre, lo cual no es lo mismo, aunque lo parezca. Tampoco se acordó de que el buen cura de la Herradilla tenía un verdadero delirio por las flores. Su jardín era famoso en la comarca y de él salían cargados de semillas cuantos le visitaban.

Por lo cual, buen paquete sacó de allí, la tarde anterior, Villamuriel.

Y aunque éste no tuviera afición decidida á cultivarlas, agradábale mucho verlas, sobre todo algunas especies de rosales, que sólo se dan en aquel rincón de la provincia y con los que en sus buenos tiempos pudo lucirse más de una vez, al enviar hermosísimos ramos á las beldades de entonces.

Sólo que el descuido había hecho morir los que en su jardín poseyera y no se ocupó jamás de replantarlos. Fortuna fué, pues, que el padre José conservase media docena, cuidándolos con muchísimo esmero, y más aun que le regalase algunos pies de ellos.

Reminiscencia de su juventud aquellas flo-

res, recordábalas con agrado, y aun pensó que á Mercedes le gustarían mucho; pero quiso con ellas sorprenderla, cuando brotasen y floreciesen, hacia el otoño, época en que se da esa especie rara, la cual tiene un nombre latino muy enrevesado y que por allí solo se conoce con el de «rosas de la Serranía», refiriéndose tal vez, quien se lo aplicó, á aquella en que nace, si no con abundancia, con vigor espléndido y aroma delicioso.

Así, pues, aquella mañana, al levantarse, bajó al jardín, cosa en él poco frecuente á tales horas, y allí, con José Luis, el jardinero-hortelano, tuvo buen rato de charla en que el buen hombre rebatía con respeto, pero con decisión, las reglas que para el plantío de los rosales diera el padre José.

—El señor cura podría saber, y sabía mucho, de latín y de cosas de iglesia; pero en las de jardinería no le aventajaba á él. Ya el señor marqués lo sabía.—Y en ese tono familiar y respetuoso á la vez, sencillo y franco, propio entre nuestra gente campesina para con el señorío más principal, estuvieron hablando cerca de una hora.

El conde, sentado en el pretilillo de un arriate; José Luis de pie ante él, medio apoyándose sobre la azada con que removía la tierra de los regatos, para dar curso al agua caída en el reciente chaparrón y que se había encharcado, ya facilitándole salida hacia la

acequia próxima, ya desviándola hacia otros cuadros del jardín ó del huerto, que medio confundidos aparecian éste y aquel uno con otro. Y el hombre, mientras escuchaba las advertencias y encargos de su señor, por uno de esos movimientos maquinales cuando se tiene en la mano un bastón ú otro útil semejante, se entretenía en hacer resbalar el lomo de la herramienta sobre la areniza del piso, alisando éste con el frote del reluciente hierro. Allí quedaban enterradas las piedrecitas, y deshechos los terroncillos, y rellenos los imperceptibles baches, y rebajadas las diminutas elevaciones, desapareciendo, por tanto, aquellas señales en hueco, de forma singular, é iguales todas entre sí, que en doble hilera se extendían á lo largo del caminillo. Y el conde, que semidistraído oía las razones con que Pepe Luis, en su pintoresco lenguaje, echaba por tierra las teorías floriculto-canónicas del padre José, seguía con la mirada aquel inconsciente apisonado de sus propiedades; y del robusto brazo del jardinero pasaba su vista al mango de duro roble de la azada, y de él á la curva hoja casi trapezoidal, ennegrecida por el centro y brillante en los bordes, con menudos montoncillos de tierra á su superficie pegados; y al suelo, que iba quedando liso y luciente; y á las piedrecillas, y á los terroncicos, y á los baches, y á las elevaciones, y á aquellas señales impresas,

que tenían la forma exacta de una suela de bota ó de zapato; y que cortaban la arena en seco, hondas como de tres centímetros en la parte que pudiera corresponder al tacón y de mucha menor profundidad el resto de ellas.

Sí; huellas de pies humanos parecían, y lo eran seguramente, y... todo ello nada tenía de particular. Arena húmeda; gente que pasó; huellas que lo señalan; las suyas mismas, por ejemplo, y las de Pepe Luis que allí quedaron, frescas, recientes; las del señor marcadas por calzado á la inglesa, amplio, pero de forma elegante, y de no mucho tacón; las del jardinero informes, anchotas, de algo así como entre borceguí ó alpargata.

¡Ah! y además las otras más pequeñas, menos profundas que vió primero; aquellas, ¿de quién serían? De mujer, sin duda. ¿Pero de qué mujer? De una que tuviese el pie muy chiquito y que lo calzara bien y que pesase poco; es decir, de una que fuese ligera, bonita y elegante. ¿Y quién había allí que reuniese tales condiciones? En primer lugar, su hija Mercedes; y ya muy lejos de ella, como bonitura y ligereza y elegancia, las niñas de doña Rosario. Entonces... verde y con asa... ya sabía quién había pasado por allí no hacía mucho tiempo.—En el jardín, pues, debe de estar. ¡Y sin haberle ido antes á dar los buenos días! ¡Qué ingrata! Bueno; pero lo habrá hecho por no despertarle.

Y se terminó la conversación, y Villamuriel volvióse á la casa, y á Ramona, que sacudía los cristales de un mirador, encargóle que avisase á la señorita. Habíasele ocurrido decirle una nimiedad cualquiera; tal vez reconvenirla por salir tan de mañana al jardín y estando la tierra húmeda con el aguacero que cayó la noche anterior á primera hora, cuando él llegaba de la Herradilla.—Bien se acordaba; ¡y que bonito se llega á poner si le coje en el camino!, que era el coche descubierto y olvidaron llevar la tolda.—Pero no pudo decirle nada; no se había levantado aún.

Vaya; pues menos naturalmente la debiera reñir, que no existía el madrugón. Pero en tal caso, ¿quién demonios anduvo por el jardín? ¡Ah! ella misma, por la tarde... ¿Por la tarde? Sí; la había visto... De entonces serían sus huellas, ¿pero cómo el chaparrón no las hizo desaparecer? ¡Y ahora que pensaba!... si por la tarde y en todo el día y los anteriores desde quince atrás no se vió una nube en el horizonte ni cayó una gota de agua, tanto que las gentes se quejaban ya de la sequía. De pronto vino la turbonada aquella; algún nublo comenzaba á formarse no más cuando él se separó del padre José, y al estar ya cerca de Villacarcelares comenzaron á caer los primeros goterones. Sí; pero ¿y el riego? ¿No regaba Pepe Luis todas las tardes á agua corriente

los cuadros de flores, después que los de verduras y frutales del huerto, y á brazo los arriates y plazoletas? Sin embargo, el riego humedecía solo superficialmente la arena, y la impresión que en ella dejara el pisar de las personas, no podía ser muy profunda; además, el agua caída durante poco tiempo, pero mucha en cantidad, hubiérala borrado. Nada; que esas huellas eran posteriores al chaparrón. De la mañana sin duda. Sí, de la mañana, pero no de Mercedes, que dormía aún... ¿Y por qué no de la noche? Entonces sí que no debían de ser de Mercedes. ¿A qué había de ir ésta al jardín á deshora? ¿A qué?—Y de pronto la memoria del encuentro de la noche anterior en el camino de Herradilla, rápida, réciamente vino á herirle. Un estremecimiento agitó sus músculos; con mortal escalofrío paralizóse la sangre en sus venas un segundo; el tiempo suficiente para dejarle medio ahogándose de dolorosa sorpresa. Pero, ¡qué atrocidad! ¡Lo que se le había ocurrido! ¡Siempre su imaginación viendo visiones...!

¿Mas á dónde habría ido y á qué, quién por el jardín anduvo? fácil era verlo; con seguir el rastro. Salió por la puerta (es natural), y derechamente se fué, ¿á dónde? Al sitio aquel en que señor y jardinero hablaron de las rosas de la Serranía. ¿Paraban allí? Cierto; porque las borró el segundo con su azada, y tres pasos más allá seguían... ¡Ah! hasta la caseta

de los aperos. Justo, alguna criada, Ramona tal vez, que se permitió tener allí citas. ¿Con quién? ¿Con Pepe Luis? ¡Todo pudiera ser!... aunque ya era el hombre maduro; ó con otro criado, ó con cualquier mocetón del pueblo. Pero la caseta estaba cerrada; y... ¿á ver?... el rastro no terminaba junto á su puerta, sino al lado de la tapia; sí, allí, al pie de la escalerilla adosada á esta, que conduce á lo alto, al terradillo bajo el cenador de verdura. ¡Claro; clarísimo! ¡Estaba bien! ¡el cenador convertido en...! ¡Ya les arreglaría á ese par de...!

¡A la calle á tener novios! Nunca se había cuidado de la conducta particular de sus sirvientes; allá se las arreglasen como quisieran; ¡pero ciertos escándalos...! Y subió los escalones de ladrillo sobre los que algunas manchas terrosas seguían señalando las pisadas de quien fuese, así como otras sobre los baldosines del terrado... Lo que no aparecían por ninguna parte eran huellas del prójimo... Si lo había, conociase que llegaba por los aires... Aunque no; ya lo comprendía todo, como los personajes de comedia... La moza en lo alto, sobre el pretil del cenador; el rústico galán al pie del muro; ¡idilio completo! peladura de pava á estilo de la tierra. ¿La moza... y el rústico... había dicho? ¿Y quién le aseguraba que fuesen rústico y moza?— Aquí, hondo fruncimiento de cejas y dolorosa contracción de la fisonomía demostraban el

giro de sus deducciones.—¿Moza y rústico...? ¿Criada y gañán...? ¡O señorita y...? ¡oh! no; imposible, que allí no había más señorita que su Mercedes ni cerca galán alguno. Solo Lorenzo, navegando entonces por las costas cantábricas... ó en el mismo Villacarcelares. Sí; porque era él; él, no cabía dudar; él era á quien encontró en el camino; y ella, Mercedes, su hija, la que dejó grabada la huella de su pie en la areniza del jardín y la que desde el terradillo había hablado la noche anterior, y tal vez otras muchas más, con el hijo de Dolores!—No era sangre, era fuego lo que circulaba por las venas del conde, y le teñía de indignación el rostro, al dar en este pensamiento.

III

Y para ver el sitio donde el joven pudiera situarse, asomándose Villamuriel al borde del terrado, contempló abajo la calleja; que allí, allí se debía de colocar aquél para deshacer la obra de separación que por deberes rigurosísimos de conciencia, no por caprichos ni antojos, y á costa de tantos sufrimientos y sacrificios había comenzado, y era indispensable, era forzoso terminar.

Él en la calleja, al pie de la tapia, sin duda, cada noche; y ella en el cenador, continuaban

aquel idilio en mal hora comenzado en los salones de la Castelmadría y que con una sola palabra se podía romper; una palabra, que ahogase entre vergüenzas el amor de Lorenzo, que manchara con su impuro contacto el alma candorosa de Mercedes, y que tal vez, y esto era lo más terrible de todo, no pasase de ser la más solemne de las mentiras. No; imposible pronunciarla.

¡Pero cómo resolver el problema, que cada día se complicaba más, y en el que surgía un nuevo factor con aquellas comunicaciones establecidas á través de un muro todo lo alto que fuese, pero que se podía escalar...? Y esta idea vino á presentarse de improviso, sin ser traída por otra alguna, sí; ¡que se podía escalar! ¡que tal vez...! ¡Oh! no, imposible; estaba á la parte de adentro una Villamuriel, murallón más inexpugnable que cuantos de piedra, y aun de acero, pueden construirse.

—¡Pero era ó no fácil el escalo? ¡aquel desmorono en las aristas del pretil?... ¡Ya! de sentarse ella... Y...; pero desde fuera podía verse mejor. Y allá fué el conde, guiado por curiosidad insana, convencido de que aun siendo imaginaria aquella pared, bastaban los respetos del marino y la castidad de Mercedes para hacerla infranqueable, pero ávido de convenirse más y más y más, con algo menos incorpóreo que estas seguridades.

Del cenador al jardín; de éste, para no ha-

cer que abriesen puerta alguna, á la casa; y de allí, por la parte exterior de la cerca, al ángulo aquel del casetón de los aperos, del *mirador*, como le decían á veces. Iba temblando...

—Aquí donde falta este ladrillo; el pie, y agarrándose á ese saliente de pedernal... ¡Justo! Y luego al hueco aquel... Sí; han roto de golpe la mampostería.—Y á sus ojos, donde vibraban rayos; y á su espíritu, donde las sombras eran desvanecidas por luz siniestra; y á su corazón, donde se enroscaban y le mordían mil serpientes, presentóse con ímpetu el cuadro fatal en que furtivo cazador de su honra, ladrón, ladrón de ella, trepaba con manos y pies por aquellos escalones malditos, sin despeñarse jamás y romperse la cabeza contra los durísimos cantos del suelo. ¡Qué infamia! ¡Y qué dolor tan grande!... Y sobre todo, ¡qué horror! sí; ¡qué horror!... Era esto demasiado para el conde, que estuvo á punto de desplomarse. ¡Mercedes y Lorenzo...! ¡sus dos hi...! No, no, no; no lo eran, no lo podían ser; ni él, bandido miserable; ni ella, desvergonzada y...; ni uno ni otro. Sangre del administrador Paredes mostraba el uno; la de la otra... ¿pero más horrores aún? ¿Pues no iba á ofender la memoria de aquella santa que se le llevó Dios? ¡Cómo lo mancha todo el hombre, hasta lo más puro, cuando mañotea en el cieno!

—Pero Dios mío, ¡qué locura! ¡y qué vergüenza! ¡y qué infame soy yo también! ¡Mercedes y Lorenzo! ¡Mi angel y él...! ¡Y han de ser ellos? Es preciso tener la cabeza como la tengo yo para discurrir tales enormidades. ¡No hay en la casa más mujeres que mi hija ni más hombres en el mundo que ese chico? ¿no hay criadas... ni á veces vienen las niñas esas...? Pero ¡y lo pequeño de las huellas?... Sí; que estas mocitas de por acá no tienen el pie diminuto. ¡Si lo sabré yo! Y que por pobres que sean, les gusta calzar bien; su botita ó su zapato. Y ahora que me acuerdo: Mercedes le da á Ramona todo el calzado que desecha. ¡Cuando digo que soy un viejo loco, capaz de caer en las mayores estupideces! ¡Y á estas horas estará Lorenzo en Mahón, ó en Cartagena, ó en la Coruña! ¡Por dónde anda la escuadra de instrucción? He de fijarme en lo que de ella diga *El Imparcial* para formar así una especie de itinerario, con lo cual sabré siempre dónde está. ¡Pobre muchacho!... ¡Y aquel de anoche? ¿De cierto no era él? No, no; no lo era; no debe serlo, no quiero que lo sea.

—¡Y no puedo más!... Esta cabeza mía me mata. ¡Qué dolor! Es natural; yo mismo me atormento; no me bastan mis penas y me proporciono otras. ¡Y lo peor es que Mercedes lo paga! Me ve triste, fosco, huraño y sufre más; ¡como si no le bastase lo suyo! ¡Hija

de mi alma! Que no lograrse yo hacerla feliz á costa de mi vida. ¡Pero no puede ser! *Eso* no puede ser. ¡Maldito sea el día en que puse los pies en casa de José María Paredes y conocí á aquella mujer! ¡Maldita mi falta de juicio! ¡Cómo se pagan estas cosas más tarde ó más temprano! Y ahora lo estoy pagando yo. Lo más triste y más injusto es que conmigo penan también ellos. ¡Mi Mercedes y él...!

Tal, después de permanecer algún tiempo con la cabeza entre las manos, meditaba Villamuriel, sentado en el más oscuro rincón de su estancia donde se refugió medio atontado, al sentirse próximo á caer al suelo desvanecido, frente al muro del jardín. Y por fluctuaciones así pasó su ánimo todo el día. Desde la convicción absoluta de la deshonra, hasta la seguridad más firme de que eran solo antojos de su fantasía, iban pasando por él en interminable serie, lógica alguna vez, con saltos absurdos otras, todas cuantas ideas pueden surgir en quien sufre bajo situación de espíritu como la suya.

Sin embargo, lo que á la postre, y tras horas de fiebre y desesperación, templadas por aquellas otras ilusiones optimistas, vino á deducir, es que ninguna razón evidente había para creer que fuera Mercedes la que por el jardín pasease la noche última después de haber llovido; que lo del escalamiento podía ser



muy bien obra de los chicos del lugar para cojer uvas de la parra que cubría el cenador ó flores de las plantas trepadoras cuyos tallos por entre el varillaje se enredaban; y que solo tenía un medio de salir de dudas: el de observar, el de mantenerse en constante vigilancia, pero sin anticipados rigores que alarmasen á los que fuesen, haciéndoles poner fin á sus hechos é imposibilitando la solución del problema. A observar, pues, y á pedirle á Dios que no se tratase de Lorenzo y de Mercedes.

Fácil le hubiese sido comprobar si las huellas estampadas en el jardín correspondían al pie de la joven, pero ya había recordado que ésta regalaba á veces el calzado suyo á Ramona, lo cual, cuando no otra cosa, venía á probar que el mismo pudiera servir para entrambas y que, por consiguiente, tenían el pie de igual tamaño. Además, ridículo era que la gente de la casa le viese con una bota de su hija en la mano, por el jardín, comparando huellas! ¡Qué dirían de él y de la joven! Nada; prudencia y á observar.

Pensó en un principio decir algo á Mercedes, pero hubo de comprender que este era el peor camino. La cuestión capital estaba en saber quiénes eran los que tal vez convertían el cenador en escenario de sus amoríos, y cualquier acto de él que les hiciera sospechar sus recelos, les obligaría, ó á guardar más

precauciones ó á suspender el idilio. Y aunque así evitara el mal posible para lo futuro, en cambio, quedaríanle siempre aquellas dudas que le ahogaban. Aunque no volviese á ver jamás rastro de conversaciones amorosas en su casa, siempre, siempre, mientras por sus propios ojos no conociese al galán y á la galanteada, conservaría la sospecha de que pudieran ser Lorenzo y Mercedes, y esto bastaría para amargarle horribilmente la vida entera. A más, si hablaba con su hija de esto, ¡qué ofensa más grande para la infeliz! ¡qué ofensa y qué dolor al verse así sospechada! ¡Oh, todo el rigor del mundo si lo era; ni una palabra hasta convencerse de ello!

Por eso, si bien imaginó que era conveniente, para evitar lances como el que le apuraba, disponer que no sólo se cerrase por las noches la puerta del jardín, sino que la llave fuese recogida por Pedro con la principal de la casa, prefirió no mandar nada de esto, pues de mandarlo se alarmarían los culpables creyéndose descubiertos, y entonces fuera imposible pescarlos.

Que pescarlos era lo que él deseaba, para poderlos aniquilar, enviando á la retozona maritornes y al mozo rondador á diez mil leguas de allí; así no volverían con sus solazamientos nocturnos á darle ocasión para tan monstruosas sospechas sobre su Mercedes. No valían todos los de la casa, ni los del mun-

do entero, el mal rato que le habían hecho pasar.

En esta resolución, pues, se mantuvo, dedicándose, no á una policía incompatible con su carácter, pero sí á una vigilancia prudente, sobre todo por las noches, que es cuando más había que temer.



CAPÍTULO XVII

I

La noche aquella en que el brevisimo pie de Mercedes, como diría un poeta chirle, dejó, al estamparse en el suelo del jardín, huella más profunda y muy dolorosa en el alma de su padre, había sido la última de una serie de dos ó tres, pasadas en dulce intimidad por ella y su Lorenzo, que éste, á la siguiente mañana, hubo de marchar á cumplir sus deberes militares. Así, pues, toda la vigilancia del conde en los días inmediatos resultó infructuosa por completo.

Pasábase las noches en su cuarto sin dormir, atendiendo al menor ruido y observando á las gentes de la casa, como si en sus rostros fuese á descubrir la verdad. Algo extraño notaban en él todos, y su hija más que nadie, pero aquellos lo atribuían á comienzos de chochez, y la segunda á la complicación sus-

citada por las gestiones del de la Lora del Río.

Así pasaron unos cuantos días, cerca de quince, que precisamente hubo de ser más larga la ausencia del marino, sujeto en su buque por ciertas razones de orden público. El conde, poco á poco, se fué tranquilizando; no notaba en Mercedes alteración alguna; más de una noche la dejó acostada y tranquila en su cuarto; y aun metido á observador, algo indiscreto, de qué bajos usaba el mujeriego de la servidumbre, pudo convencerse de que Ramona tenía un pie chiquitín y muy bonito, y mucha ligereza y gracia al andar, y casi á diario usaba unas botas que fueron de su señorita. Con lo que no era de extrañar que hubiese quien escalara, no aquel muro, sino otro de más altura, si ella, que además poseía unos ojazos hermosísimos y un cuerpo de primer orden, esperaba arriba. Y que tal hiciera más de una vez en su juventud, recordaba el conde, si no precisamente por doncellas de servicio, por algunas otras que no las aventajaban mucho de cierto en posición y finura.

Pero lo que retenía en Málaga á Lorenzo terminó, y el joven hizo lo de siempre; tomar el tren y plantarse en Benamudarra; y de allí, por la noche, en Villacarcelares, y en la calleja consabida, y en lo alto de la pared, y en el centro del cenador, donde entre el espesísimo follaje era esperado por su *mujercita*

del alma; que así solía decirle, prematura tal vez, pero cariñosísimamente.

Y Villamuriel, que aquella noche llevaba ya algunas de descuidar su vigilancia, cuando se disponía á acostarse oyó ligero ruido, allá hacia las habitaciones del interior; y como desde el día de sus sospechas dolorosas acostumbróse á no cerrar cierta puertecita de escape que de su cuarto abriase al pasillo y caía frente al comedor, situado en el frente que daba al jardín, comedor que dejara también abierto, cuidándose de ello él mismo; Villamuriel, que en medio de su mayor confianza, manteníase apercebido y algo inquieto, apenas escuchó aquel rumor lanzóse, no hacia el lugar de donde venía, sino á la puerta de escape, al comedor, y á la ventana de éste, desde donde podía dominar casi todo el perímetro del jardín.

Y pasó un minuto ó cosa así, y al cabo de él, ante sus ojos enturbiados por el dolor y la rabia, vió pasar rápidamente un bulto que sobre la arena corría velocísimamente, dirigiéndose al cenador. Era una mujer; era su hija.

Sí; la había conocido. ¿Cómo no conocerla él, no en la semi-claridad de noche espléndida, sino aun en la lobreguez de la más oscura? Sí; ¡era ella! ¡su Mercedes! y aquel su perfil, que con ninguno podía confundirse; su andar, su aire, su abrigo gris; toda

ella, que al encuentro de su amante acudía desvergonzada y locamente... Y el conde, que en estas primeras reflexiones se ahogaba con los ímpetus de la ira, enfriados por la angustia de la sorpresa, sintió romper el volcán en su cerebro, y estremeciéndose con violencia sus músculos todos, lanzó la más vigorosa y ruda de todas las interjecciones. ¡Ah; malditos, infames, sí; infames! ¡Ah! allá; á avergonzarlos; á concluir con ellos, con aquel canalla; con aquella hija, engendro de liviandad, deshonra de todos los suyos. El angel caía al barro. ¡Dios de Dios!... Pero, ¿á qué tanto rugir? No, no; había que correr á poner fin á todo aquello; á matarlos de vergüenza, si es que la vergüenza mata. Había que volar...—y algo de que no podía darse cuenta sujetaba sus pies al suelo; temblor extraño en sus piernas, fatiga angustiosa en el pecho, escalofrío glacial en la espalda, contracción dolorosa de todos sus nervios, que le hacían tener que dominarse y vencerse para no rodar por tierra. Era aquel golpe demasiado fuerte, que aunque lo temiera mucho, jamás llegó á admitirlo como posible. Venía á herir violentamente todos sus sentimientos; todos sus orgullos de padre, de noble... y encima de todo esto á horrorizarle con lo monstruoso de aquella contingencia, que ni sabía nombrar, porque el nombre le quemaba los labios.

—Al jardín, pues, á sorprenderlos y avergonzarlos, y á poner término á tanta infamia...; que no sería tanta de seguro; que no era, no; porque se trataba de ellos, de su Mercedes, tan buena, tan pura; de Lorenzo, tan leal, tan caballoroso; no...; hablarían, charlarían, pelarían la pava sin duda, sí; pero ella desde el cenador; él de pie en la calleja; así nada más, á distancia; como él mismo habló más de una vez con aquel angel que se le llevara Dios. Entre aquellos escalones del muro, sus huecos y sus pedruscos salientes, no podía quedar su honra, no; no quedaba, nadie subía por allí; Paredes menos que ninguno; sobre todo si tenía una gota no más en sus venas de la sangre de Villamuriel. ¡Una gota siquiera! ¡qué sarcasmo! ¡qué lugar común de fraseología cursi! ¡Cuántas no tenía él, él propio, el jefe de la casa!... ¡y qué débil freno encontró en ellas para escalar muros á cuya otra parte estuviese la honra del prójimo! Antes bien; esas gotas llevaron ideas de orgullo, aficiones aventureras á su cerebro y á su corazón impulsos de violencia, y á sus músculos fuerza para trepar y vencer.

No fueron minutos, segundos no más, los que empleó tal desate de pensamientos en acabar de aturdirlo; los segundos que permaneció sin moverse junto al alféizar de la ventana; los segundos precisos para la reacción física de su cuerpo, ya que la moral era im-

posible. Por fin se apartó rápidamente de allí, y con todas las iras del padre ofendido pintadas en el rostro; latentes en sus brazos todos los castigos y en sus labios todas las reconvenciones, se dirigió á la puerta. En el momento de cruzarla se detuvo; volvió atrás; Por allí, sobre un mueble ó en una panoplia, ¿qué sabía él ahora dónde? en alguna parte, en fin, tuvo siempre un revólver; y... lo encontró, y...—¿para qué lo quería? ¿para qué lo necesitaba?—Tampoco se dió cuenta; porque sí; porque en esos trances se van las manos solas á buscar el hierro, como después suelen irse con él á encontrar el corazón de alguien; porque sí, porque allí ya no había más que la casa de los Villamurieles escalada por un seductor; por un hombre, un hombre, sí, contra el que se disparaba la fiera.

Y echó mano al revólver y puso sobre él sus dedos crispados para cogerlo, y al frío del metal nueva sacudida nerviosa paralizó su brazo, como si tocara un reptil.

No fué recuerdo que apareció á su mente; no fué memoria, no; fué como si una mano durísima le apretara el corazón, estrujándolo hasta hacerle chorrear toda su sangre; eso, eso fué lo que sintió cuando por rapidísima y extraña asociación de ideas, vino á surgir, al contacto frigidísimo del arma, la imagen de Dolores, y con ella todo el horror de la situación presente, ante lo cual no su-

ponía nada que todos los seductores del mundo escalasen todos los muros de todas las casas y deshonrasen á todas las vírgenes hijas de honrados padres, así fuese Mercedes la primera. No; tal desgracia, con ser mucha, tenía precedentes, tenía remedio; ya por la paz, ya por el rigor. Pero ni éste ni aquélla podían evitar que lo monstruoso fuera monstruoso; que ni una ni otra solución condujesen más que á mayores y más horribles monstruosidades.

De pie, apoyándose sobre el respaldo de un sillón, había permanecido Villamuriel, solo el tiempo indispensable para pensar todo aquello; poco, poquísimo; unos instantes; hasta que nuevo impulso de la voluntad, borrando en su cerebro toda suerte de reflexiones, vino á mover su cuerpo con dirección al jardín. Sí; surgió el impulso, pero la materia se rebelaba y no le obedecía; no le quiso obedecer.

Que el temblor y el frío y la angustia le iban venciendo con poderosa acción; doblábase sus rodillas, y nubes negras, muy lóbregas, llenas de puntos luminosos, velaban su vista. Por fin rendido, muerto casi, se desplomó su cuerpo sobre una butaca. No podía ya más.

Un instante creyó que iba á llorar; lo quería, lo necesitaba, no pudo. Zumbábanle los oídos y casi no sentía ya sensación alguna ni

moral ni física; su pensamiento voló á cien leguas de lo que estaba pasando.

II

Había quedado sobre la butaca medio de perfil, en esa postura especial de la desesperación, en que al esconder el rostro entre las manos ó los brazos, ó al hundirlo en una almohada ó sobre la mesa ó en el respaldo de un sillón, parece que se busca lugar donde ocultarse á todas las miradas; algo muy hondo, muy hondo, á donde huir con aquel bagaje de sufrimientos y agonía.

Lucha terrible entablaron así su voluntad y sus nervios, que en su triunfo, si le sujetaban al sillón, dejábanle, en cambio, libre el alma para que se abismase en sus dolores; libre la conciencia para que le mordiese por su pasado; libre la imaginación para que volase y volase, acreciendo las proporciones de la desgracia; y la memoria y todas las demás facultades; todas menos la de poder moverse de aquel potro, donde no ya el abatimiento moral, sino verdadera imposibilidad fisiológica, amarrado le tenía.

Ante él desfilaban allí todos sus recuerdos, su juventud toda; Dolores, D. José María, su Mercedes, hasta que llegaban los de hoy; y hoy, aquella fatalidad que venía á castigarlo, completándose el conjunto de sus desdichas

con la deshonra y con algo más grave aún: con el pecado, pecado tremendo contra el que sentía despertarse toda suerte de escrúpulos religiosos y de repugnancias instintivas.

Y después, las razones para convencerse de que extremaba las cosas; la confianza en la virtud de su hija y en la lealtad de Lorenzo. Pero ¿y el escándalo? ¿y si los habían visto? Que sí; ¿pues no los habrían de ver? ¡Bonita es la gente de los pueblos para que se les pase nada! No existía otro remedio sino casarlos. ¡Casarlos! No, no; monstruosidad; incesto... sí; esta era la palabra que no quiso nunca pronunciar. ¡Pero estaba seguro de que Lorenzo fuese?... Si no lo estaba; si no podía estarlo; si no debía de ser su hijo. Porque, ¿qué razón tuvo jamás para creer tal cosa? ¿Los delirios histéricos de aquella... pobre Dolores? Si hasta se parecía á Paredes padre... No, no era su hijo; se podían casar, se casarían. Todo aquello no pasaba de ser locura de muchachos; fruto del país.

—Y total, ¿qué? ¡pelar la pava desde lo alto de una pared!—¡Cuántas veces la había él pelado así y á través de una reja... y aun más de un postigo le fué abierto.... y aun más de una de las primeras escaló... ¿Sería capaz Mercedes?... No, no; aquellas eran otras, otras de distinto jaez; ¡pero su Mercedes!... Cá; no... ¡la pobre tan buena! ¡tan sufrida!... ¿Qué cosa más natural sino que buscarse aque-

lla inocente expansión?...—Pero ¡Dios santo! ¿qué horrores estos!... ¡qué capitulaciones más vergonzosas de la conciencia? ¡Ah, miserable condición humana! ¡Qué pronto se cede, se sucumbe! ¡qué fáciles son los acomodos con el mal, con el delito!—No; no, Villamuriel; tú has sido loco, aturdido, pero honrado siempre. ¡Honrado!... No; Dolores, Luisa y Fanny, no lo neguéis; era honrado, sí; no, no vengan á contradecirlo las imágenes de vuestros esposos, de su mano estrechada por el que os seducía, no...; fué siempre honrado Villamuriel; sí... él estaba seguro... algo seguro... por lo menos lo había querido ser siempre. Eso, lo quiso ser.... y la intención...

—Sí, conde—proseguía en su desesperado monólogo mental;—fuiste un loco, pero sin transigir á sabiendas en puntos de honra, y menos con pecados tan abominables como ese. No; no cederás ahora; no cederás; te vas á levantar de este sillón en el acto; irás al jardín; avergonzarás á Lorenzo;—puedes matarlo como á un ladrón, la ley te da derecho;—y á ella la encerrarás después; y á él, si no lo matas, le dirás la verdad; la verdad pura para que se horrorice y llore, y aun para que si no te cree y piensa que injurias á su madre y á quien tuvo por su padre (y puede que lo fuera), te increpe, te insulte y te mate. ¡Anda; levántate ya, que es hora! ¡Anda...!

¿cuidado que estás perezoso para salvar tu honra y cumplir con tu conciencia? Anda; corre... que vas á llegar tarde... ¡Eh! ¿no oyes el rumor de sus besos? ¿No te escandalizas? ¿No te parecen el colmo de las abominaciones?... Así, así; pon en ejercicio tu sistema nervioso; ordena á tus músculos que levanten tu cuerpo de sobre el sillón; sí, así; con ese brazo haz fuerza, y con el otro... ¡pero si no puedes!... ¡si no puedes! si no cumplen tus órdenes; si no se quieren mover tus brazos y tus piernas ni erguirse tu cintura; ¿qué más? si ni tus ojos quieren ya ver y se nublan; ni tus oídos oír, y sienten indefinible mosconeo; ni tus labios aciertan á balbucear nada; ni á tu laringe logras arrancar gritos inarticulados de socorro; y ya ni tu corazón apenas late, ni tu cerebro piensa, ni tú conoces siquiera que existes, sino que caes rodando, el alma en una noche muy oscura, en un abismo que no tiene fin, y el cuerpo á tierra desde donde está reclinado, convertido en masa inerte, rígida y algo convulsa aún.

Así, sintiendo y pensando todo eso, ante la violencia del golpe recibido, sucumbió en la lucha *el pobre* Villamuriel; así su excitación nerviosa le vencía, y así, mientras en el fondo del jardín, entre el emparrado que cubre el cenador y las enredaderas que lo rodean, Mercedes y Lorenzo viven en una hora diez de ilusiones delirantes, va resbalando á tierra

el cuerpo del que por ellos padece, presa de síncope fortísimo, hasta caer sobre la alfombra donde á la mañana siguiente lo ha de encontrar su fiel criado.

III

Su criado, es decir, Pedro, quien llegara antes que ningún otro, y después los demás, que acudieron cuando aquél los llamó asustadísimo. Junto á la mesa escritorio y al pie de un sillón antiguo, mueble histórico en la casa y al que conservó siempre particular apego el conde, yacía éste, muerto al parecer, ó moribundo, ó perdido el conocimiento, que así resultó cuando lo auxiliaron. En esa situación hubo de pasar aquellas horas de la noche y madrugada, y aún algunas más, hasta que Ruiz Soto, el médico del pueblo, muchacho joven recién venido de Granada, logró, á fuerza de cuidados, vencer la enfermedad.

Mercedes sufrió un susto tremendo, y eso que la gente de la casa procuró que no recibiera la noticia de improviso. Cuando Ramona le anunció que el conde había amanecido enfermo, levantóse ella enseguida y dirigióse á verlo, encontrándolo ya acostado en su cama y al parecer dormido. Eso fué lo que para tranquilizarla le dijeron. Ocultósele desde luego lo del síncope. Nada; se había sen-

tido algo mal al despertarse; por orden suya llamaron al médico; éste lo halló de alguna gravedad, no mucha, ¿eh? pero la suficiente para recomendarle absoluto reposo, y ahora dormía por efecto de la medicación recetada. A pesar de estas explicaciones, Mercedes se alarmó muchísimo, comprendiendo que la dolencia era más grave de lo que se le quería aparentar. No despertó á su padre, pero sentándose á su cabecera se propuso no moverse de allí mientras la enfermedad durase. Y así lo hizo; dos líneas puestas á Lorenzo enteraron á éste de lo que sucedía, habiendo llegado además la nueva por otros mil conductos al propio Benamudarra, que la servidumbre, si discreta con Mercedes, lo charló todo por ahí, y en breve supo la comarca entera que el conde de Villamuriel había sufrido un violentísimo ataque de... de lo que á cada uno se le ocurría inventar, pues en esto andaban casi todos tan á oscuras como el mismo Ruíz Soto, quien si al principio creyó encontrarse frente á una congestión cerebral, confirmando este diagnóstico el modo con que la naturaleza del enfermo parecía obedecer á la terapéutica empleada, cuando á los pocos días desaparecieron los síntomas congestivos, encontróse con otra extraña serie de fenómenos patológicos, ante los que se estrellaron su talento, que era mucho, y su ciencia, mayor aún.



Porque Villamuriel recobró el conocimiento, pero no el habla ni la sensibilidad, al menos en gran parte de su cuerpo. Permanecía inmóvil, sin que nada en él diera señales de vida, sino aquellos ojos de mirar profundo, que al detenerse en cuantos le rodeaban parecían querer escudriñar en el fondo de sus conciencias, pero que al fijarse en Mercedes hacíanlo con expresión singularísima; ya semejando que en sus pupilas se condensaban todas las iras del cielo y de la tierra, ya reveladores de ternuras sin cuento y cariñosa gratitud por los delicadísimos cuidados que ella, en sus extremos de amor filial, le prodigaba.

Pero no podía hablar; la parálisis amarró su lengua y sólo algún sonido inarticulado salía de su garganta á costa de penoso esfuerzo. Tampoco logró escribir... El brazo derecho lo tenía también paralizado y no le era posible utilizar el izquierdo, pues aunque éste no sufría los efectos de la hemiplegia, la falta de costumbre, junta á su estado de debilidad general, impedíanle siquiera sostener un lápiz cuando trató de hacerlo.

Desde el primer instante, creyendo, como había entonces motivos para creer, en la situación desesperada del enfermo, telegrafióse á toda la familia. ¿Quién se cuidó de esto? Cualquiera de la casa; Pedro tal vez; no Mercedes, que no tenía la cabeza para esas cosas. Al ver á su padre rígido en el lecho y hacer

se cargo de que no dormía cual le dijeran, sino de que se hallaba privado de sentido, si bien experimentó la joven dolorosísima sacudida, no se dejó vencer por sus nervios, y así desde el primer instante constituyóse en su enfermera y ni un segundo se separó más de él. Pero esto mismo hizo que no se preocupase de la parentela, ni aun para recibirla conforme iba llegando. Vinieron Carlos Villamuriel, y Carmen, su hermana, con su marido. Nadie más. También doña Rosario, sus hijas y alguno que otro de los amigos de la casa cumplieron con su deber velando al paciente. En cuanto á Ruíz Soto, ese se portó como bueno... mas era joven, muy joven, y aunque trabajador, estudioso y de no vulgar inteligencia, desconfiaba mucho de sí mismo, así es que sin asustarse, creyó que debía compartir con otros la responsabilidad del caso.

Y él mismo aconsejó que llamasen á cierta notabilidad de Granada, y á otra de Madrid, y de esta consulta resultó... lo que resulta de casi todas: que los dos eran unas notabilidades y el de cabecera podía llegar á serlo; y que el conde de Villamuriel se moriría muy pronto, porque no se trataba de una hemiplegia simple, sino de algo más, de mucho más.

Y en lo que era este «más» comenzaron las discrepancias de la ciencia, sacándose, no

obstante, en limpio, que el corazón del enfermo se empeñaba en no marchar bien, y que esto, complicado con todos aquellos fenómenos nerviosos y con su estado general, daba motivo para que á lo mejor se les quedase entre las manos. Y era casi lo más dichoso que le podría suceder, puesto que no sería vida para él la que se le deparaba, caso de poderlo salvar; tendido en el lecho ó sobre un sillón de ruedas y condenado á parálisis y mudez perpétua.

Pero el fin estaba más inmediato, y como Villamuriel, si hablar no podía, no por eso dejaba de entenderlo todo (al menos dábanlo comprender así sus miradas y ligeros ademanes), opinaron que era preciso hacerle cumplir con la iglesia.

Mercedes á todo esto, á pesar de cuanto se le ocultó el estado de su padre, estaba inquietísima, pero animosa y dispuesta á luchar heroicamente lo posible para vencer el mal. Con sus cuidados y con sus rezos (porque rezaba mucho, muchísimo; como no había rezado nunca; ni por su Lorenzo); segura estaba de que triunfaría. Que no le iba á mandar Dios esa desgracia más, quitando del mundo aquel padre tan bueno y tan cariñoso, á pesar de sus genialidades y rarezas.

Y aunque hubo algún momento en que pensó si los disgustos por lo de sus relaciones con Lorenzo pudieran ser la causa de aquel

ataque, en cuyo caso tendría ella sobre sí este peso en la conciencia, practicando de ésta minucioso examen, dedujo que nada se había de reprochar, pues no creyó que llegara á haberse enterado de sus coloquios nocturnos con el marino. A veces presentábasele esta idea, pero luego la desechaba, convencida de que carecía de fundamento. La enfermedad esa vino porque el Señor así lo dispuso. Y como siempre ignoró lo de haberlo encontrado en tierra, no pudo preocuparla lo súbito del accidente; que esto ya hiciérale réflexionar más. No dejaba por eso de sentir de vez en cuando algo penoso al cavilar sobre tales cosas.



CAPÍTULO XVIII

I

Sin embargo de los pronósticos hechos por la ciencia, cosa de un mes pasó Villamuriel entre la vida y la muerte, pero acercándose á ésta por momentos; cosa de un mes, en el que miles y miles de pensamientos cruzaron por su mente, que eso era lo único que su dolencia le permitía; pensar, pensar mucho; pensar de continuo. Veía constantemente á Mercedes á su lado y no podía separar de ella los ojos; unas veces brillando en ellos la indignación producida por la memoria de aquella fatal noche; otras mirándola con expresión dolorida, con lástima profunda; siempre, en medio de todo, con cariño, y antes inclinándose á creer que todo ello no había sido más que imágenes aportadas á su cerebro por el delirio de la fiebre.

Días terribles fueron aquellos para la casa

entera; días de plomo, en que no se oían ni los pasos de las gentes que circulaban por las habitaciones, pues allá donde no eran apagados por las alfombras, de puntillas andaban todos para no hacer ruido. El aspecto triste, sombrío, de toda mansión sobre la que se ciñe la muerte, era el que ofrecía la del conde. En el cuarto de éste no entraban más que su hija, Carlos, Carmen y su marido, Pedro, el padre José, venido de la Herradilla, y los facultativos; y aun en la casa, aparte de la servidumbre, pocas personas más. No pusieron en el portal lista para que firmasen los que allí acudiesen, que en los pueblos, ni aun en las casas más señoriales, existe tal costumbre. Los que iban á enterarse del estado del enfermo eran gente humilde, pues á todos interesaba mucho, y recibían contestación de los criados, que con el rostro propio de tales circunstancias, referíanles cómo pasó la noche el señor, y lo que hizo la señorita, y lo que dijeron los médicos, cuando no era D. Carlos quien estos pormenores les refería, todo con esa charla minuciosa y esa familiaridad doméstica que da carácter tan democrático al roce de nuestras distintas clases sociales, y más que nada, al de la gente labradora con la aristocracia de los pueblos. Más de una comadre hubo que ofreció tal récipe casero, infalible sin duda, con el que se curaron su marido y su hermana, y otros mil, en males igua-

litos al del señor conde (ó de D. Rafael, que muchos omitían el título), y aun alguna llegó á hablar de velas encendidas á este ó al otro santo. Pero sobre todo, el objeto principal de sus conversaciones era la señorita. ¡Pobre señorita! ¡tan buena! ¡tan guapa!... Sólo que esto era entre las gentes de traje corto y pañuelo de hierbas; que entre el semiseñorío del lugar, variaban bastante las conversaciones, pues en él cabían los odios de clase y las envidias femeniles, que buen terreno forman para toda suerte de murmuraciones. Y allí no faltó quien relacionase la enfermedad del conde con los amoríos de la niña y las escaladas del novio, llegándose hasta inventar escenas violentísimas de sorpresas, reproches, cargos y amenazas, que concluían para el orgulloso y raro Villamuriel en tremenda explosión física origen de aquel ataque apoplético ó lo que fuese.

Estas gentes fueron, no obstante, las que más interés demostráran y las que cuando acudían á saber del enfermo, eran recibidas en la sala de estrados, que aún existía en el caserón, por Carmen á veces, y las más por el marido de ésta, de quienes apuraban la paciencia, y eso que ambos eran cachazudos por demás.

Villamuriel había hecho confesión general en la forma que la Iglesia previene para los casos de mutismo, y después comulgó en

los primeros días de su enfermedad, en cuanto recobró el conocimiento, y la ciencia, representada por el profesor madrileño y el granadino y Ruíz Soto, declaró que estaba sentenciado á muerte.

Y la hora para el cumplimiento de esta sentencia iba aproximándose, habiendo ya sufrido el paciente dos ó tres síncope, no muy largos, pero que produjeron muchísima alarma en todos.

II

El último síncope le había privado de conocimiento desde las ocho hasta las nueve de la mañana. Después que saliera de él, pareció reponerse mucho. El padre José, que era un cura muy listo, y muy corriente, y muy bueno, y que le visitaba á diario, llegó á eso de las diez y media, y no con exhortaciones ni cosa parecida, que le entristeciesen el espíritu, sino con familiar conversación, en que lo humano y lo divino andaban revueltos, había logrado insensiblemente llevar al ánimo del enfermo cierta placidez que en sus ojos se retrataba. Mercedes, que así lo veía, creyendo síntoma de salud aquella animación, daba rienda suelta á esperanzas hasta allí contenidas, contemplándola su padre á intervalos, no con ira, sino con ternura. Solo que su mirada fué poco á poco cambiando de

expresión hasta ofrecer la del pesar más vivo; quizás la del remordimiento.

Y es que en aquel instante vino á acometerle la idea de que iba á morir... y de que aquel angel se quedaría solo en el mundo. Sólo, sí; pues él, antes de abandonarla había ya roto el único sostén de que hasta entonces pensara ella disponer. Esto volvió á sumirle en negrísimos pensamientos que le agobiaron casi todo el día. Por la tarde durmióse durante una hora, con sueño tan apacible, que casi todos, para que reposase mejor, salieron de la estancia, dejando solo á Mercedes junto á él.

La joven, vencida por el sueño, se quedó algo traspuesta sobre su butaca; un movimiento extraño del conde, que agitó las ropas del lecho, hizola salir de su somnolencia, y al abrir los ojos vió á su padre que con los suyos más abiertos aún, recorría en varios sentidos y expresando indefinible angustia, toda la estancia, como si buscase á alguien. Alarmadísima acudió á darle la poción calmante que tenía recetada Ruíz Soto, á la vez que tocó el timbre para que éste y Pedro acudiesen. Así lo hicieron con los demás que allí penetraban.

Cuando entraron pareció tranquilizarse el conde. Al cabo de dos ó tres minutos su mirada, ya más serena y expresiva, fué recorriendo los rostros de los presentes, fijándose

en ellos con molestísima detención, como si quisiera leer las impresiones de cada uno. Al posar sus ojos en Mercedes, más largo aún fué el examen, más escudriñadora la expresión, que dulcificándose poco á poco, acabó por revelar la inmensa ternura de aquel corazón de padre.

Después, separando de ella las pupilas, paseólas otra vez por toda la habitación como en busca de alguien; luego volvió á su estado habitual.

Pasáronse así tres horas más; desde las seis de la tarde hasta las nueve de la noche; todos alrededor del enfermo; todos, sí; ó sean Mercedes, Carmen, D. Carlos y Pedro. Ruíz Soto entraba con frecuencia, pero prefería permanecer en la habitación inmediata con las demás personas de la familia, á quienes daba cuenta del curso seguido por la enfermedad. ¡Triste curso, próximo á terminar!... A ninguno, excepto á Mercedes y Carmen, les ocultaba esto; ni aun al mismo Carlos, quien al fin era hombre y podía resistir con más valor el conocimiento de la verdad; por más que brotando en su corazón en tales momentos el hondo cariño de hermanos, que parecen borrar las circunstancias de la vida, pero que subsiste siempre con toda su intensidad en las almas abiertas al sentimiento, agolpáranse á sus ojos lágrimas sinceras de esas que no corren, pero abrasan.

A Mercedes y Carmen en cambio, sin dejar de prepararlas para el trance terrible, procurábase por todos mantenerlas en cierta dudosa esperanza que fortalecía sus débiles ánimos de mujer. Habíase hablado de separarlas de aquel lugar, pero Ruíz Soto, conocedor tanto del corazón como del cuerpo humano, ordenó que mientras no se presentasen violentas crisis nerviosas, convenía dejarlas allí á las dos, pues su presencia había de endulzar los últimos instantes del moribundo, dándoles á ellas el tristísimo consuelo, pero no por eso menos real y efectivo, que más adelante agradecerían, de acompañarle hasta el dintel de la muerte.

Y esto era tanto más fácil cuanto que la relativa tranquilidad de Villamuriel mantenía en las dos esa confianza que junto á los enfermos queridos no se pierde jamás.

También fuera de allí había quien se preocupaba seriamente y con hondo pesar; Lorenzo que pasó todos aquellos días entre Benamudarra y la Venta del Lubín, no pudiendo alejarse de su Mercedes, pues así, aunque no la viera, parecíale, y era verdad, que el saberlo próximo, había de confortar un tanto el espíritu de la joven. Sentía, como todos, dolor sincero; tanto por el conde como por ella. Por ella, ¿á qué negarlo? más que por nadie ni por nada. Pero además, algo en el fondo de su conciencia venía á decirle que

tal vez el causante de aquella catástrofe era él; él, sí... Pero no; bien sabía Dios que cien vidas hubiese dado y diera aún por la del conde. Si pasaba lo que pasaba, ¿qué culpa tenía él? ¿El querer á Mercedes? ¿Y cómo no quererla? ¿Debía sacrificar su amor á las exigencias injustificadas de aquel anciano? ¿Por qué? ¿Qué ley divina ni humana podía exigirselo? Y este montón confuso de ideas, más confusas aún, venía á traducirse en algo así como el remordimiento que produce la muerte de los que matamos en la guerra; ó en duelo con la razón por nuestra parte; ó por fatalidad invencible; algo de eso que nos hace maldecir quizás el destino, pero sin que de nada nos hayamos de acusar, no existiendo acto alguno ni pensamiento de que nos podamos arrepentir. Todo esto, y es bastante, le mantenía en profunda y dolorosa preocupación.

A eso de las nueve y minutos, como hubiese entrado Ruíz Soto á ver al enfermo (no permanecía junto á él porque juzgaba que su presencia continua antes había de alarmar á todos y al mismo conde, que no servirles de consuelo); como entrase á verlo, notó en él algún síntoma que le preocupó sobremanera. Y en cambio por él mostrábanse más animados los demás.

Villamuriel, que hasta entonces permaneciera inmóvil, con la fisonomía sin más ex-

presión que la persistente de sus ojos, parecía presa de algún desasosiego que le daba cierta aparente animación. Su vista giraba con más rapidez, y hasta su brazo izquierdo, que no venció la parálisis, pugnaba por moverse, como si quisiera hacer señas con él.

Todos comprendieron que pedía algo, y según el sistema establecido durante los últimos días de la enfermedad, fuéronle designando todos los objetos que había en la habitación. Llegaron así al macizo escritorio de roble, y entonces hizo con los ojos una señal afirmativa; buscaron por encima el mueble y en los ojos del enfermo se leyó que no acertaban; indicáronle los cajones uno por uno, y al llegar al tercero de la derecha, afirmó con la vista. ¿Pero y las llaves? Mercedes sabía dónde estaban. Siempre las llevó todas su padre encima. Buscó, pues, ayudada por Pedro, entre las ropas que llevaba puestas el conde cuando sufrió el ataque, encontrando varias en un llaverito de acero; se las enseñaron á aquél é indicó que sí eran, por lo cual sólo fué cuestión de ir ensayándolas una por una hasta abrir el cajón. En él había varios legajos de papeles. Se comprendió entonces que los deseaba ó que sobre ellos quería hacer alguna indicación.

Mercedes, con el corazón destrozado, seguía estas operaciones y aun tomaba parte en ellas; en todo eso había algo de últimas

disposiciones y esto le partía el alma. Carmen y el médico sacaron todos aquellos papeles, que no pasaban de cinco ó seis legajos, y acercáronselos al conde, enseñándole los rótulos. El primero decía: «Cartas para quemar cuando yo muera.»

Extraña luz arrojaron al verlas los ojos de Villamuriel; la ansiedad, el dolor, la inquietud brillaron en ellos; largo tiempo duró esa contemplación. Eran las cartas de Dolores... y de alguna más.

Otros dos legajos pasaron ante su vista sin que parecieran interesarle; el que siguió contenía un retrato, y por si era esto lo que quería ver el paciente, se apresuró Mercedes á desatar la cinta que lo sujetaba y desenvolverlo.

Era sí, en verdad, una fotografía. ¡La de Lorenzo García de Paredes! de uniforme. Uno de aquellos retratos del héroe de Guinea que se vendían por Madrid. ¡Al contemplarlo sí que se transfiguró el rostro de Villamuriel! en aquellos ojos, secos hasta entonces, aparecieron algunas lágrimas; y se le vió, además, sostener terrible lucha con la parálisis; los músculos de su cara, libres aún, parecían saltar, y que habíase en ella concentrado toda la vida que abandonó lo demás de su cuerpo; pudo sacar el brazo izquierdo de entre las sábanas y todos comprendieron que pedía el retrato. Aproximáronselo, y de nuevo lo con-

templó con fijeza y expresión indefinible. Dijérase que intentaba hablar, impidiéndoselo la parálisis de la lengua... Algo más quería; no sólo el retrato.

Siguió el examen de papeles; el último ponía bien claro en letras grandes: «Testamento del conde de Villamuriel,» y en éste, tras de fijarse en él un rato, indicó con la mirada su autor que lo depositasen sobre su cama. Lo mismo se hizo con el retrato de Lorenzo. En cuanto á los otros legajos, volviéronlos á su lugar.

III

Algún tiempo más transcurrió así; el conde iba aplanándose por instantes; pareció que se dormía, y en ese sueño ó sopor estuvo hasta la una de la madrugada, hora en que despertó de improviso, volviendo entonces al desasosiego de antes. Buscó todas las caras conocidas; fijóse en Mercedes y después en el legajo, que yacía aún sobre el cobertor del lecho. Su mano izquierda lo alcanzaba, pero no podía sujetarlo, perdida la movilidad de los dedos. Sus movimientos, no obstante, aunque torpes, dieron á conocer que pretendía romper el pliego. Preguntáronle si deseaba eso y si lo rompían, y contestó con los ojos afirmativamente. Le obedecieron, y vióse que conte-

nía otros dos sobres: el uno algo voluminoso y con el epigrafe de «Testamento;» el otro más delgado con el de «Codicilo.»

Como en este último notaron que se fijaba más, iban á abrirlo, cuando leyeron la prohibición de hacer tal cosa en las pupilas de Villamuriel... quien volvió á su extraño mirar á todos y á pintarse la expresión de angustia en él... dando, por último, otra vez en su amodorramiento anterior.

¡Ah! ¡Quien hubiese podido penetrar en su cerebro, único órgano suyo que funcionaba aún con regularidad, y comprender la tremenda lucha que allí venía desarrollándose, tal vez llegara á desear que viniera la muerte á poner fin á tanto sufrimiento!

Sentíase morir; y morir dejando en pie el problema. Aunque, no; que en aquel trozo de papel, escrito por su mano no hacía mucho tiempo, estaba la cuchilla que había de cortar el problema, llamado á no resolverse jamás. Sólo que al propio tiempo iba á destrozarse el corazón de aquellos dos seres: de la hija de su alma; del que tal vez era también su hijo, y tanto mereciera serlo.—El se moría; ellos heredaban la desgracia. ¡Y tal vez, tal vez, en aquel momento, al verlo próximo á espirar, pensaban los dos en que con su muerte se les abrían las puertas de la dicha!

Sí; caía la barrera; cesaba el obstáculo, y después... Pero no, no; su Mercedes no podía

pensar tal cosa en aquellos momentos; no... ¡Sin embargo, el amor es egoísta! (Y la miraba ansiosamente, queriendo leer en sus hermosísimos ojos llenos de lágrimas, lo que sentía; y percibir entre ellas las chispas de amor que aún brotaban para Lorenzo.—Y en cuanto á éste, ¿cómo había de sentir que se muriese el conde? Antes al contrario; alegraría de seguro. ¿Y qué sabía él? ¿Qué obligación tenía de nada más? ¡Ah, no! La sangre debía decirle algo con su voz poderosa, y... De todos modos, su resolución era irrevocable. Sí; se moría; pero allí, bajo aquel sobre, dejaba ordenado lo que le dictó su conciencia. De aquel amor, que podía ser incestuoso, hallábase allí la sentencia de muerte. Y ellos la obedecerían; era bien seguro.

Y parecía ver esculpido en caracteres de fuego lo que escribió en ese papel.—«Prohibo terminantemente y con la amenaza de mi eterna maldición y desheredamiento, el enlace entre mi hija Mercedes y D. Lorenzo García de Paredes. Razones de conciencia, que en nada afectan al buen nombre de dicha persona, me obligan á esta resolución, que ha de ser cumplida irremisiblemente.»

Pero...—Y aquí se le representaba el cuadro de lo que sufrirían.—¿Era justa esa sentencia? ¿no le faltaban, al que la dictó, todos los elementos de prueba? Y el problema volvía á presentarse ante él como siempre: es-

cueto, aterrador, con la lógica muda é inflexible de sus términos.

Y sentíase morir; y que en breve, ante el único que podía solucionar ese problema, iba á comparecer, y allí... allí ya le juzgarían con rectitud, y él, en su descargo... ¡Pero siempre el hecho ciertísimo de que sus extravíos de joven los pagaban hoy otros!... ¡los seres más queridos de su corazón! También sentía resonar aún en sus oídos las palabras del P. José.

Tantas y tan crueles ideas iban ya confundándose en revuelto torbellino; sus ojos, cerrados durante algunos minutos, se abrieron con sobresalto, y de nuevo contempló el rostro dolorido de su Mercedes y... el retrato de Lorenzo.

Y después... después, imposible es para la pluma, y fuera para el pincel, describir la transfiguración que experimentó aquella fisonomía. Luz vivísima pareció brotar de sus ojos, antes amortiguados; rayo de inspiración recibido al pisar el umbral de lo infinito; aureola sublime de amor y de bondad; algo así como resolución rápida y firmemente concebida. Su tronco intentó erguirse entre las sábanas; creyóse que iba á moverse; pero sólo se le vió mirar, con su fijeza de siempre, el codicilo. Carlos, creyendo comprender, se dispuso á abrir el pliego.

Un rápido movimiento de la vista del moribundo, se lo prohibió.

—¿Qué hacemos?—le preguntó Ruíz Soto entonces—¿se guarda?

—No—indicaron los ojos de Villamuriel.

—¿Se deja aquí?

—No.

—¿Se envía á alguna parte?

—No; no—siguió ordenando aquél con la mirada.

—¿Se destruye?

—Sí; sí; sí;—dijeron las pupilas del conde al moverse de arriba abajo en sus órbitas. Y miraron después á la chimenea encendida en el otro extremo de la habitación.

Allí se dirigió Ruíz Soto, llevando el misterioso papel. Preguntó de nuevo:—¿Lo quemamos?—y afirmativamente le fué contestado. Pocos segundos después solo quedaban pavesas de aquel escrito que nadie podría ya leer.

Villamuriel, que había seguido con toda la tensión de su ánimo la quema de aquel codicilo, volvió á fijar la mirada en los presentes, con rayos de alegría en ella que fuéronse apagando poco á poco.

Iluminaba su rostro singular expresión de dulzura; el sello sublime del deber cumplido.

Pero el abatimiento acrecía por instantes; su frente adquirió tremenda lividez, que extendíasele ya por las mejillas; Ruíz Soto comprendió que se acercaba el desenlace.

Mercedes y los demás no se dieron cuenta

de él, pues la agonía no fué penosa; el corazón, acometido por la parálisis, iba cesando de latir lentamente; de pronto se paró; los ojos del conde adquirieron matiz vidrioso, y todos le creían vivo aún, después de muerto.

El paso de la terrible puerta no pudo ser más dulce para él.

FIN

ERRATAS

Pág.	Línea	DICE	DEBE DECIR
5	16	se estilan á sa- ber	se estilan: á sa- ber
10	21	ya estas	ya á estas
91	6	su tío Ramón	tío Ramón
123	19	Lorenzo	su pretendiente
124	19	no la reprochaba	no le reprochaba
126	6	Eso son todas	Eso lo son todas
133	14	su hermana	su prima
135	16	le acompañaba	la acompañaba
152	24	lo asegura. Y así...	lo asegura. — Y así
167	20	le admitiría	lo admitiría
172	27	Angelita	Clarita
188	28	de casa	de caza
189	11	esta	está
200	11	Si agriaron	Se agriaron
217	17-18	durante en aque- lla	durante aquella
222	13	Benjumea	Benjumeas
141	7	con lo cual	con lo que
143	31	escribiendo de lo	escribiendo lo
248	15-16	avisaría	avisarían
257	19	depositadas	depositados
271	14	buen rato	gran rato

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

	<u>Pesetas.</u>
DESCUBIERTA. — Colección de cuentos y novelas (un volúmen).	3,50
Idem.—(Edición económica)..	2
¡POBRE ESPAÑA! <i>Memorias de un jefe de zona</i> (segunda edición).	1

EN PRENSA

Tropa ligera. — Colección de cuentos *civiles* y *militares*.

—Empéñome, porque se presenta ante mis ojos.

Y mira; no creo que sea de tal índole todo ello, que ni mis oídos fraternales puedan escucharlo.

—¿Qué dices?

—Nada; una tontería es lo que he dicho; no, ya sé que nada hay que debas ocultarme. Lo que ocurre lo sé tan bien como tú.

—¿Tú? ¿Tú sabes...?

—Sí; que Mercedes quiere á un buen muchacho, á Lorenzo Paredes; y que tú te opones á sus amores.

—¿Quién te ha dicho...?

—Todo Madrid, que no se explica las razones de esta oposición tuya.

—Es natural... ¿Y tú tampoco...?

—Yo menos. A no ser que sea lo que aseguran por ahí.

—¿Lo que aseguran...! ¿Pero qué derecho tienen todas esas gentes para ocuparse de los asuntos de mi familia?

—¿Derecho? el que ellos se toman. Así es el mundo; acéptalo, pues.

—No; no lo aceptaré nunca... Pero vamos; en resumen, ¿qué es lo que aseguran?

—Que no aceptas por yerno á Paredes, por la diferencia de clases.

—Y qué, ¿no es cierto?

—No tanto. En primer lugar, el chico tiene una carrera brillante y una reputación.

X-rite

100mm

colorchecker CLASSIC

